
AJ RAVEN
NO CONFÍES EN NADIE

NO CONFÍES EN NADIE

No confíes en nadie

©AJ Raven.

Diseño de portada: Imagine Desings

Corrección y Edición: Miguel Greco

©Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sea electrónico; mecánico, fotocopia, grabación ni otros medios sin el consentimiento previo y escritor del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art 270 y siguientes del código penal)

CONTENIDO

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30

31
32
33
34
35
36

1

Leticia no supo en qué momento exacto empezó a correr. No hubo una decisión clara, ni un pensamiento ordenado que lo justificara, solo el cuerpo reaccionando antes que la mente, como si algo antiguo dentro de ella hubiera reconocido el peligro antes de que tuviera forma. Detrás, los pasos. No era el sonido en sí lo que la aterraba, sino la manera en que el túnel los devolvía, ampliados y deformados, como si no pertenecieran a una sola persona, sino a varias, o a algo que venía multiplicándose en la oscuridad.

A esas horas, el metro no era un lugar, sino la versión alterada y deteriorada de la ciudad, una copia cansada de sí misma pero más honesta en su decadencia. La estación, una de las más antiguas de la línea, parecía haber olvidado cuándo dejó de ser nueva. Los azulejos amarillentos conservaban capas de grafitis superpuestos, nombres y símbolos que nadie había borrado del todo, parecía que el tiempo hubiera pasado por encima sin molestarse en limpiar. Los anuncios arrancados colgaban aún de las paredes con una insistencia casi orgánica, era como piel muerta aferrada a su último soporte vital.

Bajo la luz fría y famélica de los fluorescentes, el andén se volvía más estrecho de lo que era. Algunas lámparas fallaban de forma intermitente, el espacio se contraía con cada parpadeo, y cada apagón breve dejaba tramos enteros de un pasillo suspendido en una oscuridad que no era completa, pero sí suficiente para sugerir lo peor. El aire olía a humedad atrapada, a metal oxidado y a algo más difícil de nombrar. Aquella vieja estación había absorbido demasiadas ausencias.

Un hombre sin techo empujaba en silencio un carrito cargado de bolsas negras junto a las máquinas expendedoras. Su presencia era una especie de continuidad del entorno, como si perteneciera más a

la estación que a la calle. Al otro lado de las vías, una mujer dormía en un banco metálico con el cuerpo vencido en una postura incómoda que, aun así, parecía habitual y aprendida. Nada en ella reaccionaba al mundo. Ni el mundo reaccionaba ante ella.

El eco volvió a cambiarlo todo. Un simple movimiento, un roce de suelas sobre el suelo mojado, se convertía en algo más cercano de lo que debería. El sonido viajaba por los túneles como si buscara una salida propia, distorsionada e insistente.

A lo lejos, el último tren atravesó la oscuridad subterránea sin detenerse. El aire vibró antes de que el ruido llegara y cuando lo hizo, fue como una ola metálica golpeando las paredes del túnel, sacudiendo la estación durante unos segundos que parecieron más largos de lo que debían. Después, otra vez el silencio. Pero no el mismo silencio de antes.

El sobre seguía aplastado contra su pecho, arrugado por la presión de sus dedos y húmedo en las esquinas. La sangre ya había atravesado parte del papel y comenzaba a extenderse sobre la tela de su chaqueta en una mancha oscura que brillaba bajo la luz enfermiza de los fluorescentes. Sangre espesa y todavía tibia. La mano le temblaba tanto que apenas conseguía sujetarlo. Los dedos le resbalaban, entumecidos por la adrenalina, y durante un instante pensó que iba a caérsele al suelo. La idea de perderlo le produjo más miedo que los pasos que seguían resonando detrás de ella. Giró la cabeza apenas un segundo, sin observar nada definido, solo sombras agitándose con lentitud al fondo del túnel, fragmentadas por las luces que parpadeaban sobre el andén, y una silueta inmóvil junto a la entrada por la que acababa de escapar. Aquella silueta mantenía sus pasos quietos, parecía que no tuviera ninguna prisa porque supiera que ella no podía ir muy lejos.

Leticia aceleró. Las botas golpearon el suelo mojado con un sonido seco que el túnel devolvió multiplicado. El aire le quemaba los pulmones y cada respiración salía rota, demasiado fuerte dentro de aquel silencio subterráneo donde cualquier ruido parecía una confesión amarga. Sentía el corazón golpeándole el pecho con violencia, tan rápido que por momentos creyó que iba a desmayarse antes de alcanzar el final del andén. El sudor le descendía frío por la

espalda mientras avanzaba entre charcos oscuros que reflejaban fragmentos deformes de luz blanca. Todo parecía más estrecho ahora, más bajo, como si las paredes estuvieran cerrándose abruptamente a su alrededor. Y pensar que todo había ocurrido en menos de un minuto para que la noche se partiera en dos. Todavía podía verlo, una imagen incapaz de borrarse de cualquier mente.

Un hombre había aparecido tambaleándose desde las escaleras de servicio, emergiendo de la oscuridad del túnel como si el propio metro lo hubiera condenado a vagar como un fantasma por el andén. Cada paso parecía el último. Llevaba una mano apretada contra el vientre intentando contener una hemorragia imposible, pero la sangre seguía abriéndose paso entre sus dedos y descendía por la camisa empapada, oscureciendo la tela hasta volverla casi negra bajo las luces frías del andén. Su respiración sonaba rota, húmeda y demasiado pesada para alguien que aún intentaba mantenerse en pie.

Tenía la mirada quebrada de los hombres que llevan demasiado tiempo huyendo, esa mezcla de agotamiento y terror que aparece cuando alguien comprende que ya no queda ningún lugar seguro al que escapar. Y aun así, la reconoció. Sus ojos se encontraron con los de Leticia antes incluso de acercarse, la había estado buscándola desde mucho antes de entrar en aquella estación. Leticia apenas tuvo tiempo de reaccionar. El hombre llegó hasta ella dando tumbos, chocando contra el poco mobiliario, y dejando pequeñas gotas de sangre sobre el suelo blanco del andén. Cuando le agarró el brazo, sus dedos estaban helados. La fuerza con la que la sujetó no parecía humana, sino desesperada. Le empujó el sobre contra el pecho con violencia, obligándola a sostenerlo mientras intentaba recuperar el aire. Entonces miró detrás de él y el miedo cambió. Hasta ese momento parecía solo un hombre herido intentando escapar sin embargo, aquella mirada fue distinta, más profunda y más oscura. No era el terror desordenado de alguien perseguido por delincuentes, era el miedo absoluto de alguien que no tenía ninguna duda de quién venía a por él. De alguien que conocía a la perfección lo que eran capaces de hacer. Sus pupilas temblaron al clavarse en

el extremo oscuro del andén y el color desapareció de su rostro ya pálido. La intentó decir algo.

—Escúchame…

Su voz era apenas un hilo. Continuó empujando el sobre contra el pecho, el papel todavía estaba caliente.

—No confíes en nadie…

La voz se le quebró en mitad de la frase. Un ruido metálico resonó en el túnel, seco y violento, como el sonido de una puerta golpeando contra el hierro. Leticia levantó la cabeza justo a tiempo para ver dos siluetas apareciendo al fondo del pasillo. Caminaban deprisa. El hombre les vio también, y algo cambió en su rostro al instante. No era miedo, era certeza.

—No hay tiempo… Busca… Arcoíris treinta y cuatro… Vete. ¡Corre!

Leticia permaneció inmóvil durante un segundo, incapaz de reaccionar, con la mirada fija en el hombre mientras su mente intentaba ordenar lo que estaba ocurriendo antes de aceptar que aquello era real. La escena parecía resistirse a cualquier explicación inmediata, cada detalle llegaba con un instante de retraso respecto a su comprensión. Aquel hombre moribundo la agarró del brazo con las pocas fuerzas que aún le quedaban y la sacudió con una desesperación que no nacía de la violencia, sino de la urgencia de quien sabe que el tiempo se ha agotado y solo dispone de unos segundos para impedir que algo aún peor suceda.

—¡¡Ahora!!

2

Echó a correr. No pensó ni dudó. Su cuerpo reaccionó antes que la mente, impulsado por ese instinto primitivo que aparece cuando el miedo deja de ser una sensación y se convierte en una realidad. Dobló la esquina del túnel sin mirar atrás, incapaz de soportar la idea de descubrir qué podía venir persiguiéndola. Los pasos resonaban sobre el suelo húmedo mientras el eco los deformaba hasta convertirlos en algo más cercano, más rápido y casi pegado a ella. El aire le aplastaba los pulmones y cada bocanada llegaba tarde e insuficiente, cargada de dolor. Las piernas empezaban a fallarle, pesadas por la adrenalina, pero siguió corriendo hasta distinguir al fondo las escaleras mecánicas detenidas que conducían a la salida.

Subió los peldaños de dos en dos, resbalando varias veces sobre el metal mojado. Las manos le temblaban tanto que tuvo que apoyarse en la barandilla para no caer. El sobre seguía aplastado contra su pecho como si ya formara parte de ella, como si separarlo de su cuerpo pudiera desencadenar algo peor. Sentía todavía el calor húmedo de la sangre atravesando el papel y no se atrevía ni a mirarlo. Cuando empujó la puerta de acceso a la calle, el ruido de Madrid la golpeó de lleno. El sonido de los coches deslizándose sobre el asfalto mojado bajo una lluvia fina; música escapando desde algún bar todavía abierto, sirenas lejanas perdiéndose entre las avenidas, gente riendo al otro lado de la calle completamente ajena a todo y los neones reflejándose en los charcos y el humo salía de las alcantarillas como un aliento cansado elevándose hacia la malograda noche. Era la normalidad. Y eso era lo que más pánico le daba.

El mundo seguía exactamente igual. La ciudad continuaba respirando con la misma indiferencia de siempre sin tener constancia de lo ocurrido bajo sus pies hacía apenas unos minutos, como si

aquel hombre no acabara de morir y nadie estuviera ya buscándola entre millones de personas. Leticia supo que algo había cambiado para siempre. Lo sintió en la forma en que sujetaba el sobre, en el temblor que seguía recorriéndole las manos y en aquella sensación insoportable de que la noche acababa de abrir una puerta que ya no podría volver a cerrar.

Se detuvo bajo la marquesina de una parada de autobús intentando recuperar el aire. Este le subía y bajaba con violencia mientras la lluvia fina resbalaba desde el borde de la estructura y caía frente a ella como una cortina translúcida. Tenía la ropa pegada al cuerpo por el sudor y la humedad. Las manos aún mostraban manchadas de sangre seca. Sangre oscurecida ya por el frío de la noche e incrustada entre los dedos y bajo las uñas como una prueba imposible de borrar. Durante unos segundos, no movió ni un músculo. Se mantuvo doblada ligeramente hacia delante e intentando convencerse de que nadie la había seguido hasta allí. Después levantó la vista y miró alrededor casi por instinto. Nadie parecía fijarse en ella. Una pareja discutía junto a un taxi con el motor encendido mientras el humo escapaba sin fuerza del tubo de escape. Un repartidor cruzó la calle en bicicleta sin siquiera levantar la vista del semáforo. Más abajo, una mujer fumaba frente a un portal mientras deslizaba el dedo por la pantalla del móvil con absoluta indiferencia. Sin embargo, le entró una sensación insoportable de que el mundo seguía funcionando de la misma manera mientras un hombre acababa de morir a pocos metros bajo tierra. Madrid engulló aquel secreto sin molestarse siquiera en mirar atrás.

Bajó la mirada hacia el sobre. La sangre seguía allí, oscura y brillante bajo la luz amarillenta de la calle, adherida al papel como una advertencia. Durante un instante dudó. Sentía todavía el impulso de tirarlo, dejarlo caer en cualquier papelera y alejarse antes de que todo aquello terminara arrastrándola también a ella. Pero la curiosidad pudo más que el miedo, o quizá ya eran la misma cosa. Con dedos temblorosos abrió apenas una esquina del sobre. Solo fue segundo, lo suficiente para distinguir varias hojas dobladas, nombres

escritos en columnas, fechas, símbolos y palabras incomprensibles dispersas entre anotaciones hechas a mano.

Algunos nombres estaban tachados con una línea negra gruesa, casi violenta, como si alguien hubiera intentado borrarlos con rabia. Las luces de un coche atravesaron la lluvia e iluminaron el papel durante un instante fugaz. Leticia observó algo concreto, algo imposible. Sus ojos se quedaron clavados en aquella página mientras una sensación helada le vaciaba el pecho desde dentro. El ruido de la ciudad desapareció a su alrededor. Ya no escuchaba coches, ni voces, ni sirenas lejanas; solo el golpe salvaje de su corazón retumbándole en los oídos tan fuerte que creyó que iba a perder el equilibrio allí mismo. Cerró el sobre de golpe, como si el simple hecho de seguir mirando pudiera empeorar todavía más las cosas, y al contemplar la calle, lo vio. Al otro lado de la avenida, un coche negro permanecía detenido bajo la lluvia con el motor aún en marcha. No tenía las luces encendidas. Solo aquella carrocería oscura reflejando débilmente los neones de la calle y una silueta inmóvil al volante.

Observándola.

3

No dejó de caminar hasta doblar tres calles más abajo de la estación. La lluvia había empezado a caer con más fuerza y el agua le resbalaba por el pelo y la cara, mezclándose con el sudor frío que todavía le mantenía la ropa pegada al cuerpo. Madrid continuaba brillando bajo los neones y la luz de los semáforos todavía se reflejaba sobre el asfalto mojado. Era una ciudad hermosa y sucia al mismo tiempo, acostumbrada a esconder demasiadas cosas bajo la luz que emitía la luna pasada la medianoche. Caminaba deprisa pero sin llegar a correr, girando la cabeza hacia atrás, y abrazando inconscientemente el sobre contra el pecho cada vez que alguien pasaba demasiado cerca por su lado. Cada vez que un coche disminuía la velocidad junto a la acera, sentía el impulso inmediato de echar a correr otra vez. El corazón se le aceleraba antes incluso de comprobar si el vehículo continuaba avanzando o no. Ya no confiaba en nada, ni en las luces de la calle, ni en la gente, ni en el ruido normal de la ciudad.

Su mente continuaba viendo al hombre desplomándose sobre el suelo del andén cada vez que parpadeaba: el golpe seco del cuerpo contra las baldosas húmedas, la sangre extendiéndose bajo él mientras sus dedos, ya sin fuerza, continuaban aferrados a su muñeca como si todavía intentaran retenerla allí… Pero lo peor era su mirada: aquellos ojos llenos de un miedo demasiado real para fingirse. La mirada de alguien que sabía que iba a morir y, aun así, seguía más preocupado por lo que venía detrás que por la propia muerte que le acechaba. Y aquella frase, la misma una y otra vez, retumbando dentro de su cabeza como una aguja.

Busca Arcoíris treinta y cuatro.

No sabía qué significaba, quizás una dirección, un nombre en clave, un lugar o tal vez nada. Pero la manera en que el hombre lo

había dicho, apenas capaz de respirar mientras la sangre le llenaba la boca, convertía aquellas palabras en algo mucho más peligroso que una simple frase. Detrás de aquellas palabras existía algo capaz de matar por mantenerse oculto. Volvió a mirar a la calle, el coche negro siempre iba un paso detrás de ella.

Terminó entrando en el primer bar abierto que encontró. Un local estrecho y casi vacío iluminado por unas luces amarillentas que hacían que todo pareciera más viejo y más cansado de lo que en realidad era. El aire y la humedad se acumulaban en la ropa de los pocos clientes que aún quedaban allí refugiados de la lluvia.

Desde un televisor colgado en una esquina sonaba a bajo volumen, el resumen de un partido de fútbol que nadie parecía estar mirando. Detrás de la barra, el camarero limpiaba los vasos con una expresión ausente, como si llevara demasiadas horas despierto para interesarse por nada. Ni siquiera levantó la vista cuando Leticia entró empapada. Eso debería haberla tranquilizado, la normalidad de pasar desapercibida, pero solo consiguió que se sintiera todavía más aislada, como si acabara de cruzar una puerta invisible que la separaba del resto del mundo.

Se sentó al fondo del local, junto a una ventana empañada por la lluvia, intentando controlar la respiración antes de que alguien notara el temblor de sus manos. Tenía los dedos helados y el corazón seguía golpeándole el pecho demasiado deprisa. Cada vez que las luces de un coche atravesaban el cristal, volvía a mirar automáticamente hacia la calle, esperando ver el mismo coche negro detenido frente al bar, esperando aquella silueta inmóvil al volante. Pero no había nadie o al menos eso parecía. Con movimientos lentos y casi inseguros, sacó el sobre de debajo de la chaqueta. La sangre seca había oscurecido parte del papel y algunas manchas se habían quedado pegadas a sus dedos, ásperas ya por el frío.

Durante unos segundos se limitó a observarlo en silencio. Aquel objeto pesaba más de lo que debería, como si no guardara documentos, sino una vida entera. Abrirlo le daba miedo, un miedo profundo e irracional porque mientras permaneciera cerrado todavía podía fingir que todo aquello no estaba ocurriendo, que el hombre del metro no había muerto y que nadie la estaba siguiendo, que

podía levantarse, salir del bar y regresar a su vida anterior como si aquella noche nunca hubiera existido. Sin embargo, la curiosidad, aquella que mata al gato, la hizo acabar abriéndolo.

Dentro había varias hojas dobladas de forma apresurada, como si quien las hubiera guardado hubiera tenido que hacerlo segundos antes de salir corriendo. Eran simples impresiones cubiertas de anotaciones hechas a mano con tinta negra y roja; nombres, fechas, y símbolos. Códigos incomprensibles repartidos entre columnas perfectamente ordenadas. Todo tenía un aspecto meticuloso y enfermizo al mismo tiempo, como si detrás de aquellas páginas existiera una lógica demasiado oscura para entenderla a simple vista. Algunos nombres, estaban rodeados con círculos rojos y dibujados con tanta presión que casi habían rasgado el papel. Otros aparecían tachados con líneas negras violentas, gruesas, como si alguien hubiera querido borrarlos no solo de la lista, sino también del mundo. Tragó saliva mientras pasaba las hojas. Al lado de los nombres, pequeñas marcas que parecían formar parte de algún sistema interno.

OBSERVACIÓN. CONTROLADO. LIMPIO. CANCELADO.

Aquello no parecía el trabajo de una sola persona, parecía una estructura, una organización. Algo demasiado grande para esconderse dentro de un simple sobre manchado de sangre. Intentó encontrar sentido a todo aquello, unir nombres con fechas, símbolos con direcciones, pero cuanto más miraba menos entendía. Era como observar una pieza diminuta de algo mucho más enorme y perturbador. Un registro construido con precisión obsesiva. Una mezcla enfermiza entre un archivo policial y una lista de condenados a muerte antes de la ejecución.

4

Reconoció el primer nombre de la lista y sintió un pequeño golpe en el estómago. Samuel Varela. Durante un instante se quedó inmóvil, observando aquellas letras impresas como si esperara haber leído mal. No conocía en persona a aquel chico, pero sí recordaba su caso. Había ocurrido diez años atrás. Samuel tenía veintitrés años cuando apareció muerto en su piso de Vallecas con un corte profundo en la garganta. El informe oficial habló de suicidio y el caso se archivó en apenas unos días. Pero Leticia todavía recordaba la fotografía borrosa publicada en un periódico local, la cinta policial acordonando el portal y, sobre todo, a la madre del chico insistiendo entre lágrimas en que su hijo jamás habría hecho algo así. Aquella mujer llevaba una desesperación auténtica en la voz, una convicción tan feroz que incluso ahora, tantos años después, Leticia seguía recordándola.

Había sido una de sus primeras investigaciones como periodista. Una de esas historias pequeñas que los periódicos relegaban a una esquina perdida de sucesos y que nadie parecía querer leer más de dos días seguidos sin embargo, Leticia sí siguió tirando del hilo. Encontró contradicciones en el informe, horarios que no encajaban y testimonios que desaparecieron de repente cuando empezó a preguntar demasiado. También fue una de las primeras veces que alguien le sugirió, de manera poco sutil, que dejara de hacer preguntas. Un coche aparcado varios días frente a su portal, llamadas sin respuesta al otro lado de la línea, y un superior recomendándole «centrarse en temas menos delicados». En aquel momento pensó que solo era presión normal y dejó la investigación por completo, y ahora la persona que yacía muerto en el andén, le recordó que el pasado siempre vuelve.

Bajó la mirada hacia el lateral del nombre, junto a Samuel Varela había una única palabra escrita a mano.

LIMPIO.

La tinta negra había atravesado el papel como si quien lo hubiera escrito hubiera presionado con demasiada fuerza. Sintió un escalofrío recorriéndole la pierna hasta que llegó a la espalda mientras algo empezaba a encajar dentro de su cabeza de la peor manera posible. Porque lo que tenía entre sus dedos húmedos y fríos, no era una lista cualquiera.

—Perdona, guapa, pero voy a cerrar ya.

La voz del camarero atravesó sus pensamientos como un golpe seco y levantó la cabeza de inmediato, sobresaltada. Durante un segundo no supo ni dónde estaba. El hombre la observaba desde el otro lado del local con una expresión cansada, más aburrida que curiosa, mientras apagaba una de las luces de la barra. El pequeño chasquido del interruptor hizo que parte del bar quedara sumida en una penumbra amarillenta todavía más triste. El partido de fútbol había terminado hacía rato y ahora solo quedaba el murmullo bajo de la televisión emitiendo anuncios sin sonido y el golpeteo constante de la lluvia contra los cristales empañados. Se había quedado tan absorta en sus pensamientos y en la lista, que no advirtió el paso del tiempo. Cuando alzó la vista, el bar se había vaciado por completo. Solo quedaban ella, el camarero y una noche que aun no había hecho más que empezar. La ciudad seguía despierta e indiferente a todo lo que acababa de descubrir.

—¿Me puede poner una tila, por favor?

El camarero suspiró mirando el reloj que llevaba en la muñeca.

—Si es que estoy cerrando ya…

Ella miró un instante hacia la calle. El coche negro ya no estaba donde lo había visto antes. Aquello debió haberla tranquilizado, pero fue al contrario; la ausencia la resultaba más inquietante que la propia vigilancia. No sabía si habían decidido marcharse, o si tan solo aguardaban un poco más adelante, oculto entre las sombras y dispuestos a reaparecer en cualquier momento con los faros encendidos. Estaba comprendiendo que lo realmente peligroso no era verlo, sino no saber cuándo volvería a encender las luces.

—Por favor… solo necesito estar aquí cinco minutos, solo cinco minutos.

El hombre dudó unos segundos. Sus ojos bajaron un momento hacia las manchas oscuras que todavía tenía Leticia en las manos antes de volver a mirarla a la cara.

—¿Te encuentras bien?

Leticia, bajo su instinto, escondió las manos debajo de la mesa.

—Sí… sí, estoy bien.

Mentira.

Lo notaba en la respiración demasiado rápida, en el temblor de las piernas y en aquella sensación creciente de que alguien podía entrar por la puerta en cualquier momento.

El camarero terminó asintiendo con desgana.

—Cinco minutos.

Se giró hacia la barra mientras ella volvía la mirada hacia el sobre abierto. Tras la ventana, la noche se ahogaba en una penumbra artificial, donde los coches pasaban como espectros mudos bajo la lluvia.

5

El taxi la dejó en casa cerca de las dos de la madrugada, agotada, empapada y todavía temblando. Se quitó la ropa húmeda y manchada al fondo del baño sin atreverse a mirarla demasiado tiempo. La sangre seca sobre la tela le producía una sensación extraña y casi irreal, como si perteneciera a otra persona. Después se metió bajo la ducha y permaneció allí largo rato, inmóvil, dejando que el agua caliente le golpeara la espalda mientras el vapor cubría el espejo. Pero ni el calor ni el agua consiguieron borrar lo que había visto aquella noche. Seguía sintiendo el olor metálico de la sangre atrapado en la nariz. Seguía viendo el cuerpo de aquel hombre desplomándose sobre el andén cada vez que cerraba los ojos. Cuando por fin salió de la ducha, se envolvió en una toalla y recorrió la casa en silencio, incapaz de encontrar refugio en un lugar que hasta entonces, siempre le había parecido seguro. Cerró la puerta con llave, comprobó dos veces las ventanas y dejó el móvil sobre la mesa de su dormitorio sin apartar la vista de él, como si esperara que sonara en cualquier momento. No llegó ninguna llamada, solo un silencio denso que hacía más presentes los recuerdos de la noche.

Cuando finalmente se tumbó en la cama, el cansancio no trajo descanso, sino un silencio espeso, incómodo, roto por la lluvia golpeando las ventanas y el rumor lejano de algún coche atravesando la avenida bajo el agua. Dio vueltas durante horas entre las sábanas deshechas, incapaz de desconectar la cabeza. Cada vez que conseguía quedarse medio dormida, las imágenes regresaban con la misma violencia: el túnel, los fluorescentes parpadeando, el cuerpo desplomándose sobre el andén y aquella mirada aterrorizada clavándose en ella apenas unos segundos antes de morir. Pero, por encima de todo, volvía siempre la misma frase, pronunciada con el

último aliento, sencilla y enigmática a la vez: «Busca Arcoíris treinta y cuatro». No sabía qué significaba, ni si era un lugar, una contraseña o el nombre de alguien. Solo tenía una certeza: un hombre había entregado su vida para que ese mensaje llegara hasta ella, y ahora ya no podía fingir que nunca lo había escuchado.

Las palabras parecían haberse quedado atrapadas dentro de su cabeza, repitiéndose una y otra vez con la misma voz rota del hombre del metro. Cuanto más pensaba en ellas, más aumentaba aquella sensación insoportable de que había tropezado con algo demasiado grande, algo que llevaba tiempo en la oscuridad bajo capas de un sepulcral silencio.

El despertador marcó las ocho de la mañana y aunque apenas había dormido, a las nueve estaba entrando por la puerta de la redacción. Sin apenas detenerse a saludar a nadie, caminó directa hacia el despacho de su jefe. El periódico ya había despertado del todo; teléfonos sonando, teclados golpeados con prisas, conversaciones cruzándose entre mesas abarrotadas de papeles y vasos de café medio vacíos. El olor a tinta llenaba el aire con esa sensación caótica y familiar de las mañanas en cierre. Pero aquella vez, todo le parecía distante, como si estuviera atravesando un lugar que ya no terminaba de pertenecerle. Empujó la puerta del despacho sin llamar. El hombre levantó la vista del ordenador y la observó en silencio durante varios segundos.

Al principio, no dijo nada, solo la miró con esa expresión cansada de quien lleva demasiados años viendo periodistas llegar destrozados después de perseguir historias equivocadas. Leticia contempló su propio reflejo en el cristal oscuro de la ventana situada detrás del escritorio. Las ojeras marcadas bajo los ojos, el pelo todavía húmedo cayéndole de forma desordenada sobre los hombros, y la ropa mal colocada y arrugada, daba la sensación de que se hubiera vestido deprisa sin terminar de despertar. Parecía una versión deteriorada de sí misma, una mujer que había envejecido varios años en una sola noche. Durante un instante pensó en darse la vuelta y marcharse, en fingir que nada había ocurrido, pero el peso del sobre dentro del bolso seguía allí, recordándole que ya era demasiado tarde para poder dejarlo.

—Tienes cara de llevar tres días sin dormir —dijo al fin su jefe.

—He pasado una mala noche —respondió ella demasiado rápido —. Unos vecinos… no paraban de discutir.

El jefe entrecerró ligeramente los ojos, como si no terminara de creérselo, pero tampoco quería insistir.

—Necesitaría unos días libres —añadió Leticia.

—¿Para qué?

La pregunta la dejó un segundo en blanco. En su cabeza apareció el andén, el sobre, la sangre… Y la voz del policía ya rota:

«No confíes en nadie.»

—Asuntos familiares —dijo.

El silencio se estiró más de lo necesario. El jefe no apartó la mirada. Tampoco aceptó ni rechazó la respuesta de inmediato, como si estuviera sopesando algo más allá de lo que ella acababa de decir.

—Estamos con mucho trabajo, y necesitaría que echases una mano a los de investigación. Están con el tema de la corrupción y no dan abasto.

Leticia levantó lentamente la vista. Durante un instante apenas escuchó el final de la frase. En lugar del despacho veía otra vez el túnel del metro, el policía desplomándose contra el suelo y la sangre extendiéndose bajo la luz blanca de los fluorescentes. Se vio a sí misma corriendo sin entender todavía por qué, aferrando contra el pecho un sobre que ni siquiera había querido abrir al principio.

—¿Leticia?

La voz de su jefe la devolvió de golpe al despacho. Parpadeó varias veces antes de reaccionar.

—Sí… perdona.

Él la observó con atención desde el otro lado de la mesa, como si llevara varios segundos esperando una respuesta.

—¿Seguro que estás bien?

Leticia dudó un instante de más. Después forzó una leve sonrisa y asintió.

—Solo necesito descansar un poco.

Su jefe suspiró, apartó unos papeles a un lado del escritorio y terminó por asentir.

—De acuerdo. Tómate unos días libres. Te vendrá bien desconectar.

—Gracias, jefe.

Estando en la puerta, con la mano puesta en el pomo, su jefe se dirigió a ella.

—Leticia, ¿no estarás investigando nada por tu cuenta?

Ella se giró y, con toda la naturalidad que el peso de la noche anterior le dejaba, le contestó:

—No, si lo estuviera, se lo diría.

Su jefe no quedó nada convencido. Salió del despacho con la autorización en la mano y recorrió el pasillo de la redacción casi por inercia. Varias personas seguían trabajando frente a sus ordenadores, ajenas a todo lo que había ocurrido durante la noche. Nadie levantó la vista cuando pasó. Aquella normalidad le resultó extraña, incluso incómoda. Mientras abandonaba el edificio comprendió que el cansancio era solo una parte del problema. Lo que de verdad la desbordaba era el peso de un secreto que no podía compartir con nadie.

6

A mediodía y estando en casa, con una ciudad que continuaba moviéndose con absoluta normalidad, haciendo como si nada hubiera ocurrido bajo tierra unas horas antes, encendió la televisión sin hacerle mucho caso, lo hizo más por necesidad de ruido que por verdadero interés. El apartamento estaba demasiado silencioso y aquel silencio empezaba a resultarle incómodo y casi hostil. Dejó que las imágenes pasaran de fondo mientras intentaba no pensar en el andén, en la sangre extendiéndose sobre las baldosas húmedas ni en la voz quebrada de aquel hombre muerto pronunciando su última frase. Durante unos minutos solo hubo anuncios, tertulias vacías y noticias irrelevantes mezclándose en el murmullo constante del televisor. Sin embargo, algo captó su atención, una noticia de última hora. Se trataba de una imagen borrosa del metro, con la cinta policial acordonando un andén bajo las luces frías de la estación.

Se incorporó despacio en el sofá, como si el cuerpo le pesara más de lo normal. El reportero aparecía frente a la entrada de la estación con gesto serio, hablando de «un incidente ocurrido durante la noche en una estación del centro de Madrid». La voz del presentador sonaba neutra y limpia para lo que ella había vivido allí abajo. No dieron detalles, solo mencionaron la muerte como «posiblemente por ajuste de cuentas», aunque el caso, según explicaban, permanecía bajo investigación y no existía ningún riesgo para la población. Nada más. Solo una versión fría, ordenada y casi clínica de algo que ella recordaba como un caos absoluto lleno de gritos, miedo y sangre. Sintió un vacío extraño en el estómago mientras observaba las imágenes repetirse una y otra vez en la pantalla. Alguien había decidido qué parte de la historia podía existir y cuál debía desaparecer antes incluso de que amaneciera. Alguien ya estaba limpiándolo todo.

Escuchó una breve descripción que el reportero mencionó casi de pasada, como si se tratara de un detalle irrelevante dentro de la noticia. Según las primeras declaraciones recogidas por la policía, una mujer joven y rubia había sido vista abandonando la estación poco después del incidente. Leticia no reaccionó de inmediato. Podía ser cualquiera, en una ciudad como Madrid, en una estación de metro a las doce de la noche de un lunes, aquella descripción no significaba nada por sí sola. Miles de mujeres podían encajar perfectamente en algo tan genérico. Sin embargo, sintió una incomodidad extraña creciendo poco a poco dentro de ella, una sensación fría e insistente que no conseguía apartar del todo. Volvió a mirar la pantalla esperando que el reportero añadiera algo más, un nombre, una imagen o cualquier detalle concreto que desmontara aquella inquietud antes de que terminara de instalarse por completo en su cabeza, pero el informativo ya había pasado a otra noticia y la voz del presentador se mezcló enseguida con nuevos titulares y conversaciones vacías. Se mantuvo en el sofá mientras la lluvia seguía golpeando las ventanas y el resplandor gris de la mañana se extendía sin prisa por el apartamento. Después, bajó despacio la mirada hacia sus manos. A pesar de haberse lavado varias veces durante la noche, todavía quedaban pequeñas manchas oscuras de la sangre de aquel hombre muerto incrustadas junto a las uñas. Sin darse cuenta empezó a reconstruir todo lo ocurrido, encajando escenas que hasta entonces había intentado mantener separadas dentro de su cabeza.

Recordó al hombre empujando el carrito, la mujer dormida en el banco, y su propia carrera atravesando la estación hasta salir a la calle bajo la lluvia. Cuanto más pensaba en ello, más insoportable se volvía aquella sensación de que algo no encajaba. No estaban buscando únicamente a una mujer que hubiera presenciado un crimen, sino a una mujer que lo había vivido. Todo era demasiado rápido, limpio, y preparado desde el principio. Entonces comprendió desde la noche anterior, que quizá alguien ya estaba decidiendo qué papel debía ocupar ella dentro de aquella historia, antes incluso de que tuviera oportunidad de contar su propia versión.

Se dirigió al baño casi por inercia, arrastrando los pies con un cansancio sordo y pesado que la visita a la redacción solo había conseguido empeorar. Le pesaban los párpados y sentía una presión sorda detrás de los ojos, como si el cerebro hubiera renunciado a procesar nada más. Cuando encendió la luz, el tono amarillento del techo iluminó la ropa que había dejado tirada horas antes junto a la ducha. Seguía allí, arrugada, húmeda en algunas zonas, y marcada por varias manchas oscuras que el tiempo había secado pero no conseguido disimular. La sangre permanecía adherida al tejido como una prueba imposible de ignorar.

Se agachó despacio, sintiendo cómo las rodillas le temblaban por la pura falta de sueño, y sostuvo la chaqueta entre las manos. El tejido estaba rígido donde la sangre se había endurecido. El simple contacto áspero hizo que regresaran de golpe imágenes que llevaba horas intentando apartar de la cabeza. Durante un instante largo, la mente se le quedó completamente en blanco, atrapada en un bucle absurdo. Pensó en meter toda aquella ropa en una bolsa y deshacerse de ella, borrar cualquier rastro físico de la noche anterior antes de que aquello terminara contaminándolo todo. Era lo lógico, era lo que tenía que hacer, pero el cuerpo no le obedeció. Se quedó inmóvil, sentada en el suelo del baño con la prenda entre los dedos, incapaz de ejecutar el movimiento, y superada por la simple tarea de buscar una bolsa de basura. Terminó dejando caer la chaqueta sobre una silla. El sonido seco de la tela resonó en el baño silencioso con una fuerza exagerada. Permaneció mirándola, paralizada por la certeza incómoda de que aquella ropa ya no le pertenecía a su vida normal.

7

Cuando cerró la puerta del baño, el silencio de la casa le pareció demasiado grande. Durante unos segundos se quedó de pie en el pasillo, sin saber muy bien qué hacer con las manos. Encendió una luz y luego otra por puro instinto, llenando el piso de una claridad fría que no conseguía tranquilizarla. En la calle, la lluvia no había dado tregua y seguía castigando la ciudad con una furia intensa. En el interior, solo se escuchaba su respiración. Se acercó a la ventana y apartó apenas un poco la cortina. La calle estaba prácticamente desierta; el asfalto brillaba bajo las farolas y el agua corría por los bordillos formando pequeños riachuelos que arrastraban la suciedad hasta colarse en la alcantarillas. Se quedó allí unos segundos, escrutando la oscuridad con la incómoda sensación de que alguien podía estar observándola desde cualquier punto de la calle, su miraba se centraba en buscar aquel coche negro. No vio a nadie. Sin embargo, en lugar de aliviarla, aquella ausencia terminó por inquietarla aún más. Cerró la cortina con un gesto rápido y apoyó la espalda contra la pared. Desde que había abandonado la estación, comprendió que el miedo no había quedado allí abajo. Había vuelto con ella a casa.

Fue a la cocina, abrió el grifo, y se lavó las manos una y otra vez, aunque la sangre ya no estaba fresca. El agua corría clara, pero ella seguía frotando la piel con más fuerza de la necesaria, quería borrar algo más que una mancha.

Al regresar al salón, sus ojos se dirigieron hacia el sobre. Seguía allí, sobre la mesa, deformado por la humedad y con la marca de sus delicados y temblorosos dedos. Bajo la luz gris que entraba por las ventanas, aquel sobre parecía todavía más fuera de lugar. Era un objeto que pertenecía a otro escenario distinto al de su apartamento, algo arrancado de una escena de crimen y

abandonado por error entre libros, tazas de café y muebles corrientes. Durante varios segundos no se acercó. Se mantuvo de pie observándolo desde la distancia, con una idea absurda atravesándole la cabeza: la sensación infantil de que quizá todo pudiera cambiar si no volvía a tocarlo, como si ignorarlo fuera suficiente para devolver las cosas a la normalidad. Pero no ocurrió nada. El sobre siguió igual, inmóvil sobre la mesa, manchado de sangre seca y cargado con el peso insoportable de todo lo que había ocurrido desde el metro.

Tras varios segundos de una incertidumbre que ahora pesaba más que la curiosidad, se acercó despacio y se sentó frente a él, desafiándolo, aunque tampoco lo abrió de inmediato. Primero lo sostuvo entre las manos y lo giró entre los dedos, sintiendo la textura áspera del papel humedecido, las arrugas formadas por la presión y las manchas oscuras donde la sangre había perdido color sin perder presencia. Había algo profundamente perturbador en aquello. Le costaba aceptar que un objeto tan simple pudiera haberse convertido en el centro de una persecución, de un asesinato y de una noche que todavía seguía sintiendo pegada a la piel. Mientras lo observaba en silencio, no podía dejar de pensar en la forma desesperada en que el hombre muerto se lo había entregado antes de caer redondo, como si aquel sobre valiera más que su propia vida y aquello era lo que más miedo le daba.

Tomó aire antes de abrirlo, aunque el gesto le costó más de lo que esperaba, dado que una parte de ella todavía creía que mantener el sobre cerrado, pudiera retrasar lo que estaba a punto de descubrir. Cuando separó el papel, el sonido áspero del sobre rompiendo el silencio de la habitación le pareció exageradamente fuerte dentro del apartamento. Durante un instante permaneció quieta, escuchando únicamente la lluvia golpeando las ventanas y el murmullo lejano de la televisión encendida al fondo del salón. Después, miró el interior. Las hojas aparecieron dobladas de forma irregular, arrancadas claramente de algún documento más grande. Algunas tenían los bordes rasgados y faltaba un fragmento en la parte inferior, como si alguien hubiera eliminado deliberadamente una sección importante antes de esconderlas. No parecían

documentos guardados con cuidado, sino papeles ocultados deprisa, bajo presión, y lo más seguro que con miedo. Los extendió con cuidado sobre la mesa intentando no dañarlos más y solo entonces se dio cuenta de que llevaba varios segundos conteniendo la respiración.

Esperaba encontrar páginas llenas de informes, listas interminables o más códigos imposibles de descifrar, pero no había nada de eso. Solo cuatro nombres, escritos a mano con una letra clara y sorprendentemente ordenada, una caligrafía demasiado tranquila para el tipo de documentos que tenía delante. No había títulos ni explicaciones, solo etiquetas a cada lado de los nombres.

A medida que los observaba, una presión lenta comenzó a cerrársele en el pecho, porque después de todo lo ocurrido aquella noche ya no podía mirar un nombre escrito en aquellas hojas sin preguntarse quién seguía vivo, quién estaba siendo vigilado, y quién había desaparecido ya sin dejar más rastro que una línea tachada dentro de algún archivo oculto. Las repasó varias veces sin entender del todo la lógica. No sabía si era una lista de víctimas o asesinos. Volvió al principio, al primer nombre. Samuel Varela.

El aire de la habitación pareció volverse más denso, más frío, aunque no supiera explicar por qué. El nombre seguía allí, entre otros dos, subrayado con una línea fina que no recordaba haber visto nunca, como si alguien lo hubiera añadido mientras ella no miraba o como si siempre hubiera estado allí esperando ese momento exacto. Se quedó mirándolo demasiado tiempo, incapaz de apartar la vista, con la extraña sensación de que el papel no era el que estaba cambiando, sino ella. Por un instante, el miedo dejó de ser ruido, movimiento o persecución, y se convirtió en algo mucho más simple y devastador: comprensión.

8

Leticia recordó con lagunas el caso Varela al mismo tiempo que mantenía la mirada fija sobre el nombre escrito en la hoja. Habían pasado casi diez años desde entonces, pero todavía conservaba imágenes sueltas de aquella investigación flotando en la memoria como fotografías envejecidas por el tiempo. Recordaba titulares confusos, ruedas de prensa tensas llenas de micrófonos y flashes, y el rostro agotado de Samuel entrando a los juzgados rodeado de cámaras con una expresión que en aquel momento ella interpretó como miedo a ser condenado. Ahora ya no estaba tan segura de qué era exactamente lo que reflejaban aquellos ojos. También recordó el ambiente extraño que rodeó todo el caso desde el principio, la sensación constante de que había demasiada gente interesada en controlar lo que se publicaba y lo que no.

Su antiguo jefe, Rubén Aguas, decidió ponerla al frente del seguimiento del caso casi como una prueba, quizá esperando ver cuánto tardaba en rendirse o hasta dónde estaba dispuesta a llegar persiguiendo una historia incómoda. Nunca imaginó que bajo aquella superficie existiera algo mucho más profundo, una estructura invisible capaz de sobrevivir durante años enterrando nombres, fabricando versiones oficiales y convirtiendo personas reales en simples registros dentro de documentos ocultos.

Se sentó frente al ordenador y comenzó a buscar entre carpetas antiguas, discos duros olvidados y archivos del periódico. Apenas encontró nada. Después de tantos años, gran parte del material había desaparecido o sido eliminado durante alguna limpieza del sistema. Maldijo en voz baja mientras abría directorios vacíos con nombres que ya ni recordaba haber creado. Al final tuvo que apoyarse únicamente en la memoria. Cerró los ojos un instante para visualizar a Samuel Varela. La versión oficial decía que solo era un

testigo protegido dentro de un caso de corrupción policial menor. La versión publicada entonces hablaba de una intervención irregular en las afueras de Madrid, varios agentes suspendidos de empleo y sueldo y una investigación interna llena de contradicciones. Sin embargo, la realidad era mucho más oscura: Samuel había presenciado cómo varios policías asesinaban a un narcotraficante en un descampado industrial para quedarse con parte de la droga y el dinero que transportaba. Durante semanas intentó denunciar lo ocurrido, declaró ante Asuntos Internos, e incluso llegó a identificar a algunos agentes implicados. El caso llegó parcialmente a juicio, pero las pruebas desaparecieron, varios testimonios fueron modificados y el proceso terminó reducido a simples irregularidades policiales. Meses después, cuando todo parecía haberse enfriado, Samuel apareció muerto en circunstancias nunca del todo aclaradas.

Abrió el navegador y empezó a buscar las noticias antiguas del caso. Apenas quedaban referencias dispersas en hemerotecas digitales y foros olvidados. La mayoría de enlaces devolvían errores o páginas eliminadas. Encontró un artículo suyo publicado años atrás que ni recordaba que había escrito, lo leyó deprisa, intentando recordar detalles que en aquel momento, le parecieron insignificantes. Siguió bajando por la pantalla hasta detenerse en una pequeña noticia publicada meses después del juicio. Solo cuatro líneas: Samuel Varela había aparecido muerto en un piso de Vallecas como un posible suicidio. Se quedó mirando la pantalla sin moverse. No recordaba aquella noticia y eso le puso la piel de gallina. Necesitaba respuestas y, por el momento, solo había una persona que quizás podía dárselas: Rubén Aguas, su antiguo jefe.

Cerró el portátil y contempló cómo la lluvia castigaba los cristales del salón. Había algo enfermizo en todo aquello. El nombre de Samuel Varela llevaba años enterrado y, aun así, continuaba apareciendo delante de ella como si alguien se hubiera empeñado en devolverlo al presente. Durante años había pensado que aquello solo había sido una investigación más, un escándalo policial que terminó diluyéndose entre titulares nuevos y noticias olvidadas. Pero ahora

ya no estaba tan segura. Había demasiadas cosas rotas alrededor de Samuel.

Buscó la dirección de su antiguo jefe en una agenda olvidada al fondo de un cajón del escritorio. Le costó varios minutos encontrarla entre números antiguos, notas garabateadas y contactos que ya ni siquiera existían, hasta que finalmente apareció escrita con tinta azul junto a un nombre que llevaba años sin pronunciar en voz alta: Rubén Aguas. Vivía en Horcajo de la Sierra, un pequeño pueblo en las afueras de Madrid al que, según recordaba, se había marchado poco después de abandonar el periódico. Nadie supo decir con exactitud por qué dejó el trabajo. Según la versión de Rubén Aguas, habló de cansancio, de estrés, de querer alejarse de la ciudad y del ritmo de la redacción. Sin embargo, en aquel momento ya circulaban rumores extraños sobre él: investigaciones canceladas de repente, artículos desaparecidos antes de publicarse, llamadas incómodas que recibía de madrugada y conversaciones que terminaban en silencio cuando alguien entraba en la sala.

Cerró la agenda y cogió las llaves de casa mientras volvía a mirar el sobre manchado de sangre sobre la mesa del salón. Continuaba allí como una presencia incómoda dentro del apartamento, deformado por la humedad y cargado con un peso que parecía llenar toda la habitación. Durante un instante volvió a sentir el impulso de dejarlo todo exactamente donde estaba, llamar a la policía, entregar la lista y contar lo ocurrido en el metro para fingir después que aquella historia nunca había pasado por su vida. Habría sido lo lógico, lo seguro, lo que cualquier persona normal haría después de ver morir a un hombre delante de ella.

Pero ya no estaba segura de qué significaba exactamente la palabra seguro. Entonces le volvió aquella imagen que no lograba sacar de su cabeza: el rostro del hombre en el túnel justo antes de desplomarse sobre el andén, la manera desesperada en que le había agarrado la muñeca, y el auténtico terror reflejado en sus ojos mientras intentaba hablar con la poca fuerza que le quedaba. Y, sobre todo, recordó aquella última frase pronunciada casi sin aire, rota por la sangre que le llenaba la boca:

—*No confíes en nadie.*

Las palabras seguían clavadas dentro de su cabeza desde la noche anterior, creciendo cada vez que pensaba en las noticias manipuladas, en la lista escondida dentro del sobre y en la rapidez con la que todo parecía estar siendo borrado. Hizo una foto con el móvil al documento, después lo guardó en el sobre, y lo colocó en el armario, entre una separación de este y los cajones. Mientras lo colocaba, una pregunta comenzó a abrirse paso entre todas las demás: si no podía confiar en nadie, ¿podía confiar en verdad en su antiguo jefe?

9

Transcurrida una hora y cuarto de carretera bajo una lluvia constante y gris, llegó finalmente al pequeño pueblo a las cinco de la tarde. El trayecto se le hizo más largo de lo normal, quizá porque la oscuridad, la niebla y el cansancio convertían cada kilómetro en algo más pesado, o quizá porque llevaba todo el camino mirando constantemente por el retrovisor con la sensación absurda de que aquel coche negro podía reaparecer en cualquier momento detrás de ella. Cuando atravesó el cartel oxidado que anunciaba Horcajo de la Sierra, tuvo la impresión de estar entrando en un lugar detenido fuera del tiempo. Las calles estrechas y empedradas descendían entre casas de piedra oscurecidas por la humedad y los años, con balcones de hierro viejo y ventanas pequeñas desde las que escapaba una luz cálida y amarillenta. Las farolas antiguas apenas conseguían atravesar la niebla que se acumulaba entre las fachadas, dejando amplias zonas sumidas en sombras húmedas donde todo parecía más silencioso de lo normal.

En aquellas horas apenas quedaba movimiento. Solo algún bar todavía abierto dejando escapar murmullos apagados y olor a leña mojada hacia la calle, el sonido lejano de una televisión encendida detrás de una ventana y el agua golpeando continuamente los canalones de las casas. Redujo la velocidad y avanzó despacio entre las construcciones de estilo medieval mientras los neumáticos del coche deslizaban pequeñas corrientes de agua sobre el brillante pavimento. El pueblo entero transmitía una sensación extraña, como si hubiera sido construido para esconderse del resto del mundo.

Hacía años que Rubén Aguas se había marchado allí después de abandonar el periódico casi de un día para otro. Sin embargo, la vida continuó, el periódico siguió adelante y Rubén terminó convirtiéndose en otro nombre perdido entre demasiadas historias

sin cerrar. Pero mientras recorría aquellas calles vacías bajo la lluvia, empezó a preguntarse si de verdad se había marchado buscando tranquilidad o si, en realidad, llevaba años escondiéndose de algo.

Aparcó frente a la entrada de la casa y apagó el motor. Durante unos segundos se quedó observando bajo la lluvia, la fachada de piedra húmeda. Las ventanas estaban iluminadas tenuemente y el humo salía lento por la chimenea. Bajó del coche y cruzó el pequeño camino de tierra mientras el agua golpeaba el paraguas con fuerza. Levantó la aldaba y golpeó tres veces. Unos pasos resonaron al otro lado de la madera vieja. Después, la puerta se abrió con un chirrido largo y desagradable.

Una mujer de unos sesenta años la observó desde el interior de la casa.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Busco a Rubén Aguas.

La mujer no respondió enseguida. Sus ojos recorrieron a Leticia de arriba abajo con cierta desconfianza.

—¿Qué quiere de él?

—Hablar. Soy una vieja amiga.

—¿Cómo se llama?

—Leticia Santos, él sabe quién soy.

La expresión de la mujer cambió apenas un instante, casi imperceptiblemente.

—Espere aquí.

La puerta volvió a cerrarse. Leticia esperó bajo el pequeño tejado de la entrada intentando resguardarse de la lluvia y del viento frío que recorría la calle vacía. Escuchó voces apagadas al otro lado de la casa y después pasos acercándose de nuevo.

La mujer abrió la puerta.

—Pase.

La condujo escaleras arriba a través de un pasillo estrecho cubierto de fotografías antiguas y estanterías llenas de libros que olían a humedad. La madera crujía bajo cada paso y el aire dentro de la casa era cálido, pero tenía esa quietud incómoda de los lugares donde parece hablarse poco. Al final del pasillo había una puerta entreabierta de la que escapaba una luz tenue y amarillenta. La

mujer no dijo nada más. Solo señaló discretamente el despacho antes de alejarse escaleras abajo. Leticia empujó la puerta despacio.

Rubén Aguas se encontraba de pie junto a la ventana, observando la lluvia caer sobre aquel pueblo que ahora, era su hogar. La habitación estaba casi a oscuras, iluminada únicamente por una lámpara de escritorio y por la luz gris que atravesaba el cristal empañado. Sobre las estanterías se acumulaban carpetas, periódicos antiguos y montones de papeles desordenados que daban al despacho un aspecto más parecido al de un archivo olvidado que al de una casa particular. Su antiguo jefe había envejecido mucho más de lo que ella esperaba. El cabello, antes oscuro, aparecía ahora cubierto de canas y llevaba unas gafas finas que no recordaba haberle visto nunca. Aun así, seguía transmitiendo la misma sensación de calma incómoda que tenía en la redacción cuando una historia empezaba a acercarse demasiado a algo peligroso.

—Leticia Santos… —murmuró finalmente sin girarse del todo—. Ha pasado mucho tiempo.

Su voz sonó grave, cansada, como si aquellas palabras hubieran tenido que atravesar demasiados años antes de salir.

—Casi diez años —respondió ella.

Rubén señaló una de las sillas frente al escritorio. Leticia se sentó.

—¿A qué debo esta agradable visita? Y no me digas que vienes a ver a las viejas amistades.

Dudó unos segundos antes de responder.

—Necesito hablar contigo.

Rubén le sostuvo la mirada unos instantes. Leticia no titubeó.

—Vengo por el caso Varela.

Rubén soltó una pequeña risa cansada mientras negaba con la cabeza.

—Todavía recuerdo cuando te conocí. Aún ibas en pañales y mira ahora… jefa de sucesos. Lo que es la vida.

—Rubén, por favor…

La sonrisa desapareció del rostro del hombre.

—También recuerdo lo curiosa que eras. Querías saberlo todo, cómo funcionaba el oficio… y hay cosas que son mejor no saber cómo funcionan.

Leticia le clavó la mirada.

—Me pusiste al frente de la investigación y luego manipulaste mi artículo. ¿Por qué?

Rubén tardó unos segundos en responder.

—Eras muy joven para entenderlo.

—Pero ahora no lo soy. Hubo presiones, ¿verdad?

—No hubo presiones. Hubo amenazas.

Leticia sintió cómo algo se tensaba dentro de ella.

—¿Te amenazaron?

—Dos hombres se presentaron en mi casa una noche.

—¿Policías?

—Eso es lo que me pregunto yo todavía.

El silencio cayó entre los dos durante unos segundos.

—¿Qué pasó? —preguntó finalmente Leticia.

—Que obedecí. Cerré el caso, dejé el periódico y me vine aquí con mi mujer.

La lluvia golpeó los cristales del despacho.

—¿Qué pasó en realidad con Samuel?

Rubén desvió la mirada hacia la ventana.

—Samuel vio algo que no debía ver.

—¿Qué vio?

Rubén tardó unos segundos demasiado largos en responder.

—Un asesinato. Vio cómo varios policías asesinaban a un narcotraficante y se quedaban con el dinero y la mercancía. Eso fue lo que declaró. Hubo un juicio, pero el juez terminó suspendiéndolo. Aun así, una fiscal siguió presionando para reabrir el caso y…

—Samuel apareció muerto en un piso de Vallecas —interrumpió Leticia.

Rubén asintió.

—Exacto. Después todo se archivó y oficialmente no quedó nada. Ni nombres, ni pruebas, ni responsables. Esa gente no dejó cabos sueltos.

Leticia tragó saliva.

—¿Por qué te interesa tanto un caso de hace diez años?— continuó Rubén—. ¿Estás investigando? Eso se cerró hace mucho

tiempo, se destruyeron muchas pruebas y hubo gente que guardó silencio. No creo que encuentres mucho.

—No estés tan seguro. Tengo una lista.

Rubén levantó la vista de golpe.

—¿Cómo dices?

Leticia sacó el móvil y le mostró la fotografía. La expresión de Rubén cambió por completo. El color pareció desaparecerle del rostro.

—Eso es imposible…

Sus ojos recorrieron los nombres durante unos segundos demasiado largos.

—¿Cómo has conseguido esto?

Leticia sostuvo su mirada.

—Digamos que alguien perdió la vida para que la tuviera.

Rubén apartó la vista del teléfono y se quedó inmóvil, como si acabara de comprender algo que llevaba años intentando olvidar. Se levantó despacio, con las manos apoyadas en la mesa, y la miró con un terror genuino.

—Tienes que marcharte, Leticia. Ahora mismo. Si te han visto venir aquí, nos vas a matar a todos.

Ella asimiló el pánico de su mentor y se levantó sin oponer resistencia. Guardó el móvil en el bolso, sintiendo que la temperatura del despacho había bajado diez grados.

Bajaron las escaleras en un silencio sepulcral. La lluvia seguía cayendo con fuerza sobre el pueblo. Ya en la puerta, Leticia abrió el paraguas, preparándose para volver a la tormenta.

—Me ha gustado volver a verte.

Rubén esbozó una sonrisa cansada.

—Lo mismo digo.

Leticia caminó unos pasos hacia el coche, pero una idea volvió a cruzarle la cabeza. Se giró.

—¿Te suena Arcoíris 34?

Durante un instante, Rubén no respondió.

—No —dijo finalmente—. No me suena.

Leticia lo observó unos segundos más.

—De acuerdo.

Volvió a girarse.

—¡Leticia!

Ella se detuvo y miró atrás. Rubén seguía bajo el marco de la puerta, con la lluvia y la oscuridad detrás de él.

—Sea lo que sea en lo que te estás metiendo… ten cuidado.

Leticia sostuvo la mirada del hombre unos segundos antes de asentir levemente y entrar en el coche.

10

El coche avanzaba por la carretera mojada mientras la lluvia golpeaba el parabrisas en intervalos constantes, como si marcara un ritmo que Leticia no conseguía seguir. Aún tenía la voz de Rubén en la cabeza, repitiéndose una y otra vez con frases desordenadas: «no hubo presiones, hubo amenazas», «dos hombres en mi casa», «esa gente no deja cabos sueltos». Mientras pensaba, la voz del noticiario en la radio cambió de tono y algo en su interior se tensó sin saber aún por qué.

…La policía confirma la identidad del hombre hallado en el andén del metro…

Subió el volumen sin apartar la vista de la carretera.

…Se trata de Sergio Velasco, un agente en activo de la Policía Nacional…

El corazón de Leticia dio un vuelco. El sonido de la lluvia desapareció de golpe.

Llegó a casa y, nada más cerrar la puerta, encendió la televisión por impulso, buscando llenar el apartamento con cualquier sonido que consiguiera mantener lejos el silencio que llevaba horas persiguiéndola. El canal de noticias 24 Horas apareció directamente en pantalla y durante unos segundos apenas prestó atención, ocupada todavía en dejar las llaves sobre la mesa y quitarse la chaqueta húmeda. Entonces la primera imagen la golpeó sin previo aviso. Ahí estaba el hombre del túnel. El mismo rostro pálido que apenas había conseguido distinguir entre la lluvia, la sangre y las luces frías del andén. La misma mirada nerviosa y agotada de alguien que llevaba demasiado tiempo huyendo. La fotografía aparecía ahora limpia y estable en la pantalla, acompañada de un rótulo informativo y de una voz neutra que hablaba de él como si

fuera únicamente otro nombre más dentro de un informativo cualquiera.

Sintió cómo el aire del salón parecía cambiar de golpe, volviéndose más pesado, más estrecho, como si las paredes del apartamento se hubieran acercado unos centímetros sin razón aparente. El corazón empezó a latirle más deprisa mientras observaba aquella imagen repetirse una y otra vez acompañada por titulares que hablaban de «un agente relacionado con una investigación interna» y «posibles vínculos con irregularidades todavía no confirmadas». Todo sonaba cuidadosamente medido y preparado para alguien que, apenas unas horas antes, había muerto desangrándose en un túnel de metro mientras le suplicaba que no confiara en nadie.

La pantalla mostró un plano de la estación de Lago y esa sola palabra la arrastró de vuelta a la llamada del día anterior, cuando todavía estaba en la redacción**.**

Dudó antes de responder.

—¿Sí?

Durante unos segundos solo escuchó una respiración agitada.

—¿Leticia Santos?

La voz era grave y temblorosa.

—Sí, ¿quién es?

El hombre tardó unos instantes en responder.

—Necesito verte.

Leticia frunció el ceño.

—¿Para qué?

Hubo un silencio, como si estuviera mirando detrás de él.

—No puedo hablar por teléfono.

—Mire, son casi las once de la noche…

—Por favor —la interrumpió—. Solo serán cinco minutos.

Aquella frase volvió a resonar ahora dentro de su cabeza con una claridad enfermiza.

«Solo cinco minutos.»

Leticia recordó haberse quedado quieta junto a la mesa de trabajo mientras la lluvia golpeaba los cristales.

—¿Quién es usted?

Hubo otra pausa.

—Tengo algo con lo que solo tú puedes ayudarme. Es de vida o muerte. Nos vemos en media hora en la estación de Lago. Si alguien pregunta… usted no me conoce.

Después escuchó un ruido metálico al otro lado de la llamada. Voces lejanas, y entonces el hombre habló mucho más bajo.

—No venga acompañada.

El silencio regresó al apartamento con una brusquedad incómoda, el tiempo se estiró durante un minuto completo antes de que pudiera apartar los ojos del teléfono. Poco a poco volvió al presente, sacudiéndose los recuerdos de aquella habitación apenas iluminada. Bajó el volumen de la televisión mientras las imágenes del metro continuaban apareciendo en pantalla acompañadas por titulares cada vez más ambiguos y declaraciones cuidadosamente vacías. Después dejó el móvil a un lado y volvió a coger la lista.

La extendió sobre la mesa con cuidado, alisando las hojas arrugadas bajo la palma de la mano mientras recorría los nombres uno a uno. Algunos le resultaban vagamente familiares, ecos perdidos de noticias antiguas, investigaciones olvidadas o casos que habían desaparecido demasiado deprisa de los periódicos. Otros, en cambio, no le decían absolutamente nada. Un juez, una fiscal, un abogado… Nombres que a simple vista, mostraban tranquilidad.

Sin embargo, alguien había matado por aquella lista. Alguien llevaba años ocultando nombres, manipulando informes y eliminando cualquier rastro que pudiera conectar unas piezas que no deberían encajar.

Abrió el portátil y la luz fría de la pantalla iluminó parcialmente el salón mientras comenzaba a buscar el primer nombre. El cansancio le pesaba detrás de los ojos, pero la necesidad de entender todo aquello era ya más fuerte que el miedo. Empezó a abrir archivos antiguos, noticias olvidadas y artículos enterrados en hemerotecas digitales mientras una idea comenzaba a crecer poco a poco dentro de su cabeza. Quizá el error había sido intentar relacionar directamente a las personas de la lista. Tal vez la conexión real no

estaba en quiénes eran, sino en lo que todos habían visto antes de desaparecer de una forma u otra.

11

El nombre del juez Ricardo Utrera, aparecía al principio de la lista con el estado de CONTROLADO. Lo observó durante unos segundos mientras intentaba recordar dónde lo había escuchado por última vez. Tardó poco en hacerlo; fue aquel juez quien suspendió el juicio de Samuel Varela diez años atrás. Oficialmente por irregularidades en el procedimiento. Extraoficialmente, nadie supo nunca qué ocurrió realmente. Empezó a buscar entre artículos de internet. Las primeras noticias hablaban de un magistrado respetado, especializado en casos complejos y conocido por su dureza en los tribunales. Las fotografías mostraban a un hombre serio e impecable, siempre rodeado de periodistas a la salida de la Audiencia Provincial. Las noticias más recientes eran distintas; hablaban de un hombre retirado, con problemas con el alcohol y una baja prolongada poco antes de abandonar definitivamente la judicatura. Encontró una dirección actual en pleno corazón de Madrid. La lluvia seguía golpeando las ventanas del salón mientras volvía a mirar la lista. Alguien había matado por aquellos nombres y Ricardo Utrera seguía vivo. Hizo un par de llamadas pidiendo favores para averiguar dónde residía el juez. Uno de esos favores le dio una dirección. Cogió las llaves del coche y salió de casa a las ocho de la tarde.

Aquel hombre que el alcohol había retirado, residía en uno de aquellos edificios antiguos que parecían existir fuera del tiempo en el barrio de Salamanca. La fachada de piedra estaba impecablemente limpia y las ventanas altas permanecían cerradas pese a la humedad de la tormenta. No había cámaras visibles ni seguridad exagerada; ya no la necesitaba. El portal olía a madera encerada y silencio caro. Un portero uniformado levantó la vista apenas un segundo cuando

Leticia entró, como si estuviera acostumbrado a ver personas llegar sin hacer preguntas y marcharse sin respuestas. Subió en el ascensor entre plantas silenciosas hasta detenerse en el ático.

Llamó dos veces a la puerta, pero nadie respondió. Cuando estaba a punto de marcharse escuchó el sonido de varios cerrojos abriéndose. La puerta apenas se entreabrió unos centímetros. Un hombre de barba descuidada y ojos cansados apareció al otro lado. El olor a alcohol salió antes que sus palabras.

—¿Sí?

Leticia tardó un instante en reconocerlo. Costaba encontrar en aquel hombre derrotado, al juez pulcro que aparecía en las fotografías antiguas.

—¿Ricardo Utrera?

El hombre no respondió.

—Soy Leticia Santos. Periodista.

El nombre pareció incomodarle.

—No hablo con periodistas.

Intentó cerrar la puerta, pero Leticia habló antes.

—Vengo por el caso Samuel Varela.

El movimiento del juez se detuvo de golpe. El silencio que siguió fue demasiado largo. Ricardo bajó la mirada, como si aquel nombre hubiera regresado desde un lugar que llevaba años intentando mantener enterrado.

—¿Puedo pasar?

El juez sin decir nada, abrió la puerta. Leticia entró, sin embargo, tuvo la sensación incómoda de no estar entrando en la casa de un hombre, sino en un lugar construido específicamente para mantenerse lejos del ruido del mundo. Todo allí transmitía una calma antinatural: las alfombras gruesas, la iluminación cálida, y los cuadros clásicos perfectamente alineados sobre las paredes oscuras. A través de los ventanales podía verse Madrid extendiéndose bajo la noche, lejana y pequeña, como si la ciudad perteneciera a otra gente y las decisiones importantes se tomaran siempre muy por encima de ella.

—Ese caso terminó hace mucho tiempo.

—No para todos.

El juez observó la calle vacía antes de volver a mirarla. Parecía nervioso.

—¿Quién más sabe que estás aquí?

La pregunta la descolocó.

—Nadie.

El juez soltó una risa seca y cansada.

—Entonces todavía no entiende en qué se está metiendo, señorita…

—Leticia Santos. Para eso he venido, para que me lo diga usted.

El juez la condujo hasta una habitación en la que parecía haber instalado su vida. Le hizo un gesto para que se sentara.

—Sabía que alguien vendría… pero no que sería una periodista.

—¿A qué se refiere?

—Cuando vi la noticia del policía muerto en el metro, supe que esto no había terminado. Aunque si le digo la verdad, siempre pensé que el final, solo estaba en la muerte.

—¿Sabía quién era?

—Lo reconocí.

—¿Por qué suspendió el juicio?

El juez soltó otra risa seca y amarga.

—Por lo mismo que haría cualquiera.

—¿Dinero? —cuestionó Leticia.

—Mucho dinero.

Leticia lo observó en silencio.

—Pero usted era un juez respetado, no lo entiendo.

—Todos somos respetados hasta que nos ponen un maletín encima de la mesa, señorita Santos.

—No meta a todo el mundo en su fango, algunos dejamos los principios en el mismo sitio donde los encontramos.

—Eso es porque su precio todavía no ha salido a subasta. Pero llegará.

—¿Y le mereció la pena vivir así? —preguntó Leticia señalando la habitación desordenada, el olor a alcohol y una vida detenida.

—No lo entiende. Con esa gente no haces un trato… haces un pacto. Y un pacto con el diablo solo termina cuando uno de los dos muere.

—Pero usted sigue vivo.

—Lo sigo porque un hombre destruido da menos problemas que un hombre muerto.

Leticia frunció el ceño.

—No entiendo.

—Desde entonces he estado controlado. No directamente, pero cada cierto tiempo aparecían, comprobaban que siguiera callado. Esa sensación constante de que podían hacer cualquier cosa… me llevó hasta aquí. Nunca debí aceptar aquel dinero, pero lo peor no fue ver a hombres que llevaban toda la vida persiguiendo delincuentes comportarse como ellos... sino convertirme en uno de ellos.

—Todavía puede ir a la policía.

El juez negó.

—Ellos son la policía. Y con el paso del tiempo… seguro que hay peces más gordos en la charca.

Leticia sacó el móvil.

—Tengo una lista con nombres de personas que tuvieron algo que ver. Los he localizado a través de esto.

Le mostró la pantalla. El juez recorrió los nombres en silencio. Su expresión cambió poco a poco, endureciéndose.

—Pero no entiendo —continuó Leticia— lo de las etiquetas.

—Eso no son etiquetas —dijo al fin—. Son dianas. Esas personas ya están muertas.

—¿Los reconoce?

—A todos. Cada uno se llevó su tajada.

—¿Sabe qué fue de ellos?

—No, ni quiero saberlo.

El juez apartó la mirada de la lista como si le quemara en las manos. Durante unos segundos no dijo nada, solo respiró con dificultad, como si hubiera recordado algo que llevaba años intentando olvidar.

—¿Quién llevaba todo aquello? —cuestionó Leticia.

—Nunca lo vi, solo había un intermediario, nadie pronunciaba nombres.

El juez permaneció unos segundos en silencio.

—¿Sabe cuál fue mi mayor error, señorita Santos?

Leticia negó con la cabeza.

—Pensar que el hombre que me entregó el dinero era el peligro.

Frunció el ceño.

—¿No lo era?

El juez esbozó una sonrisa amarga.

—No, el verdadero peligro siempre llegaba después.

—¿Después?

—Siempre aparecía alguien para asegurarse de que nadie hablara. Ese era el hombre al que todos temían.

Leticia sintió un escalofrío.

—¿Llegó a conocerlo?

El juez tardó unos segundos en responder.

—No, y si usted llega a conocerlo... será porque ya es demasiado tarde.

Ambos se quedaron en silencio.

—No debería haber venido aquí —murmuró el juez.

Leticia se levantó despacio, sin apartar los ojos de él.

—Necesito saber quién sigue en esa lista.

El juez negó, casi imperceptiblemente.

—Ya no es una lista. Es un aviso. Lo más seguro es que sepan ya quién la tiene. Por su bien, yo lo dejaría.

—¿Y si no lo hiciera?

—Yo miraría siempre a mi espalda.

Se acercó a la puerta y la abrió con urgencia, sin mirarla.

—Váyase ahora, y no vuelva a pronunciar esos nombres en voz alta.

—Solo una cosa más, ¿sabe algo de Arcoíris 34?

—No, ahora váyase.

Leticia dudó un segundo, pero salió. La puerta se cerró a sus espaldas con un golpe seco que resonó en el pasillo de la casa. Se quedó un segundo inmóvil en el exterior, con la lluvia fina empapándole los hombros sin que apenas lo notara. Caminó hacia su coche sin prisa, aunque el pulso ya le golpeaba con fuerza en las sienes. Sacó las llaves del bolso y lo vio. Un coche estaba aparcado unos metros más abajo, en el borde de la calle y con el motor

encendido. Los cristales estaban ligeramente tintados, pero alcanzó a distinguir una silueta en el interior. El parabrisas del coche reflejaba las luces tenues de la calle, pero no hubo movimiento, ni prisa, ni reacción. Solo espera. Un segundo después, el vehículo arrancó con suavidad. No aceleró ni huyó, simplemente empezó a avanzar, manteniéndose a la misma distancia que ella. Leticia no se giró de inmediato. Continuó caminando hasta su coche, pero ya no miraba la casa del juez. Ahora miraba la calle. Y entendió algo sin necesidad de que nadie se lo explicara: ya no estaba sola.

Aquella misma noche, sentado en el salón del ático, todavía vestido y con la ciudad extendiéndose detrás de los ventanales como un reflejo lejano y enfermo, asesinaron al juez y a su mujer. Cuando la asistenta abrió la puerta por la mañana, la lámpara junto al sillón seguía encendida y el tocadiscos reproducía una pieza de jazz a volumen muy bajo. El juez tenía una copa de whisky en la mano derecha y una pequeña mancha oscura descendía desde el cuello de la camisa hasta perderse bajo la chaqueta; su frente albergaba un único disparo limpio y preciso. A unos pocos pasos, su esposa descansaba en la otra butaca, con las manos cruzadas sobre el regazo y la cabeza ladeada hacia la ventana, como si se hubiera quedado dormida contemplando el *skyline* de Madrid antes de recibir el mismo impacto certero. Nadie en el edificio escuchó nada o fueron instigados a no decir nada.

12

En la mañana, el nombre del juez apareció en las noticias. Leticia estaba en su domicilio cuando la imagen de una vivienda acordonada ocupó la pantalla del informativo de fondo. Al principio no le prestó demasiada atención: policía, flashes, periodistas, el movimiento habitual de una escena reciente. Hasta que oyó el nombre: Ricardo Utrera. Horas después, cuando las primeras fotografías de la inspección ocular se filtraron sin censura en los foros de la prensa digital, Leticia tardó varios segundos en comprender qué era lo que en verdad le resultaba inquietante. No la sangre ni los disparos, sino la serenidad de aquella escena. A través de las imágenes de alta resolución, el salón parecía una estancia perfectamente ordenada donde el eco de la pólvora casi podía olerse entre el rancio aroma del whisky y el tabaco. Sobre la mesa baja del salón, la cámara forense había captado un cenicero con dos cigarros consumidos: uno de boquilla blanca y corte *premium*, apagado con pulcritud a la mitad, y otro de filtro amarillo corriente, aplastado con nerviosismo contra el cristal. Aquello no parecía un asesinato; parecía una reunión que había terminado exactamente como el juez le había dicho que iba a acabar. Por eso, que la policía hablara primero de suicidio antes de que el caso fuera sepultado en un repentino y sospechoso silencio mediático, solo confirmaba sus peores temores. No había arma, ni señales de forcejeo, ni nada roto. Solo un pacto de muerte.

No pudo permitirse flaquear, y continuó con la lista, sin embargo, ahora lo hizo con una atención distinta, más fría y más precisa, como si cada nombre hubiera dejado de ser un simple dato para convertirse en una pieza de algo que aún no terminaba de mostrarse del todo. El nombre de Ricardo Utrera seguía allí, pero la palabra CONTROLADO ya no le resultó un estado administrativo ni una

anotación técnica, sino una sentencia cumplida, una forma discreta de confirmar que alguien había cerrado un capítulo sin dejar margen a ninguna explicación adicional. A partir de ahí empezó a recorrer el resto de nombres con una paciencia distinta, intentando reconstruir mentalmente todo lo que sabía del caso Varela y de los años posteriores, buscando un patrón que hasta entonces se le había escapado entre la confusión y la urgencia de la noche anterior. Jueces, periodistas, fiscales… perfiles aparentemente desconectados entre sí pero que, vistos ahora con distancia, habían pasado de una forma u otra cerca del mismo caso, rozándolo sin llegar a tocarlo directamente o desapareciendo justo después de hacerlo. Entonces encontró uno que apenas recordaba.

Esteban Roldán.

Tardó unos segundos en situarlo, rebuscando en la memoria como si intentara encajar un rostro en una fotografía antigua ya desvaída. No era policía ni fiscal, tampoco alguien que hubiera ocupado titulares importantes o ruedas de prensa, sino el abogado que representó a la familia de Samuel Varela durante el juicio que terminó suspendiéndose en circunstancias nunca del todo aclaradas. Un nombre secundario, de esos que la prensa menciona al principio y olvida en cuanto la historia avanza hacia otros focos más llamativos, y fue por eso mismo que empezó a resultar significativo ahora, porque era el tipo de persona que podía haber escuchado cosas que nunca llegaron a declararse oficialmente, detalles que quedaron fuera de los informes, contradicciones que no llegaron a juicio o conversaciones que nunca se registraron en ningún documento. Volvió a mirar la línea bajo su nombre, más despacio esta vez, y sintió cómo algo en el patrón empezaba a tensarse.

ACTIVO.

A las diez y media, se presentó en el despacho del abogado. Se hallaba en una calle estrecha del centro, escondido entre una gestoría y una cafetería casi vacía donde un camarero limpiaba vasos con desgana detrás de la barra. Era una de esas calles que parecían vivir siempre a media luz, incluso de día, con edificios antiguos cubiertos de humedad y escaparates envejecidos que daban la sensación de llevar años esperando cerrar definitivamente.

Aparcó unos metros más abajo y permaneció unos segundos dentro del coche observando la fachada. Nada destacaba. No había ningún movimiento extraño, ni ningún coche sospechoso; solo el ruido lejano del tráfico, el aire con aroma a asfalto mojado y la lluvia golpeando suavemente su parabrisas.

Bajó del vehículo ajustándose el abrigo. Caminó despacio por la acera hasta detenerse frente al portal. Sobre el telefonillo había varias placas metálicas desgastadas por el tiempo: Administrador de fincas, asesoría fiscal, dentista…. Y casi al final, en letras pequeñas y apagadas:

«Esteban Roldán. Abogado.»

Observó el nombre durante unos segundos. Apenas aparecía en internet y apenas existían fotografías suyas. Un abogado discreto, especializado en casos menores y asuntos familiares. Tal vez por eso le pareció extraño que hubiera terminado relacionado con Samuel Varela. Aquel hombre había pasado demasiado desapercibido durante demasiado tiempo.

Empujó la puerta del edificio y entró. El portal era viejo, estrecho y oscuro. Las luces automáticas tardaron varios segundos en encenderse. El olor a humedad subía desde las escaleras mezclándose con el aroma amargo del café recalentado que llegaba desde la cafetería de abajo. Empezó a subir despacio, escuchando cómo sus propios pasos resonaban en el hueco de la escalera.

Primer piso… Segundo piso… Y en el tercero lo vio. La puerta del despacho estaba entreabierta. Sin pensarlo, entró.

Había una lámpara encendida al fondo; una taza de café todavía humeante sobre la mesa varios archivadores abiertos en el suelo, y una silla caída junto al escritorio.

Avanzó con cautela.

—¿Señor Roldán?

Nadie respondió. Entonces vio el cajón abierto, vacío, con papeles arrancados y espacios limpios donde antes debía de haber carpetas. Aquello no parecía un robo. Parecía una retirada. Un movimiento rápido y organizado. Su mirada se detuvo en el escritorio. Había marcas recientes sobre el polvo, como si alguien hubiera arrastrado varias cajas apenas unos minutos antes. Entonces escuchó pasos en

el rellano. Leticia se giró de golpe. Una mujer mayor apareció al otro lado de la puerta sujetando una bolsa de la compra.

—¿Busca a Esteban?

—Sí.

La mujer dudó un instante.

—Llegó gente esta mañana muy temprano, y se marcharon hace menos de una hora.

—¿Qué gente?

—No lo sé. Dos hombres.

Leticia sintió un escalofrío subirle por la espalda.

—¿Y Esteban?

La mujer frunció el ceño.

—Me parece que sí se fue con ellos.

El silencio volvió a llenar el despacho. Leticia entendió algo horrible: no había llegado para hablar con Esteban Roldán. Había llegado después de que alguien se lo llevara.

Salió del despacho sin decir nada más. Descendió por las escaleras mientras el eco de sus pasos retumbaba en el edificio vacío. Afuera, no paraba de llover. El aire húmedo le golpeó el rostro al salir a la calle, pero apenas lo notó. Se detuvo junto al coche y volvió a sacar la fotografía de la lista que guardaba en su móvil. Esteban Roldán. ACTIVO. Durante unos segundos se quedó mirando aquella palabra fija sobre la pantalla. Ya no parecía una simple etiqueta, ahora sonaba a algo peor. Como si alguien hubiese decidido actuar antes incluso de que ella llegara. Cerró el móvil. Por primera vez empezó a tener la sensación de que no estaba siguiendo una pista, sino entrando exactamente donde alguien quería que entrara. Abrió la puerta del vehículo y se sentó al volante con las manos temblando sobre la llave de contacto, consciente de que la cuenta atrás no iba a detenerse por ella.

13

La lluvia caía con más fuerza cuando salió a la carretera y el limpiaparabrisas golpeaba el cristal con un ritmo constante y casi hipnótico mientras las luces de los coches se deshacían en reflejos alargados sobre el asfalto mojado. Madrid parecía distinta bajo aquella tormenta, más fría, más vacía, como si la ciudad entera hubiera quedado suspendida dentro de un día interminable. Encendió la radio por pura inercia, buscando cualquier ruido que consiguiera romper el silencio que llevaba acompañándola desde el metro, pero apenas soportó unos segundos las voces del locutor antes de volver a apagarla. El sonido le resultó artificial para todo lo que estaba ocurriendo.

Al mirar por el retrovisor, observó que un vehículo oscuro circulaba detrás de ella a la misma distancia desde hacía varias calles. Lo reconoció de inmediato. Era el mismo coche que había visto estacionado frente al domicilio del juez antes de marcharse. Las luces blancas atravesaban la lluvia con una quietud extraña, sin acercarse demasiado y sin intentar adelantarla. Durante unos segundos intentó convencerse de que podía tratarse de una coincidencia, otro conductor regresando a casa bajo la tormenta, pero la sensación incómoda que comenzó a cerrársele en el pecho, le dijo que ni ella misma terminaba de creerse aquella explicación.

El pulso empezó a acelerársele poco a poco. Cuando llegó a la primera rotonda decidió comprobarlo. Entró despacio y dio una vuelta completa sin tomar ninguna salida, fingiendo indecisión. El coche hizo exactamente lo mismo; ni un segundo de duda, ni un movimiento extraño, tan solo se mantuvo detrás de ella describiendo el mismo círculo bajo la lluvia como si aquello formara parte de una maniobra ensayada.

Leticia apretó las manos contra el volante con más fuerza. Tomó la segunda salida y aceleró ligeramente por encima de lo normal mientras el corazón comenzaba a golpearle el pecho con violencia. Volvió a mirar por el espejo y el vehículo seguía allí. Dos calles después, giró sin señalizar, enlazando varias vías estrechas del centro casi de manera impulsiva, buscando perderlo entre semáforos, taxis y cruces mal iluminados. Pero el coche continuó detrás de ella con una calma inquietante, manteniendo siempre la misma distancia, sin cometer errores y sin precipitarse, como si quien condujera no tuviera ninguna prisa porque supiera perfectamente que tarde o temprano acabaría llevándolos exactamente al lugar que buscaba. Sintió un nudo helado cerrársele en el estómago. Ya no intentaba convencerse de que aquello fuera casualidad.

Cuando finalmente llegó a su calle, el coche redujo la velocidad unos metros detrás y permaneció inmóvil bajo la lluvia, con los faros encendidos atravesando la oscuridad de la avenida vacía. Leticia apagó el motor, pero no salió inmediatamente del vehículo. Se quedó quieta, respirando despacio, mirando el retrovisor mientras aquellas luces blancas permanecían clavadas sobre ella como dos ojos inmóviles, observando cada uno de sus movimientos.

Estando ya en casa, cerró la puerta y echó el pestillo inmediatamente, casi de manera automática, como si aquel simple gesto pudiera mantener fuera todo lo que estaba viviendo. Se quedó en la oscuridad del recibidor, todavía con las llaves entre los dedos, intentando acompasar la respiración mientras el sonido de la lluvia seguía golpeando las ventanas del salón con una insistencia constante y nerviosa. El apartamento estaba completamente a oscuras y durante un instante tuvo la sensación incómoda de que el silencio dentro de casa no era un refugio, sino algo mucho más opresivo. Había conducido mirando continuamente por el retrovisor, incapaz de ignorar la presencia del vehículo oscuro que permaneció detrás de ella demasiado tiempo como para seguir considerándolo una coincidencia. Cada semáforo, cada giro y cada calle vacía solo habían servido para confirmar lo que ya sabía desde hacía rato:

alguien la estaba siguiendo con demasiada paciencia para improvisar.

Finalmente encendió la luz del salón y el resplandor cálido iluminó el apartamento vacío, pero ni siquiera aquello consiguió tranquilizarla del todo. Se acercó lentamente hasta la ventana sin apartar demasiado la cortina y miró hacia la calle. La lluvia deformaba las luces de las farolas sobre el asfalto mojado y durante unos segundos no vio nada extraño. Después distinguió el coche. Seguía allí, estacionado unos metros más abajo e inmóvil bajo la tormenta, con los cristales oscurecidos y el motor aparentemente encendido. No había movimiento en su interior, tampoco ninguna puerta abriéndose, ni ninguna figura descendiendo del vehículo. Solo aquella presencia silenciosa esperando al otro lado de la calle como si no tuviera necesidad de esconderse.

Apartó la cortina sintiendo cómo el pulso volvía a acelerársele y por primera vez desde el metro entendió que aquello ya había dejado de ser únicamente una investigación, porque alguien no solo sabía quién era, también sabía dónde vivía. Las horas pasaron muertas y cada minuto, pesó más que el anterior. El silencio se volvió denso, casi sólido, roto nada más que por el silbido lejano del tráfico de Madrid y el latido desbocado de su propio pecho. Leticia permaneció allí, sentada en el parqué frío, con las rodillas pegadas al cuerpo y los dedos clavados en la tela de su ropa, como si necesitara aferrarse a algo real para no terminar de romperse. Los ojos comenzaron a menguar hasta que se quedó transpuesta.

14

A las diez de la noche, despertó de un sobresalto casi sin saber donde estaba. Apoyando las manos en la pared, se puso en pie con la sensación constante de que el coche seguía esperando al otro lado de la calle. La oscuridad del piso fue cambiando de tonalidad conforme la noche se rendía, pasando del negro cerrado a un gris sucio y frío que empezó a recortar los muebles del salón. Continuó revisando la lista sentada frente al portátil mientras la noche avanzaba ante ella. Cuanto más profundizaba en aquellos nombres, más imposible le resultaba detenerse. Hubo uno en particular que consiguió llamar su atención de inmediato: Alicia Barrientos.

El nombre le resultaba familiar de una forma vaga y lejana, como un recuerdo enterrado entre decenas de noticias antiguas que había leído años atrás. Comenzó a buscar artículos olvidados, entrevistas antiguas y fragmentos del caso Varela archivados en hemerotecas digitales mientras fuera la lluvia seguía golpeando los cristales con una monotonía inquietante. Alicia Barrientos había sido la fiscal relacionada con el juicio suspendido de Samuel Varela y su nombre aparecía repetidamente asociado a varias decisiones polémicas tomadas durante la investigación. Cuanto más leía, más extraña se volvía la imagen que empezaba a construirse alrededor de ella.

Los titulares hablaban de «presiones institucionales», de irregularidades procesales y de la suspensión repentina de varias declaraciones clave pocos días antes del juicio. Había entrevistas antiguas en las que Alicia evitaba responder directamente ciertas preguntas y comparecencias públicas donde su lenguaje corporal transmitía algo que los periodistas de entonces apenas mencionaron: incomodidad e incluso, miedo. En una fotografía tomada a la salida de los juzgados aparecía rodeada de cámaras, pero su mirada no estaba dirigida hacia los periodistas, sino hacia algún punto fuera de

la imagen, como si estuviera más preocupada por quién observaba desde lejos que por las preguntas que acababa de responder.

Siguió leyendo durante varios minutos más, hasta que una idea incómoda comenzó a tomar forma dentro de su cabeza. Alicia Barrientos no parecía una mujer que hubiera archivado el caso por voluntad propia ni alguien interesado en proteger a los responsables desde el principio. Todo lo contrario. Cuanto más revisaba declaraciones antiguas y documentos perdidos entre archivos digitales, más daba la impresión de que en algún momento había intentado seguir adelante con la investigación… hasta que algo la obligó a detenerse. Miró su etiqueta.

OBSERVADA

***

A las ocho de la mañana de un nuevo día, y después de apenas un par de horas de sueño interrumpido y demasiadas tazas de café acumuladas sobre la mesa del salón, decidió dirigirse directamente al despacho de Alicia Barrientos sin pedir cita previa. Había pasado gran parte de la noche revisando artículos antiguos, declaraciones perdidas y documentos relacionados con el caso Varela, y cuanto más leía más aumentaba la sensación de que la fiscal sabía algo que nunca llegó a declarar oficialmente. Ya no le bastaba con seguir reuniendo piezas desde la distancia, necesitaba verla; escucharla hablar y comprobar si aquella incomodidad que aparecía en las fotografías y entrevistas seguía existiendo tantos años después. Antes de salir se acercó a la ventana del salón y entreabrió apenas la cortina. El gesto se había convertido ya en algo automático, casi instintivo desde la noche anterior.

Miró hacia la calle buscando aquello que no la había dejado dormir. El asfalto seguía mojado por la lluvia de la madrugada y una luz gris y fría cubría todavía los edificios de la avenida, pero la calle aparecía prácticamente desierta a aquellas horas. No había movimiento, ningún vehículo detenido frente al portal ni ninguna silueta esperando dentro de un coche oscuro con el motor encendido. El coche había desaparecido y, sin embargo, aquello no consiguió tranquilizarla. Mientras observaba la calle vacía sintió una inquietud todavía peor que la de la noche anterior, porque al menos

entonces sabía dónde estaba la amenaza. Ahora no. Ahora tenía la sensación de que simplemente había dejado de verla.

El despacho se encontraba en un edificio oficial, sobrio y ordenado, de esos donde el silencio parecía formar parte del reglamento. Leticia tardó unos segundos en superar los controles de acceso antes de que una secretaria le indicara el camino. Cuando por fin entró, la fiscal seguía concentrada en un expediente abierto sobre la mesa. No levantó la vista de inmediato; pasó una página con calma, como si quisiera terminar la línea que estaba leyendo antes de atenderla. Solo entonces alzó la cabeza. Su expresión no reflejaba sorpresa, sino la serena resignación de quien llevaba demasiados años enfrentándose a asuntos incómodos y sabía reconocer una visita que no respondía a la simple rutina.

—No suelo recibir periodistas sin cita —dijo la fiscal sin mirarla.

—No vengo por un artículo —respondió Leticia.

—¿Y a qué viene entonces?

—Vengo por el caso Samuel Varela.

La palabra bastó para que el bolígrafo se detuviera en el aire. La fiscal levantó la vista por primera vez. Su expresión no fue de sorpresa, sino de reconocimiento.

—Ese caso está cerrado.

—Pues creo que alguien lo quiere abrir de nuevo.

—¿Duda de la palabra de una fiscal?

—De lo que no tengo duda es de que llevan días vigilándome.

Un silencio incómodo se instaló entre ambas. La fiscal cerró el expediente y lo apartó con cuidado, como si de repente hubiera perdido interés en todo lo demás.

—Qué quieres saber.

Leticia dudó un instante, pero terminó sacando el móvil para mostrarle la fotografía de la lista. La fiscal no tocó la pantalla, solo la miró. Su gesto cambió muy poco, apenas una tensión leve en la mandíbula, un parpadeo demasiado lento, pero fue suficiente para que Leticia entendiera que reconocía exactamente lo que estaba viendo.

—¿De dónde has sacado esto?

—No importa —dijo Leticia—. Son sus viejos *amigo*s.

La fiscal tardó en responder. Cuando lo hizo, su voz había bajado un tono.

—No tengo nada que ver con ellos.

—Usted está en esta lista, ¿por qué?

—Recuerdo el caso Varela. Hubo muchas presiones.

—Amenazas, más bien.

La fiscal apartó la mirada un instante antes de asentir lentamente.

—Me dieron a elegir entre dinero o quedarme callada.

—¿Y qué eligió?

—El silencio. No quise coger su dinero. Preferí olvidarme del tema y continuar con mi vida.

La habitación quedó en silencio unos segundos. Leticia observó cómo la mujer evitaba mirarla directamente, como si después de tantos años todavía le costara pronunciar ciertas cosas en voz alta.

—Pero ahora todo ha vuelto —continuó finalmente—. La muerte del policía en el metro… la del juez… esto no son coincidencias. Todos los que aparecen en esa lista, o simplemente han estado demasiado cerca de ella, tienen los días contados.

Leticia frunció el ceño.

—¿Quiénes son? ¿La policía?

La fiscal negó con la cabeza.

—No es tan simple.

Se inclinó apenas hacia delante y bajó todavía más la voz.

—La policía solo es una parte, los jueces otra y los políticos otra distinta. El problema es que usted sigue pensando que esto funciona como grupos separados, pero no es así. No hay una organización concreta. No hay un despacho donde todos se sienten juntos a decidir nada. Lo que existe es algo peor.

Leticia no dijo nada. La fiscal sostuvo su mirada unos segundos antes de continuar.

—Favores, silencios. Personas que se deben cosas desde hace años. Gente que aprendió demasiado pronto que mirar hacia otro lado sale más rentable que enfrentarse a ellos. Y cuando alguien rompe ese equilibrio… desaparece.

—¿Como el policía muerto?

La fiscal tardó demasiado en responder.

—Como todos.

Se levantó y cerró la puerta del despacho con llave. Ese gesto hizo que Leticia sintiera por primera vez que la conversación ya no era normal.

—Escúchame bien —dijo la fiscal, volviendo a su silla—. Ese caso no se suspendió por errores. Se suspendió porque alguien decidió qué podía llegar a juicio y qué no. Se borraron los videos y cualquier prueba que pudiera ser incriminatoria.

—¿El juez?

—El juez obedeció.

Leticia sintió un escalofrío.

—Entonces, ¿quién?

La fiscal tardó unos segundos en responder, como si estuviera midiendo cada palabra.

—Hay gente que no aparece en los informes, Leticia. Gente que no investiga… que clasifica.

El móvil de la fiscal vibró sobre la mesa. Una sola vez. Luego otra y otra. No lo miró pero Leticia sí.

—¿Está esperando algo?

La fiscal negó, pero no de forma convincente.

—Escúchame —dijo más rápido—. Si tienes esa lista, no la enseñes. No la compartas.

—¿Sabes algo de Arcoíris 34?

La fiscal dejó la frase suspendida, y ladeó la cabeza hacia la ventana. Su expresión cambió apenas un instante, lo suficiente para que Leticia lo notara. Abajo, junto a la acera, dos hombres acababan de salir de un coche negro. No miraban alrededor, no lo necesitaban. Uno de ellos pegó unas chupadas a un cigarro mientras el otro empujaba la puerta principal del edificio. La fiscal abrió la puerta del despacho y bajó la vista hacia el ascensor del pasillo. Por primera vez desde que Leticia había entrado en el despacho, pareció realmente asustada.

—Ya están aquí.

Leticia se levantó instintivamente.

—¿Quién?

La fiscal no respondió. Miraba el ascensor como si estuviera escuchando algo que Leticia todavía no podía oír.

—Vete —dijo finalmente, muy bajo—. Si quieres seguir con vida, olvídate de todo.

Leticia dio un paso hacia ella.

—Necesito saber quién está detrás de esto.

La fiscal negó con la cabeza.

—No necesitas saberlo. Necesitas olvidarte de todo.

El segundo sonido fue más claro. Esta vez llegó desde el pasillo con pasos lentos y Firmes. La fiscal abrió un cajón con rapidez contenida, sacó una carpeta marrón desgastada y la empujó hacia Leticia sin mirarla, como si en aquel momento ya no quedara tiempo para explicaciones.

—Si sales de aquí con vida, no vuelvas a buscarme.

Leticia cogió la carpeta.

—¿Qué es esto?

No respondió. La puerta del despacho empezó a abrirse desde fuera, y sin apartar la vista, susurró por última vez:

—Vete por las escaleras del pasillo de la derecha, no pierdas tiempo.

15

Leticia salió del despacho con la carpeta apretada contra el pecho. El pasillo le pareció más estrecho que cuando había entrado, como si el edificio hubiera encogido a su alrededor en apenas unos minutos. A su espalda, la puerta del despacho permanecía entornada. Se detuvo unos pasos más allá y permaneció inmóvil, manteniendo la respiración. Sabía que lo sensato era marcharse sin embargo, su intuición, más fuerte que la prudencia, la obligó a quedarse. Necesitaba saber qué iba a ocurrir al otro lado de aquella puerta.

Desde el despacho llegaban voces apagadas. Leticia no alcanzaba a distinguir las palabras con claridad, solo el tono de la conversación. Reconoció la voz de la fiscal, firme pero contenida, y la de dos hombres que hablaban con una calma inquietante. Anduvo despacio hasta la puerta para escuchar mejor. El pasillo permanecía desierto y en silencio, de modo que cualquier palabra que lograra atravesar la madera adquiría un peso inesperado. Algo en aquellas voces le hizo comprender que aquella reunión no figuraba en ninguna agenda oficial y que, pasara lo que pasara al otro lado de la puerta, nadie pensaba dejar constancia de ello.

—...Ya sabe por qué estamos aquí —mencionó uno.

La respuesta de la fiscal fue demasiado baja para entenderla.

—…No pienso hablar…

Hubo un breve silencio.

—…Lo sabemos.

La respuesta llegó serena, sin el menor rastro de enfado.

—…Es por eso por lo que estamos aquí. Para que no hable.

Un ruido seco y amortiguado rompió la quietud. Fue apenas un instante, como si algo pesado hubiera golpeado el suelo al otro lado de la puerta. El cuerpo de Leticia no reaccionó. Solo contempló cómo un fino hilo de sangre comenzó a deslizarse por debajo de la

puerta del despacho, avanzando despacio sobre las baldosas del pasillo. No corría ni se extendía con rapidez; se abría paso con una lentitud insoportable, dibujando una línea oscura que parecía avanzar segundo a segundo hacia ella. Aquella calma resultaba mucho más perturbadora que cualquier grito.

Aunque el cuerpo ya había empezado a reaccionar antes que su cabeza al contemplar la sangre, avanzó deprisa hacia las escaleras intentando mantener la calma. El edificio estaba demasiado silencioso y cada paso resonaba sobre el mármol con un eco seco que parecía perseguirla desde el fondo del pasillo. Apoyó una mano en la barandilla mientras bajaba por las escaleras y fue cuando se detuvo de golpe, sin saber exactamente por qué. Seguido, bajó las escaleras rápido, sin dudar, sin mirar atrás. Al salir del edificio, el aire frío le golpeó el rostro con violencia. La calle seguía exactamente igual: coches pasando, gente caminando bajo la lluvia, vida normal continuando sin enterarse de nada. Pero ella ya no veía lo mismo. Mientras se alejaba, entendió que no había estado dentro de una conversación. Había estado dentro de una cuenta atrás.

No quiso volver a apartamento después de lo ocurrido en el despacho de la fiscal, como si cruzar de nuevo la puerta de su apartamento significara aceptar en voz alta todo lo que su mente ya se negaba a ordenar con claridad. Caminó sin rumbo durante varias manzanas por calles que apenas registraba, hasta que terminó entrando en una cafetería de paso abarrotada, cerca de la Gran Vía. Se arrinconó en una mesa alta al fondo del local, buscando un ángulo desde el que pudiera vigilar la entrada sin ser vista. El lugar bullía con el murmullo de ejecutivos, el traqueteo de la cafetera exprés y el olor a bollería mezclado con la humedad de los paraguas.

Se quedó quieta unos segundos, con las manos todavía tensas sobre la mesa, intentando que la respiración volviera a un ritmo normal, pero el cuerpo seguía en estado de alerta, como si no hubiera terminado de salir del edificio de la fiscal.

Estaba tan alterada que, cuando el camarero se acercó sin demasiado interés, apenas fue capaz de pensar con claridad y le pidió una tila casi sin darse cuenta de lo extraño que resultaba en ella aquel gesto, como si su propia mente hubiera reducido todas las

decisiones posibles a algo mínimo, casi infantil, únicamente para no seguir enfrentándose a lo que acababa de comprender. Mientras esperaba la bebida, permaneció mirando la puerta del bar sin realmente verla, con la sensación cada vez más firme de que ya no se trataba solo de nombres en una lista ni de investigaciones antiguas enterradas en archivos, sino de un mecanismo en marcha que seguía funcionando con independencia de lo que ella hiciera a partir de ese momento.

Entre los documentos había un informe de la declaración de Samuel Varela a la fiscal. Se trataba de una copia que la fiscal había guardado para ella. La declaración de Samuel estaba ahí, transcrita con frialdad judicial, pero lo que antes había parecido confuso ahora encajaba con una claridad incómoda. Samuel no se retractaba ni dudaba. Mantenía su versión de que vio a varios policías asesinar a unos hombres y quedarse con unos paquetes. Leticia cerró el documento. Tenía entre sus manos una prueba de que todo era real.

16

Llamaron a la puerta de su apartamento poco después de las diez de la noche. Tres golpes secos y tranquilos, medidos con una precisión que no encajaba con la forma habitual en la que alguien interrumpe la vida de otro a esas horas. Leticia levantó la vista del portátil de inmediato, pero no se movió al principio. Permaneció quieta en el sofá, escuchando cómo el sonido de la lluvia seguía cayendo contra los cristales del salón y cómo, de algún modo, aquel silencio previo a los golpes parecía haberse vuelto más denso. No era habitual que la visitasen a esa hora y mucho menos sin avisar. Los golpes se repitieron con la misma cadencia exacta, ni más fuertes ni más urgentes, como si quien estuviera al otro lado ya supiera que sería atendido.

Se levantó despacio y avanzó hasta la puerta conteniendo el paso, sintiendo cómo cada movimiento se volvía más consciente de lo normal. Antes de abrir, se inclinó hacia la mirilla. En el rellano, esperaban dos hombres con abrigos oscuros empapados por la lluvia, cuya agua resbalaba por la tela y formaba pequeñas manchas en el suelo del pasillo. Uno de ellos rondaba los cincuenta, con el rostro endurecido por la edad y la falta de paciencia; el otro era más joven, más alto, y tenía una expresión completamente neutra, sin rastro de impaciencia, curiosidad o duda, como si simplemente estuviera allí porque ese era el lugar en el que debía estar.

Leticia abrió la puerta solo lo justo, lo suficiente para verles pero no para cederles el paso y en ese pequeño gesto, sintió cómo el aire del rellano entraba en su casa de golpe, más frío de lo que recordaba.

—¿Sí?

—¿Leticia Santos? —inquirió el hombre cincuentón.

—¿Quiénes son ustedes? —cuestionó Leticia de mala gana.

—Queremos hacerle unas preguntas.

—Si no me dicen quiénes son, llamaré a la policía.

—Nosotros somos la policía.

—¿Puedo ver sus placas?

El hombre sostuvo su mirada durante unos segundos, sin prisa, como si midiera el efecto de cada gesto. Después llevó despacio la mano al interior del abrigo. Leticia esperó a que sacara una cartera con una identificación, algún tipo de credencial que diera sentido a lo que estaba ocurriendo o al menos lo encuadrara dentro de lo posible.

Pero no fue una placa, fue una fotografía doblada por la mitad. La desplegó con calma, con una precisión casi quirúrgica, y la sostuvo frente a ella. Leticia tardó un instante en comprender lo que veía, aunque su cuerpo reaccionó antes que su mente. La imagen no necesitaba explicación: era una pieza más del mismo patrón, una confirmación silenciosa de que todo lo anterior no había sido un conjunto de coincidencias, sino una secuencia cuidadosamente ordenada.

Era una captura de una cámara de seguridad del metro. Granulada y desenfocada por las filtraciones de agua que empañaba parte de la imagen. Aun así, Leticia se reconoció al instante. Estaba arrodillada junto al cadáver, demasiado cerca del hombre, como si hubiera estado escuchando sus últimas palabras. En la esquina aparecía la hora exacta.

Sintió que el estómago se le cerraba.

—¿Qué quieren?

—Hablar sobre lo ocurrido en la estación de metro.

El estómago de Leticia se tensó, aunque mantuvo la compostura.

—No sé de qué me habla.

—¿Está segura?

—Completamente.

—Es usted, ¿verdad?

Leticia guardó silencio un instante.

—No.

El hombre mayor la observó fijamente.

—Ahorrémonos las mentiras.

—Es la verdad, no conozco a ese hombre.

—Yo no he sugerido lo contrario.

No supo cómo reaccionar.

—¿Qué hacía junto a él?

—Pasaba por allí. Me acerqué al ver que se desplomaba, eso es todo. El hombre hizo una mueca.

—Pero habló con él.

—Quizás, no lo sé.

—¿Le dio algo?

—No.

—¿Está segura? —inquirió sin levantar la voz.

—Al cien por cien.

—¿Por qué se reunió con usted?

—Ya le he dicho que no lo conozco. Yo esperaba al metro.

El hombre cincuentón sonrió apenas.

—¿Hay alguien más que sepa que habló con él?

—No.

—¿Le importaría que echáramos un vistazo a su casa?

—Sí me importaría. Y si no tienen nada más, buenas noches.

—¿Vive sola? —cuestionó el joven.

La pregunta cayó en el rellano con una suavidad casi amable. Leticia no respondió inmediatamente. El hombre mayor sonrió apenas.

—Debe de ser difícil vivir sola… sin nadie que la proteja.

Fue a cerrar la puerta, pero el joven bloqueó el movimiento con la mano.

—En realidad, sí tenemos algo más —dijo el hombre cincuentón.

Sacó una segunda fotografía y la dejó frente a ella. Era el juez. Aparecía tendido en el suelo, inmóvil, con la mirada perdida y un charco de sangre extendiéndose bajo su cuerpo. La imagen no dejaba espacio para la duda. Leticia sintió un vuelco en el estómago. El aire pareció desaparecer de la habitación durante un instante y tuvo que hacer un esfuerzo para no apartar la vista. Aquella fotografía no solo confirmaba una muerte; demostraba que alguien había estado allí, había documentado la escena y había decidido que ella debía verla.

—Le reconoce, ¿verdad?

—No. ¿Qué le ha ocurrido?

—Habló demasiado.

El recuerdo de la conversación en su apartamento le atravesó la cabeza con una claridad incómoda, como si no hubiera pasado el tiempo entre aquel momento y el presente. El hombre guardó la fotografía del juez con un gesto lento, casi metódico.

—A ver si con este hay más suerte.

Sacó una tercera imagen. Era el abogado Esteban Roldán. Su cuerpo aparecía en una posición antinatural, con la misma ausencia de vida que en las anteriores imágenes, como si todas pertenecieran a un mismo patrón ya establecido.

Leticia frunció el ceño.

—Pero... estaba desaparecido.

El hombre sonrió apenas.

—Eso es lo que creen todos, y para cerrar el círculo, acabamos de pasar por el despacho de la fiscal Barrientos. Parece que ha tenido un accidente bastante definitivo. Se lo digo por si tenía pensado visitarla.

Nadie habló después de eso. Los dos hombres se giraron con la misma tranquilidad con la que habían hablado. Antes de salir, el más joven se giró hacia ella.

—Si recuerda algo más, será mejor que nos llame antes de seguir investigando por su cuenta. Si sigue acercándose a ciertas personas, terminará llegando siempre unos minutos tarde.

Cerró y permaneció inmóvil apoyada en la puerta, escuchando cómo aquellos pasos se alejaban por el pasillo del edificio hasta desaparecer por completo. Se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Se dirigió a la ventana del salón y observó a través de la cortina, sin apartarse demasiado del cristal, al exterior. La lluvia seguía cayendo sobre la calle, arrastrando reflejos amarillos sobre el asfalto mojado. Durante unos segundos tuvo la sensación absurda de que todavía seguían en su puerta.

Vio a los dos hombres acercarse hacia el coche bajo la lluvia, con ese tipo de movimiento coordinado que no necesitaba palabras ni explicaciones, como si ambos conocieran a la perfección la secuencia

de cada gesto. El agua resbalaba por los abrigos oscuros y se acumulaba en pequeños charcos junto al bordillo mientras el sonido de la ciudad quedaba amortiguado por la tormenta. El hombre más joven abrió la puerta trasera sin dudar y se hizo a un lado con la misma precisión con la que había permanecido en el rellano, dejando que el otro se acercara primero al vehículo.

Antes de entrar, el hombre cincuentón se detuvo un instante y se dio la vuelta hacia ella. La miró directamente, sin prisa, como si aquel momento no tuviera ninguna urgencia, y levantó una mano con un gesto breve, casi educado, saludándola con una naturalidad que no encajaba con todo lo anterior. No había amenaza visible en ese movimiento, ni tampoco cordialidad real, solo una forma perfectamente controlada de cerrar un encuentro que nunca había tenido intención de ser una conversación

Volvió al salón y dejó el móvil sobre la mesa. La fotografía de la lista seguía abierta en la pantalla; los nombres, los estados, las marcas… En aquel instante, tal vez por la conversación con los hombres, todo aquello le pareció distinto. Más real. Más cerca. Por primera vez desde que empezó a investigar, una idea empezó a abrirse paso en su cabeza con una claridad aterradora: aquellos hombres no habían ido a detenerla. Habían ido a verla, pero, sobre todo, habían ido para ver qué sabía.

Pensó en darse por vencida y llamar al subinspector Carlos Ferrer, el hombre que la había ayudado en varias investigaciones y en quien siempre había confiado dentro de la policía. Incluso llegó a desbloquear el móvil y buscar su número, pero no llegó a pulsar la llamada. Las palabras del hombre del metro regresaron de golpe a su cabeza, palabras claras, tensas y desesperadas, como si todavía pudiera escucharlo junto al ruido de las vías:

«No confíes en nadie».

El número de Carlos Ferrer desapareció de la pantalla y dejó el móvil sobre la mesa. Afuera, la lluvia seguía golpeando las ventanas, a ella solo le golpeaba el silencio.

17

La mañana siguiente amaneció gris y húmeda, con una lluvia fina cubriendo la ciudad como una capa sucia que parecía no querer desaparecer nunca. Leticia apenas había dormido. Las imágenes de la noche anterior seguían postrándose ante ella como si fueran amantes: la fotografía del metro, los dos hombres en el rellano, la amenaza disfrazada de advertencia… Preparó café pero lo dejó enfriarse sobre la encimera mientras volvía a mirar la fotografía de la lista en la pantalla del móvil. Entonces pensó en él, en el hombre muerto del metro. Hasta ese momento había estado investigando todo lo que rodeaba el caso: el juez, el abogado, la fiscal, los nombres de la lista. Pero no al hombre que había iniciado todo aquello. El policía muerto no había aparecido en su camino por casualidad. Había ido a buscarla y justo antes de morir, le había dicho algo que ahora sonaba distinto en su cabeza. Abrió el portátil y comenzó a buscar su nombre real entre las noticias publicadas tras su muerte. Tardó varios minutos en encontrarlo enterrado entre artículos breves y declaraciones oficiales demasiado limpias. Sergio Velasco, de cuarenta años y agente de la policía nacional en activo. Soltero y sin hijos.

Cuanto más leía, más claro lo veía todo. Sergio Velasco había estado relacionado indirectamente con el caso Varela desde el principio. Su nombre aparecía vinculado a informes internos, cambios de custodia de pruebas y movimientos extraños dentro de la investigación original. Nunca en primera línea, siempre alrededor, como si alguien hubiera intentado mantenerlo fuera de foco deliberadamente. Entonces entendió algo incómodo, Sergio Velasco no había descubierto aquella red años después. Había formado parte de ella y aun así, antes de morir, había intentado advertirla.

Había una dirección asociada. Un pequeño apartamento al otro lado de la ciudad. Dudó unos segundos, recordando la visita de la noche anterior. Tal vez era exactamente lo que aquellos hombres esperaban que hiciera. Aun así, cogió las llaves y se marchó en torno a las diez. El edificio donde vivía, era antiguo y estrecho, olvidado entre talleres cerrados y bares vacíos.

Aparcó frente al edificio y caminó hacia el portal bajo la lluvia fina que seguía cubriendo la ciudad. En el interior, el portero levantó la vista de la pequeña televisión que tenía encendida junto al mostrador. Leticia le hizo un gesto suave con la mano y el hombre abrió automáticamente la puerta.

—¿Vienes a ver a alguien?

—Me llamo Leticia. Vengo al piso de mi exnovio.

—¿Y cómo se llama?

—Sergio.

El gesto del portero cambió al instante. Había reconocido a Sergio por las noticias.

—Por favor, entre.

El hombre volvió a hablar después de cerrar la puerta.

—Siento lo de su exnovio.

—Gracias. Hacía años que no nos veíamos. Su madre me ha pedido que recoja algunas cosas, pero no tengo llave.

—Yo tengo una.

—¿Le importaría abrirme? Solo será recoger ropa y poco más.

—No hay problema.

El portero cogió un llavero del cajón, caminaron hasta el ascensor, y ambos subieron hasta el tercer piso. Durante unos segundos solo se escuchó el zumbido viejo del ascensor.

—Es curioso… —dijo de pronto el hombre—. Hace una semana también vinieron unos señores preguntando por él.

Leticia giró la cabeza hacia el portero.

—¿Qué ocurrió?

—Sergio llevaba casi un año sin aparecer por aquí. Pensé que se había mudado y que ya volvería algún día a por sus cosas. Pero luego lo vi en las noticias… Siempre me pareció buen chico. Muy educado conmigo.

—Sí que lo era —respondió Leticia—. Aunque últimamente su madre decía que estaba un poco paranoico.

Se tiró un farol para observar la reacción del portero.

—No sabría decirle.

—¿Cómo eran esos hombres?

—No dijeron quiénes eran, eso sí, bastante fríos. Uno rondaba los cincuenta y el otro era más joven. Dijeron que trabajaban con él.

Leticia sintió un pequeño nudo cerrarse lentamente en el estómago. La misma descripción. Los mismos hombres. La misma historia.

—¿Se llevaron algo?

—Un par de cajas. Nada más.

El ascensor se detuvo con un golpe seco.

—Hemos llegado.

El portero abrió la puerta del apartamento y le dio paso. El interior estaba completamente a oscuras. Leticia encendió la luz del salón y el estómago se le tensó al instante. El piso no parecía abandonado, parecía revisado; cajones abiertos, armarios mal cerrados, y papeles tirados sobre la mesa. Había demasiado desorden para ser casual y, al mismo tiempo, demasiado poco para parecer un robo. Alguien había buscado algo concreto entre aquellas paredes.

—Yo le dejo sola. Cuando termine, cierre sin problema.

Leticia apenas lo escuchó. Avanzó por el salón observando cada detalle. Las cortinas permanecían cerradas incluso de día. Había cinta adhesiva cubriendo parte de la mirilla de la puerta y una silla colocada estratégicamente junto a la entrada, como si el policía hubiera pasado meses vigilando quién subía por el pasillo. Sobre la mesa encontró varios vasos sucios, medicamentos para dormir y periódicos antiguos llenos de anotaciones nerviosas hechas con bolígrafo rojo. Sergio había vivido asustado y probablemente llevaba mucho tiempo así. Abrió uno de los cajones volcados del salón. Vacío. Siguió con un segundo, también vacío. Quedaban marcas rectangulares sobre el polvo, señales claras de que alguien se había llevado cajas hacía muy poco. En ese momento, algo llamó su

atención al fondo del mueble. Una esquina doblada sobresalía detrás de una balda mal encajada. Se agachó y tiró de ello.

Encontró una fotografía antigua y, aunque el papel estaba algo amarillento por el tiempo, se observaba una promoción de la academia de policía. Más de veinte jóvenes uniformados posaban frente al edificio principal, sonriendo a cámara bajo un sol de verano. Durante un segundo, la imagen no le dijo nada. Luego empezó a reconocer rostros. Ahí estaba Sergio Velasco, más joven, más delgado y sonriendo. El hombre cincuentón que había estado en su casa la noche anterior aparecía unos metros detrás de él, apoyado sobre otro agente con una expresión relajada, casi amistosa y a su lado, el joven silencioso que había bloqueado la puerta con la mano. Leticia sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Todos estaban allí. Pero entonces sus ojos se detuvieron en otro rostro. Uno que sí conocía perfectamente.

Se trataba del comisario Julián Orduña, actual jefe de la Unidad Central de Coordinación, uno de los nombres más respetados dentro del cuerpo. Había salido decenas de veces en televisión durante grandes operaciones policiales. Incluso ella misma lo había entrevistado años atrás. Recordaba su voz tranquila, su seguridad frente a las cámaras y aquella imagen pública de policía incorruptible que tanto gustaba a la prensa. En la fotografía aparecía en el centro del grupo, sonriendo, con una mano apoyada sobre el hombro de Sergio Velasco. Leticia notó cómo algo empezaba a romperse dentro de ella porque comprendió que aquello no era un grupo de policías corruptos actuando por separado. Era algo mucho peor. Llevaban juntos desde el principio.

18

Ya en casa, cerró la puerta con llave y echó también el pestillo superior. Después dejó la fotografía sobre la mesa del salón y encendió únicamente la lámpara junto al sofá. La lluvia seguía golpeando las ventanas con un murmullo constante y el apartamento permanecía envuelto en un silencio casi opresivo. Llevaba cerca de una hora investigando al comisario Julián Orduña desde el portátil. Entrevistas antiguas, operaciones policiales, condecoraciones, fotografías oficiales... En todas aparecía la misma imagen: la de un hombre impecable, seguro de sí mismo y ampliamente respetado dentro del cuerpo. Cuanto más lo veía sonriendo ante las cámaras, más difícil le resultaba reconciliar esa figura pública con el joven que aparecía en la vieja fotografía de la academia. Volvió a cogerla casi sin darse cuenta mientras esperaba que cargara un artículo. La sostuvo bajo la luz tenue de la lámpara y, por primera vez, dejó de fijarse en Orduña. Sus ojos se desviaron hacia el resto de los rostros. Había algo en aquella imagen que hasta entonces se le había escapado. Un detalle pequeño, aparentemente insignificante, que empezaba a adquirir un significado distinto.

Los jóvenes policías sonreían bajo el sol de aquel verano, ajenos todavía a todo lo que acabarían convirtiéndose con los años. Sergio Velasco aparecía ligeramente apartado del centro del grupo, con una sonrisa discreta. Detrás de él estaba el hombre mayor que había ido a visitarla, varios años más joven, aunque con la misma expresión serena e impenetrable. El joven silencioso también estaba allí, apoyado junto a otros agentes, mirando a la cámara con una frialdad que parecía desafiar el paso del tiempo y en el centro de todos, ocupando el lugar que parecía corresponderle de forma natural, estaba Julián Orduña. Sonreía con seguridad, una mano apoyada sobre el hombro de uno de sus compañeros, como si ya entonces

ejerciera un liderazgo que nadie cuestionaba. Leticia recorrió la fotografía una vez más, despacio. No era una simple imagen de promoción. Era el retrato de un grupo unido por un pasado común. Un grupo del que, con el paso de los años, algunos habían muerto, otros habían desaparecido y los que seguían vivos parecían dispuestos a hacer cualquier cosa para que aquella historia jamás saliera a la luz.

Pasó el dedo con suavidad por la parte trasera del papel y estuvo a punto de dejar la fotografía de nuevo sobre la mesa cuando algo la hizo detenerse. Frunció el ceño y volvió a recorrer la superficie con más cuidado. Bajo la yema de los dedos percibió una irregularidad casi imperceptible, pequeñas hendiduras dispersas que apenas podían apreciarse a simple vista. Al principio pensó que serían simples marcas del tiempo, el desgaste natural de un papel que había pasado años guardado. Sin embargo, al acercar la fotografía a la lámpara del salón, comprendió que no era eso. Dependiendo del ángulo de la luz, unas finísimas líneas aparecían durante un instante antes de volver a desaparecer bajo la textura envejecida del cartón. No eran arrugas ni manchas. Eran surcos, marcas dejadas por la presión de un bolígrafo al escribir sobre otra hoja colocada encima. Alguien había tomado notas utilizando aquella fotografía como apoyo, y sin saberlo había dejado grabado un mensaje invisible que había permanecido oculto durante años. Leticia sintió cómo se aceleraba el pulso. Aquello no era una casualidad.

Se incorporó despacio, sintiendo cómo una tensión creciente se instalaba en su pecho. Caminó hasta la cocina y rebuscó en uno de los cajones hasta encontrar un pequeño bote de tinta negra que utilizaba para corregir impresiones y un trozo de algodón olvidado entre bolígrafos, facturas antiguas y pilas gastadas. Mientras regresaba al salón, el corazón empezó a latirle con más fuerza. Aún no sabía con exactitud qué esperaba encontrar, pero la intuición le decía que aquellas marcas ocultaban algo importante. La lluvia seguía golpeando las ventanas con un ritmo constante y el apartamento parecía envuelto en un silencio absoluto. Volvió a sentarse frente a la mesa, colocó la fotografía bajo la luz de la lámpara y respiró hondo durante un instante antes de abrir el frasco

de tinta. Si estaba en lo cierto, en pocos minutos sabría qué había permanecido escondido en aquella imagen durante tantos años.

Con cuidado, humedeció apenas el algodón y lo deslizó con delicadeza sobre la superficie del papel. Durante unos segundos no ocurrió nada. Después, lentamente, las hendiduras comenzaron a oscurecerse bajo la tinta, revelando líneas irregulares que hasta entonces habían permanecido invisibles. Leticia contuvo la respiración mientras las marcas empezaban a emerger una tras otra desde el fondo del papel, al principio incompletas, como una voz intentando atravesar años de silencio. Las letras no aparecían de forma limpia ni uniforme; se fragmentaban, se deformaban en algunos puntos, pero aun así empezaban a construir algo reconocible; un patrón, una estructura o una frase oculta que alguien había dejado deliberadamente grabada en el reverso de una imagen que nadie debía volver a mirar con atención.

ARCOÍRIS 34.

Se quedó inmóvil. La misma palabra que el policía muerto había pronunciado antes de morir. Continuó deslizando el algodón. Debajo apareció otra línea.

LETICIA SANTOS

El aire pareció desaparecer del salón. Durante unos segundos no reaccionó; se quedó mirando su propio nombre, incapaz de apartar la vista de aquellas letras hundidas en el papel. No parecía una dedicatoria ni una nota cualquiera, sino una invitación. Sintió un frío lento abrirse paso en el estómago. Pero aún quedaba algo más. Más abajo, comenzaron a emerger una serie de números escritos con una presión distinta, más firme y más controlada: coordenadas. Leticia miró la fotografía sin apenas respirar porque de pronto entendió algo incómodo. Aquello no era solo una advertencia, era una dirección, y si era una dirección significaba que alguien no solo había dejado un mensaje oculto para ser encontrado, sino que había asumido desde el principio que alguien acabaría buscándolo.

Dejó la fotografía sobre la mesa, pero no consiguió apartar la vista de ella. La tinta todavía brillaba ligeramente bajo la luz de la lámpara. Todo seguía allí, inmóvil, como si las palabras hubieran estado esperando años a que alguien las sacara a la superficie. El

apartamento permanecía en silencio. Un silencio distinto al de otras noches. Ahora la vigilaba.

Miró hacia la puerta de entrada, después hacia las ventanas y luego al móvil. Sintió un escalofrío incómodo al darse cuenta de que acababa de repetir exactamente el mismo recorrido visual que había hecho en el piso del policía muerto. La puerta, las ventanas… las posibles salidas. No era una coincidencia; era un reflejo aprendido en otro lugar, en otra escena que su mente no había terminado de procesar del todo. Y lo peor no era reconocer el gesto, sino entender que, desde entonces, ya no miraba los espacios como antes, sino como si cada uno pudiera convertirse en un punto de control.

Bajó el volumen del portátil sin darse cuenta siquiera de que lo estaba haciendo. La lluvia seguía golpeando el cristal con suavidad mientras el edificio crujía de vez en cuando, viejo, húmedo, lleno de pequeños sonidos normales que ahora parecían esconder algo detrás. Entonces recordó la silla junto a la puerta del apartamento de Sergio. Las cortinas cerradas, la cinta adhesiva cubriendo la mirilla, las cerraduras extras… Desde que empezó todo entendió algo terrible, Sergio no había vivido así porque estuviera loco, había vivido así porque sabía que tarde o temprano alguien acabaría llegando hasta él. Se levantó y corrió una de las cortinas del ventanal. Solo unos centímetros. Lo justo para mirar abajo sin ser vista. La calle estaba casi vacía bajo la lluvia, farolas reflejadas sobre el asfalto mojado, coches aparcados… Y al otro lado de la avenida, un vehículo oscuro detenido junto a la acera. Sin luces y sin movimiento. Solo esperando.

19

Permaneció varios minutos mirando por la ventana, observando el coche oscuro estacionado al otro lado de la avenida mientras la lluvia continuaba golpeando el parabrisas con una constancia casi hipnótica. Ninguna luz interior se encendía y no parecía haber movimiento dentro del vehículo. Ni siquiera los limpiaparabrisas estaban en funcionamiento, como si las personas que estuvieran allí hubieran dejado de preocuparse por ver con claridad lo que ocurría alrededor. El coche seguía exactamente en el mismo lugar desde hacía horas, quieto bajo la tormenta, transmitiendo una sensación mucho más inquietante que cualquier persecución. No parecían tener prisa. Era como si supieran que tarde o temprano acabaría moviéndose, saliendo de casa o cometiendo algún error.

Terminó bajando la cortina y las luces deformadas de la avenida desaparecieron del salón. Durante unos segundos permaneció quieta, escuchando únicamente el ruido apagado de la lluvia y el zumbido lejano del frigorífico en la cocina. Después volvió la mirada hacia la mesa del salón. La fotografía seguía bajo la lámpara y las palabras reveladas por la tinta continuaban todavía húmedas, brillando débilmente sobre el papel envejecido como si acabaran de emerger desde algún lugar enterrado durante años. Había algo profundamente perturbador en aquella imagen, no solo por el mensaje en sí, sino por la sensación de que alguien había intentado ocultarlo desesperadamente sabiendo que descubrirlo podía costar vidas. Se acercó despacio y volvió a leer las marcas aparecidas sobre el papel mientras el cansancio empezaba a mezclarse con una certeza cada vez más incómoda. Aquello había dejado de parecer una simple investigación periodística hacía ya demasiado tiempo. Lo que tenía delante era un mensaje oculto por alguien que

probablemente nunca llegó a tener la oportunidad de contar toda la verdad.

Sintió un nudo incómodo cerrándose poco a poco en el estómago mientras permanecía sentada frente a la mesa del salón, con la fotografía todavía extendida bajo la lámpara y el sonido de la lluvia envolviendo el apartamento en una calma engañosa. Por primera vez desde que todo había comenzado, la posibilidad de abandonar la investigación dejó de parecerle una idea cobarde para convertirse en algo razonable. Podía destruir la fotografía, romper la lista, apagar el portátil y fingir que nunca había encontrado nada. Nadie la obligaba a seguir adelante y, después de todo lo ocurrido, cualquier persona sensata habría intentado desaparecer antes de terminar arrastrada por aquello. El juez estaba muerto, Samuel Varela llevaba años muerto, Sergio Velasco había aparecido desangrándose en un túnel de metro después de intentar entregarle información desesperadamente y Alicia Barrientos, acababa de ser asesinada en su propio despacho. Los hombres que habían acudido a su casa ni siquiera se habían molestado en ocultar la amenaza. Habían actuado con una tranquilidad mucho más inquietante que cualquier gesto violento, como si la verdadera intención no fuera asustarla, sino recordarle que podían llegar hasta ella cuando quisieran. Aquello había dejado de ser un caso periodístico hacía demasiado tiempo.

Cogió el móvil y buscó por segunda vez el contacto del subinspector Carlos Ferrer. Su nombre apareció iluminado en la pantalla mientras el dedo de Leticia permanecía suspendido sobre la opción de llamada. Durante unos segundos quiso aferrarse precisamente a eso, a la posibilidad de que todavía existiera alguien dentro de todo aquel laberinto que no estuviera contaminado, alguien en quien pudiera confiar. Pero entonces volvió a mirar la fotografía. El rostro sonriente de Julián Orduña, Sergio Velasco y los dos hombres empapados por la lluvia frente a la puerta de su casa, la hizo recordar las últimas palabras del hombre muerto agonizando en el andén regresaron a su cabeza con una claridad insoportable. Cerró la pantalla del móvil sin llegar a marcar. Si había aprendido algo en las últimas cuarenta y ocho horas era que la confianza se había convertido en un lujo que ya no podía permitirse. Ahora solo le

quedaban las coordenadas... y lo más importante, la necesidad de averiguar qué demonios escondían antes de que alguien más llegara hasta ellas. Apartó el dedo de la pantalla mientras una idea empezaba a abrirse paso dentro de ella con una frialdad insoportable. El verdadero problema ya no era descubrir quién estaba implicado. El problema era averiguar quién no lo estaba. Durante unos segundos el apartamento quedó completamente en silencio otra vez. Después respiró hondo, cogió las llaves del coche y fue apagando una por una todas las luces del salón. Lo hizo despacio, dejando tan solo encendida la pequeña lámpara junto a la entrada, cerca de una mesilla.

Antes de salir comprobó el pestillo dos veces. Después acercó el ojo a la mirilla. El pasillo estaba vacío. Aun así, esperó unos segundos más antes de abrir la puerta, escuchando un silencio que ya no le inspiraba tranquilidad, sino desconfianza. Bajó al garaje intentando convencerse de que todavía conservaba el control de la situación, aunque una parte de ella sabía que lo había perdido hacía tiempo. El eco de sus pasos resonaba con demasiada fuerza entre las columnas de hormigón del aparcamiento subterráneo. Al llegar al coche recorrió el lugar con la mirada antes de abrir la puerta. No había nadie, solo el zumbido constante de los fluorescentes y el olor a humedad del garaje. Aun así, la inquietud pudo más que la razón. Se agachó y miró debajo del vehículo. No buscaba nada en concreto; simplemente necesitaba comprobar que no había nadie oculto, que no habían manipulado el coche y que no existía ninguna amenaza esperándola a pocos centímetros del suelo. No vio nada fuera de lo normal. Se incorporó despacio, consciente de que aquel gesto habría parecido exagerado apenas unos días antes. Ahora, sin embargo, empezaba a convertirse en un hábito.

Arrancó y salió despacio a la calle. Apenas había recorrido unos metros cuando el coche oscuro emergió de entre las sombras encendiendo las luces. El motor cobró vida de inmediato y el vehículo se incorporó a la calzada con una naturalidad inquietante, manteniendo siempre la misma distancia, sin acercarse demasiado ni quedarse atrás. Leticia lo observó por el retrovisor durante varios cruces. No había duda. La estaban siguiendo. Sintió un escalofrío

recorrerle la espalda. Ya no se molestaban en ocultarse, ni tampoco era una vigilancia discreta; era una demostración de poder, de un control absoluto. Querían que supiera que conocían cada uno de sus movimientos, que podían aparecer donde quisiera y cuando quisieran. Durante un instante estuvo tentada de cambiar de dirección para comprobarlo, pero enseguida comprendió que no hacía falta. Ellos ya habían decidido que lo supiera.

Condujo siguiendo las coordenadas mientras la ciudad iba desapareciendo poco a poco a su alrededor. El tráfico se disolvió a medida que abandonaba el centro. Las avenidas iluminadas dieron paso a calles cada vez más estrechas y vacías. Los edificios comenzaron a espaciarse; talleres cerrados, gasolineras medio apagadas y naves industriales cubiertas de humedad. Miró por el retrovisor, el coche oscuro apareció varias calles detrás, saliendo de una rotonda, sin luces largas y sin prisas, manteniendo exactamente la misma distancia. Leticia sintió cómo el pulso comenzaba a acelerarse otra vez. Giró en otra calle. El coche también. Solo para comprobarlo, probó dos desvíos más, absurdos e innecesarios. El coche continuaba detrás de ella. No intentaban adelantarla ni esconderse, solo asegurarse de que continuaba avanzando. La lluvia empezó a golpear con más fuerza el parabrisas. El limpiaparabrisas chirriaba sobre el cristal mientras la ciudad desaparecía detrás de ella. El GPS perdió señal durante unos segundos y la pantalla parpadeó antes de recuperar la ruta.

Empezó a notar que algo no encajaba. La carretera estaba demasiado vacía y oscura. A ambos lados comenzaron a aparecer edificios bajos, viejos y medio abandonados, iluminados por neones defectuosos que temblaban bajo la lluvia. El asfalto se volvió irregular, lleno de charcos profundos que deformaban las luces rojas de los semáforos. Entonces lo entendió, aquel lugar no era un destino cualquiera, era el tipo de sitio al que nadie llegaba por accidente. Redujo la velocidad. Unos metros más adelante apareció lo que tanto tiempo llevaba rodando en su cabeza, un cartel que rezaba: HOSTAL ARCOIRIS. Las letras estaban medio oxidadas y apenas iluminadas por un neón rojo que parpadeaba de forma irregular. Era un hostal de mala muerte. El edificio permanecía

aislado junto a la carretera, rodeado de vallas viejas y un aparcamiento casi inexistente. Sintió un frío lento abrirse paso en el estómago porque entonces comprendió algo peor que el hecho de que la estuvieran siguiendo. Nunca habían intentado detenerla de verdad, nunca habían necesitado hacerlo. La habían dejado avanzar, preguntar y moverse libremente porque sabían que tarde o temprano acabaría llevándolos exactamente hasta donde querían llegar.

20

Las ruedas del coche crujieron suavemente sobre el asfalto mojado cuando Leticia entró en el aparcamiento del hostal a las siete de la tarde. La lluvia seguía cayendo con una constancia fina y desagradable que deformaba las luces del lugar sobre los charcos oscuros del suelo. Visto de cerca, el edificio parecía todavía peor de lo que había imaginado durante el trayecto. El neón rojo del cartel parpadeaba de forma irregular sobre la fachada envejecida, iluminando durante apenas unos segundos las ventanas oscuras de las habitaciones antes de volver a apagarse y dejarlo todo sumido otra vez en una penumbra húmeda y enfermiza. El motel tenía ese aspecto de sitio construido para desaparecer del mapa, uno de esos lugares junto a la carretera donde nadie hace preguntas y donde las personas llegan siempre con la intención de marcharse cuanto antes.

Apenas había cuatro coches aparcados frente a las habitaciones exteriores. Ninguno parecía nuevo. Ninguno transmitía la sensación de pertenecer a alguien que quisiera ser recordado allí. Un viejo todoterreno cubierto de barro ocupaba una esquina del aparcamiento; más allá había una furgoneta blanca sin distintivos y un turismo gris con una de las ventanillas parcialmente empañada desde dentro. Todo en aquel lugar parecía detenido en una especie de cansancio permanente, como si incluso el tiempo circulara más despacio bajo aquella lluvia. Solo el coche oscuro que la había seguido rompía aquella sensación de abandono.

Apagó el motor y el silencio dentro del coche regresó de golpe, roto tan solo por el golpeteo constante del agua sobre el techo. Durante unos segundos no se movió. Permaneció sentada con las manos todavía apoyadas sobre el volante, observando el motel a través del parabrisas mojado mientras una sensación incómoda comenzaba a instalarse poco a poco en el pecho. Había seguido

demasiadas pistas durante los últimos días como para ignorar ya aquella intuición que aparecía siempre antes de que algo terminara mal. Y, aun así, sabía que ya no podía detenerse. Porque cada vez que intentaba alejarse de la investigación, acababa regresando al mismo lugar: la certeza de que alguien llevaba años enterrando personas detrás de versiones oficiales cuidadosamente construidas.

El hostal estaba demasiado aislado, demasiado vacío, como si el resto de la ciudad hubiera quedado muy lejos de allí y aquel lugar existiera al margen de cualquier rutina normal. La lluvia seguía cayendo sobre el aparcamiento y el neón rojo del cartel parpadeaba sobre la fachada húmeda, proyectando destellos enfermizos sobre las paredes desconchadas y los charcos del suelo. Aguardaba inmóvil dentro del coche observando las habitaciones exteriores, las cortinas amarillentas y las ventanas donde apenas sobrevivían unas pocas luces encendidas, cuando algo apareció reflejado en el retrovisor.

El coche oscuro entró despacio en el aparcamiento, sin prisas y sin el menor intento de ocultarse. Avanzó varios metros bajo la lluvia hasta detenerse al otro lado del recinto, parcialmente cubierto por la sombra de una farola averiada cuya luz temblaba de manera irregular sobre el asfalto mojado. Las luces del vehículo permanecieron apagadas. El motor, no. Leticia sintió cómo el pulso comenzaba a golpearle en el cuello mientras permanecía observándolo sin moverse. Nadie salió del coche. Pasaron varios segundos, seguido de un minuto entero. El vehículo continuaba allí, quieto bajo la tormenta, como si no hubiera venido realmente a buscarla, sino únicamente a comprobar que había llegado hasta aquel lugar. Aquello fue lo que terminó resultando mucho peor. Porque por primera vez desde que todo había comenzado entendió algo que llevaba demasiado tiempo intentando no pensar. No estaban intentando detenerla, no necesitaban hacerlo. La habían dejado avanzar de una pista a otra, de un nombre al siguiente, observándola moverse exactamente hacia donde querían. La habían dejado llegar hasta allí.

Volvió la vista hacia el hostal mientras una sensación fría comenzaba a extenderse por su espalda. Algunas habitaciones seguían iluminadas detrás de las cortinas sucias; otras permanecían

completamente oscuras, como huecos vacíos abiertos en mitad de la fachada. El neón rojo continuó parpadeando sobre el edificio húmedo y decadente, tiñendo el aparcamiento de reflejos rotos que aparecían y desaparecían sobre el agua acumulada en el suelo. Miró una vez más hacia el coche negro. Seguía allí, esperando. Después respiró hondo, abrió la puerta del coche y salió bajo la lluvia con la sensación incómoda de que, hiciera lo que hiciera a partir de ese momento, alguien ya había previsto cada uno de sus movimientos antes incluso de que ella los tomara.

Entró en el vestíbulo empapada por la lluvia. Una lámpara amarillenta iluminaba malamente la recepción, dejando el resto del vestíbulo hundido en sucias sombras. Detrás del mostrador, un hombre calvo y con ojeras profundas hojeaba distraídamente una revista sin prestarle demasiada atención. Se quedó quieta unos segundos, intentando controlar la respiración mientras pensaba qué decir. Entonces recordó al portero del edificio del policía muerto y la misma calma fingida y la misma mentira, se acercó lentamente al mostrador.

—Buenas noches.

El recepcionista levantó apenas la vista y respondió con un gesto indiferente.

—Creo que ya no me quedan habitaciones.

Leticia apoyó las manos mojadas sobre el mostrador.

—Quiero la habitación treinta y cuatro. Mi exnovio me pidió que lo esperase aquí. Sigue disponible, ¿no?

El hombre dejó la revista a un lado. Durante unos segundos la observó en silencio, como intentando decidir si merecía la pena hacer preguntas.

—Sigue disponible, me la pagó por un año entero. Me dijo que si una mujer venía preguntando, le diera la llave. Hace mucho que no aparece por aquí… ¿va todo bien?

Leticia sostuvo la mirada sin pestañear.

—Eso no es asunto suyo. Deme la llave.

El recepcionista refunfuñó algo en voz baja y se giró hacia el panel de llaves de la pared. Cogió una antigua, con un número

metálico desgastado colgando del llavero, y la dejó sobre el mostrador.

—Que no me molesten.

Cogió la llave pero no subió. Antes de hacerlo, volvió a mirar hacia el aparcamiento. El coche negro seguía allí, inmóvil, apartado junto a la farola averiada. El motor continuaba encendido, aunque las luces permanecían apagadas. Desde aquella distancia no podía distinguir bien a los ocupantes, solo las siluetas oscuras detrás del parabrisas, esperando, observando, como si supieran exactamente a qué había venido. Sacó el móvil y marcó el número de la Guardia Civil. No porque esperara ayuda, ni siquiera porque estuviera realmente asustada. Necesitaba tiempo. Eso era todo. Explicó que llevaba varios minutos viendo un vehículo sospechoso frente al hostal y que dos hombres no dejaban de vigilar la entrada. Exageró apenas el temblor de la voz, lo suficiente para sonar creíble. Dio parte de la matrícula y añadió que el lugar estaba demasiado aislado para sentirse tranquila allí sola de madrugada.

Una vez que colgó, volvió a mirar hacia el coche. Nada había cambiado. El humo de un cigarro apareció unos segundos detrás de la ventanilla del conductor y desapareció enseguida. Pasaron varios minutos hasta que las luces azules aparecieron reflejadas sobre los cristales del vestíbulo. El recepcionista levantó la vista por primera vez. Un vehículo de la Guardia Civil entró despacio en el aparcamiento y redujo la velocidad frente al coche negro. No ocurrió nada espectacular, ningún enfrentamiento ni ninguna discusión. Solo un instante de calma tensa, como si todos entendieran demasiado bien las reglas del juego. Después el coche negro arrancó. Las luces siguieron apagadas mientras daba marcha atrás y abandonaba el recinto con absoluta tranquilidad, perdiéndose en la carretera oscura sin prisas, sin mirar atrás. Uno de los agentes permaneció observando la salida unos segundos antes de apagar las luces del vehículo oficial.

21

La habitación treinta y cuatro olía a encierro, pero no a un encierro reciente ni violento, sino a algo más lento y persistente, como si el aire hubiera permanecido demasiado tiempo atrapado entre aquellas cuatro paredes sin llegar a renovarse del todo. Había humedad en los rincones, un rastro tenue de tabaco viejo y esa sensación difícil de describir que dejan los lugares donde alguien ha esperado más de lo que debería, sin saber exactamente qué estaba esperando. Entró despacio y cerró la puerta con llave. El chasquido metálico de la cerradura resonó con una dureza incómoda en medio del silencio. Se mantuvo inmóvil unos segundos, dejando que sus ojos se acostumbraran a la penumbra mientras recorría la estancia con una mirada lenta y metódica. Había una cama estrecha con la colcha mal estirada, una mesa de madera junto a la ventana, una silla desgastada y un pequeño armario abierto cuya puerta se balanceaba apenas unos milímetros, empujada por una corriente de aire casi imperceptible. Todo parecía corriente, incluso descuidado, pero después de todo lo ocurrido, ya había aprendido que las apariencias eran, casi siempre, la mejor forma de ocultar lo importante.

Era pequeña, estrecha e iluminada únicamente por una lámpara amarillenta junto a la cama que proyectaba sombras largas sobre las paredes. Las cortinas permanecían completamente cerradas, pero no de forma ordenada, sino con esa tensión propia de quien las ha manipulado muchas veces, y frente a la ventana había una silla colocada en una posición ligeramente desviada, orientada hacia una pequeña rendija entre las telas, como si alguien hubiera pasado horas observando el exterior desde allí sin llegar a decidir si quería ser visto o no. Sobre la mesa descansaban varios vasos de café vacíos, algunos ya con el borde manchado, y un cenicero

desbordado de colillas apagadas que hablaban de noches largas y pensamientos repetidos en bucle.

Sintió que el aire del lugar no era solo antiguo, sino reciente en su abandono, como si la habitación acabara de quedar vacía sin haber terminado de desprenderse de la presencia de quien la había ocupado. El policía había vivido allí. No escondido, sino refugiado en una rutina precaria que, a juzgar por lo que quedaba en la estancia, se había ido desmoronando poco a poco sin que él pudiera hacer nada para evitarlo. Avanzó despacio por el estrecho espacio, sintiendo cómo cada objeto parecía colocado no por orden, sino por costumbre, como si el último gesto de su dueño hubiera consistido simplemente en dejarlo todo donde estaba con la intención de retomarlo unas horas después.

La cama permanecía sin hacer. Nada parecía preparado para una huida ni para una despedida. Al contrario, todo transmitía la sensación de una vida interrumpida de golpe, como si alguien hubiera salido un momento convencido de que regresaría enseguida.

Encima de una de las sillas, había ropa doblada con un cuidado impropio de alguien que estuviera de paso, como si aquel motel hubiera dejado de ser un alojamiento temporal para convertirse, por necesidad, en un hogar improvisado. Detrás de la puerta colgaba una chaqueta salpicada de barro seco, con las manchas ya incrustadas en el tejido, señal de que llevaba semanas sin volver a usarse. Junto a la cama, varios envases de medicamentos descansaban sobre la mesilla. Algunos estaban abiertos y casi vacíos; otros permanecían intactos, alineados junto a un vaso de agua cuyo contenido, enturbiado por el tiempo, revelaba que nadie lo había tocado desde hacía días. Cada detalle hablaba de una vida suspendida, de alguien que había seguido adelante lo justo para sobrevivir, hasta que ya no pudo hacerlo.

Todo transmitía la misma idea detenida entre aquellas cuatro paredes, la de una vida interrumpida en mitad de un gesto cotidiano que no llegó a completarse. No había señales de huida apresurada ni de lucha, sino de una permanencia prolongada que se había roto de forma abrupta, como si el policía muerto hubiera salido aquella

mañana esperando volver unas horas después sin imaginar que no habría regreso. Recorrió el espacio con la mirada sintiendo cómo la quietud del lugar empezaba a volverse incómoda, no por lo que faltaba, sino por lo que seguía allí, esperando a alguien que ya no iba a volver.

Su mirada se detuvo en el armario. Estaba ligeramente separado de la pared, apenas unos centímetros, pero lo suficiente como para romper la simetría del resto de la habitación y llamar la atención en un lugar donde nada parecía casual. Se mantuvo quieta unos segundos, observándolo como si el propio mueble pudiera responderle, antes de acercarse despacio. Apoyó ambas manos en el lateral y empujó con cuidado, sintiendo cómo la madera respondía con un crujido seco al deslizarse sobre el suelo húmedo. Detrás, el parquet quedaba al descubierto en una franja más oscura que el resto, como si aquella zona hubiera sido protegida del uso durante demasiado tiempo.

Había una tabla distinta, más reciente y con tornillos nuevos, demasiado limpios en comparación con el desgaste del resto del suelo. Sintió cómo el pulso comenzaba a acelerársele otra vez, no de forma brusca, sino progresiva, como si su cuerpo reconociera antes que ella lo que estaba a punto de encontrar. Se arrodilló y pasó los dedos por el borde de la madera, notando la pequeña holgura que cedía bajo una presión mínima. El policía había preparado aquel escondite para que pudiera abrirse con rapidez, sin herramientas, como si hubiera sabido que no tendría tiempo de hacerlo él mismo. Durante un instante dudó y giró la cabeza hacia la puerta, dejándose envolver por el silencio de la habitación y el sonido constante de la lluvia golpeando los cristales, antes de volver a centrarse en el suelo.

Introdujo los dedos en la rendija y levantó la tabla con una lentitud calculada, cuidando cada movimiento como si cualquier ruido pudiera cambiar el rumbo de lo que estaba ocurriendo. Debajo apareció una cavidad pequeña, apenas lo bastante amplia como para ocultar una caja metálica negra envuelta en plástico. Leticia la sacó con cuidado y notó de inmediato que pesaba más de lo que esperaba, como si el contenido no fuera solo físico, sino también la

acumulación de todo lo que aquella habitación había intentado ocultar.

Durante unos segundos permaneció inmóvil con la caja entre las manos, dudando antes de abrirla, sintiendo cómo la tensión del momento convertía incluso el aire en algo más denso. Finalmente levantó la tapa y su mundo, de algún modo, pareció volverse todavía más oscuro.

En el interior había decenas de documentos perfectamente ordenados, fotografías, pendrives, grabadoras digitales y carpetas marcadas con fechas precisas que sugerían años de seguimiento silencioso. Algunas hojas estaban deformadas por la humedad, otras llenas de anotaciones nerviosas escritas a mano por el propio policía, como si hubiera intentado dejar un mapa antes de desaparecer del todo.

Antes de revisarlo todo, observó un sobre blanco, colocado perfectamente entre el resto de materiales, demasiado limpio para pertenecer al caos de una muerte repentina, y demasiado intencionado para ser una casualidad. Su nombre estaba escrito a mano en el anverso. Lo tomó sin tocar nada más, con una precaución instintiva que ya se había vuelto parte de su manera de moverse por el mundo. Lo abrió despacio. La hoja era breve, sin adornos ni despedidas innecesarias, como si quien la hubiera escrito no tuviera tiempo ni interés en dramatizar su propia muerte, solo en asegurarse de que la información llegara exactamente donde debía.

Si esta carta ha llegado a tus manos, significa que no he podido contártelo yo mismo.

Probablemente te estés preguntando por qué tú, porque investigué a quienes podían ayudarme y descubrí que casi todos tenían un precio. De ti no encontré ninguno.

Leticia sintió un leve temblor en los dedos, no por miedo, sino por la certeza incómoda de estar siendo observada incluso después de que todo hubiera terminado. Continuó leyendo.

Leí tus artículos. Hablé con personas que habían trabajado contigo. Todos coincidían en algo: todavía eras capaz de tomar una decisión sin mirar antes quién iba a enfadarse.

Lo que vas a descubrir en esta habitación explica por qué llevo demasiado tiempo huyendo. También explica por qué habrá gente dispuesta a matar para recuperarlo.

No confíes en las credenciales, en los cargos ni en las promesas. Confía únicamente en las pruebas.

Si has llegado hasta aquí, ya formas parte de esto. Y, créeme, ellos también lo saben y te estará siguiendo. Quizás, ya los conozcas.

El resto del folio no contenía explicaciones, solo una instrucción final.

No intentes entenderlo todo aquí. Solo asegúrate de que esto no desaparece contigo.

Terminado con la carta, la apartó y empezó a revisar el contenido, sintiendo que cada pieza no abría una respuesta, sino una capa más profunda de algo que aún no terminaba de mostrarse al completo.

Encontró informes policiales alterados, actas de desaparición de pruebas, operaciones antidroga cuyos decomisos reales nunca coincidían con las cantidades oficiales, y un pendrive. Había nombres repetidos una y otra vez, el del comisario Julián Orduña encabezaba todos los nombres, seguido de mandos policiales, jueces, empresarios y políticos. Junto a los informes, había fotografías tomadas desde lejos en aparcamientos, restaurantes y almacenes industriales donde varios agentes aparecían reuniéndose con conocidos narcotraficantes de la costa del sur. Algunas imágenes estaban fechadas años atrás. Aquel molino llevaba mucho tiempo con el viento a su favor. Era hora de detener las aspas.

Más abajo, encontró una grabadora etiquetada con nombre y fecha. La cogió y pulsó reproducir. Al principio solo se escuchó ruido de vasos y música lejana. Después voces, hombres hablando con absoluta tranquilidad hablando de rutas, jugosas cantidades y operaciones manipuladas, y para terminar, varias frases que hicieron que la sangre de Leticia, se congelara poco a poco dentro del cuerpo.

—…El chico del caso Varela sigue haciendo preguntas...

Hubo un breve silencio. Luego, otra voz respondió con una calma que daba miedo.

—…Entonces, haced que desaparezca antes de que llegue demasiado arriba...

Detuvo la grabación de golpe. Se quedó petrificada y con la respiración jadeante. Si quedaba algún atisbo de duda, quedó disipada, Samuel decía la verdad. La gente que aparecía en aquellas grabaciones llevaba años decidiendo quién vivía y quién desaparecía.

22

La lluvia seguía golpeando las empañadas ventanas del hostal. Leticia continuaba arrodillada frente a la caja metálica, incapaz de apartar la vista de la grabadora, el pendrive y las fotografías desperdigadas sobre la cama. Sergio Velasco no había perdido la cabeza. Todo aquello encajaba ahora con una lógica aterradora. No eran las obsesiones de un hombre paranoico, sino las piezas de una investigación que alguien había intentado silenciar. Volvió a recorrer con la mirada las pruebas; documentos, fotografías... todo lo necesario para destruir vidas, y todo impregnado por la sombra de la sangre del hombre que había intentado sacar la verdad a la luz. Dejó que el peso de aquel descubrimiento terminara de asentarse. Después respiró hondo, reunió cada uno de los objetos con el mismo cuidado con el que los había encontrado y volvió a guardarlos dentro de la caja metálica. Cerró la tapa despacio, consciente de que, desde aquel instante, ya no solo se llevaría unas pruebas, sino el motivo por el que Sergio Velasco había muerto.

Seguido, apartó apenas la cortina de la ventana. El aparcamiento seguía casi vacío bajo la lluvia y el coche volvía a estar inmóvil junto a la farola averiada. Leticia entendió algo de golpe; Si salía de allí cargando con aquella caja, sabrían de inmediato que había encontrado algo y lo más seguro es que no llegaría muy lejos. Miró otra vez la habitación y después la caja. Durante unos segundos pensó en volver a esconderlo todo exactamente donde estaba sin embargo, tarde o temprano alguien regresaría a registrar aquella habitación. Quizá incluso aquella misma noche. Dejar las pruebas allí era condenarlas y condenarse a sí misma. Intentó ordenar las ideas mientras el miedo comenzaba a mezclarse con algo nuevo, quizás instinto o tal vez, supervivencia.

Desde que aquella investigación había comenzado, dejó de pensar como periodista y empezó a pensar como Sergio Velasco. Comprendió por qué había ocultado las pruebas en lugar de entregarlas a alguien. Ya no sabía en quién podía confiar. Guardó con cuidado todo el contenido dentro de la caja metálica, colocó de nuevo el plástico protector y la devolvió al hueco bajo el suelo, dejando cada tablón exactamente en la misma posición en la que lo había encontrado. Si al abrir la puerta se cruzaba con aquellos matones o, peor aún, si la estaban esperando en el descansillo, era preferible que no encontraran nada allí. Las pruebas estarían más seguras ocultas en aquel escondite antes de pensar qué hacer con ellas.

Después lo cerró exactamente igual que estaba antes, recolocó el armario y apagó la lámpara principal de la habitación. Nadie debía notar que alguien había descubierto aquello. Entreabrió apenas la puerta. El pasillo permanecía vacío y las luces amarillentas seguían parpadeando débilmente sobre la moqueta húmeda. A lo lejos se escuchaba una televisión mal sintonizada detrás de alguna puerta cerrada. Salió sin hacer ruido y caminó hacia las escaleras. Cada paso parecía sonar demasiado fuerte. Cuando llegó otra vez al vestíbulo, el recepcionista seguía hojeando la revista detrás del mostrador. Levantó la vista apenas un instante al verla aparecer.

—Necesito otra habitación.

El hombre frunció el ceño.

—¿Otra?

—Mi exnovio tenía la costumbre de dejarme plantada. Ya que estoy aquí, me quedaré esta noche.

El recepcionista soltó una pequeña risa cansada.

—Eso cuesta dinero.

Leticia sacó varios billetes húmedos del bolsillo del abrigo y los dejó sobre el mostrador sin discutir.

—Aquí tienes dos billetes de cincuenta, uno para la que tenga libre más alejada, y el otro para que si preguntan por mí, yo no he cogido otra habitación. ¿Entendido?

El hombre observó el dinero un segundo antes de coger una nueva llave del panel.

—La doce, primera planta

Asintió sin añadir nada más y se alejó de la recepción antes de que el encargado pudiera hacerle otra pregunta. Subió de nuevo las escaleras sintiendo el corazón golpeándole el pecho con una lentitud pesada y constante, como si su cuerpo intentara mantener la calma mientras su mente hacía exactamente lo contrario. El pasillo seguía igual de silencioso e iluminado por tubos fluorescentes que zumbaban débilmente sobre las puertas desgastadas del motel. Esta vez evitó acercarse a las ventanas. No miró hacia el aparcamiento. No quería comprobar si el coche negro seguía allí ni enfrentarse a la posibilidad de descubrir que, efectivamente, continuaba esperándola bajo la lluvia. Prefería no saberlo.

Regresó a la habitación treinta y cuatro, recogió la caja metálica y dedicó unos segundos a asegurarse de que no dejaba nada atrás. Después salió de nuevo al pasillo y caminó hasta la nueva habitación con la sensación constante de que cada puerta cerrada escondía una mirada observándola desde el otro lado.

La habitación doce resultó todavía más pequeña y deprimente que la del policía muerto. El aire olía a humedad vieja y a productos de limpieza baratos utilizados para ocultarla sin demasiado éxito. La cama estaba ligeramente torcida hacia una pared donde la pintura comenzaba a desprenderse en varios puntos, dejando al descubierto manchas oscuras provocadas por filtraciones antiguas. El techo tampoco ofrecía mejor aspecto. Varias marcas irregulares recorrían la escayola como cicatrices negras que la luz amarillenta de la lámpara hacía parecer aún más profundas. Una mesa diminuta ocupaba una esquina junto a un televisor antiguo y silencioso, mientras las cortinas, descoloridas por los años, apenas conseguían ocultar la oscuridad del exterior.

Leticia dejó la caja sobre la cama y permaneció inmóvil durante unos segundos observando aquella habitación miserable. Sin embargo, por primera vez desde que había llegado al motel, el aspecto del lugar era lo que menos le preocupaba. Porque ahora sabía que lo verdaderamente importante no estaba fuera, ni en el coche negro, ni siquiera en las personas que parecían seguir cada uno de sus movimientos. Lo tenía delante. Dentro de aquella caja. Y

tenía la sensación cada vez más firme de que, una vez empezara a revisar seriamente su contenido, ya no habría forma de volver atrás.

Cerró la puerta y dejó la caja sobre la cama. Durante unos segundos permaneció quieta escuchando el silencio. Después se agachó junto al somier. Las tablas inferiores estaban sujetas con tornillos viejos y oxidados. Sonrió apenas pensando que Sergio Velasco habría aprobado aquello. Tardó casi veinte minutos en desmontar una de las maderas inferiores utilizando una moneda y la pequeña navaja multiusos que llevaba siempre en el bolso. El metal chirrió varias veces y cada sonido le hizo contener la respiración, esperando escuchar pasos al otro lado de la puerta. Pero nadie apareció. Al final, logró crear un hueco estrecho bajo el colchón. Introdujo la caja metálica en el interior y seguido, volvió a colocar la tabla exactamente como estaba. Cuando terminó, se dejó caer sobre la cama sin fuerzas. El techo amarillento del motel parecía inclinarse sobre ella mientras escuchaba la lluvia caer al otro lado de la ventana. Por primera vez desde que comenzó todo comprendió algo aterrador, ya no estaba investigando la paranoia de Sergio Velasco. Estaba heredándola.

23

Salió del hotel intentando mantener la calma mientras caminaba hacia su coche bajo la lluvia. El aire era frío y el agua le golpeaba el rostro con una persistencia incómoda, pero apenas le prestó atención. El aparcamiento permanecía casi vacío bajo el parpadeo enfermizo del neón rojo del motel, que teñía los charcos de reflejos oscuros y deformados. El coche negro seguía allí, inmóvil junto a la farola averiada, exactamente donde había permanecido durante toda la noche. Esperando. Sintió un nudo tensándose en el estómago, pero continuó avanzando sin mirar directamente hacia ellos. Había aprendido que el miedo se volvía más visible cuando uno intentaba ocultarlo demasiado deprisa. Mantuvo el paso constante, alcanzó su vehículo y metió la llave en la cerradura, momento en que escuchó el ruido de un motor arrancando. Levantó la vista y vio cómo el coche negro avanzaba despacio por el aparcamiento, sin acelerones ni maniobras bruscas, recorriendo apenas unos metros hasta colocarse atravesado frente a la única salida del recinto. Después se detuvo, y la bloqueó el paso.

Leticia se quedó inmóvil sujetando todavía la puerta abierta mientras sentía cómo el corazón comenzaba a golpearle con fuerza bajo las costillas. Durante unos segundos no ocurrió nada más. Solo la lluvia cayendo sobre el asfalto y el zumbido irregular del neón reflejándose en la carrocería oscura. A continuación, las puertas delanteras se abrieron casi al mismo tiempo. El hombre mayor descendió primero. Llevaba el mismo abrigo oscuro empapado por la lluvia y la misma serenidad inquietante que había mostrado frente a su apartamento. El más joven salió a continuación y cerró la puerta con suavidad antes de colocarse unos pasos detrás de él. Su expresión seguía siendo exactamente la misma: vacía e impasible, como si nada de aquello le provocara emoción alguna. Ambos

comenzaron a avanzar despacio, sin prisas, con la tranquilidad de quienes saben que el viento juega de su lado. Leticia permaneció junto al coche observándolos acercarse mientras la lluvia dibujaba pequeños riachuelos sobre el asfalto entre ellos. No llevaban armas a la vista. No parecían preocupados, ni siquiera parecían tensos. Aquello resultaba más perturbador que cualquier amenaza directa. Cuando el hombre de unos cincuenta años se detuvo a pocos metros de distancia, la examinó durante unos segundos con una atención serena, casi profesional, antes de esbozar una pequeña sonrisa cansada.

—Vaya con la niña. Buena jugada la de llamar a los picoletos, si señora. Lo curioso es que de verdad creíste que iban a ayudarte.

El hombre joven sacó la pistola y le apuntó en el pecho. Mientras el silencio estaba latente, las luces azules volvieron aparecer al final de la carretera. Durante un instante nadie se movió. La patrulla de la Guardia Civil volvió aparecer, acercándose despacio hasta donde permanecía detenido el coche negro. Leticia sintió una descarga de alivio tan intensa que casi le hizo perder las fuerzas.

Sin embargo, observó algo extraño. El joven, que seguía apuntando a la periodista al pecho, ni siquiera pareció inquietarse. Se limitó a girar la cabeza hacia el conductor de la patrulla, quien levantó apenas las cejas en un gesto mínimo, más propio de la mafia que de una situación como aquella. La patrulla redujo la velocidad al llegar a su altura y se detuvo unos segundos junto al vehículo. Leticia contuvo la respiración, convencida de que, al fin, alguien intervendría. Pero el coche volvió a acelerar con absoluta normalidad. No se detuvo, ni bajó la ventanilla. Ninguno de los agentes dirigió una sola mirada hacia ella. En apenas unos segundos, las luces traseras desaparecieron bajo la lluvia, dejándola sola otra vez con los dos hombres. Entonces comprendió lo que acababa de presenciar. Aquello no había sido indiferencia sino reconocimiento. Los policías sabían quiénes eran aquellos hombres… y habían decidido seguir de largo.

El silencio volvió a instalarse entre ellos mientras la lluvia seguía cayendo sobre el aparcamiento y el neón rojo continuaba parpadeando sobre los charcos.

—Sácate lo que tengas en los bolsillos —mencionó el hombre cincuentón.

Le enseñó unos bolsillos vacíos.

—No me gustaría tener que hacerte un registro, si tienes algo, ahora es momento de sacarlo.

—Hazlo si quieres, pero no tengo nada.

Ambos mantuvieron una mirada de tigres, desafiándose mutuamente. Seguido, el cincuentón extendió una mano.

—El bolso.

No elevó la voz. No lo pidió, tan solo actuó como si la decisión ya estuviera tomada. Leticia sintió cómo el corazón comenzaba a golpearle con fuerza dentro del pecho, pero mantuvo la expresión inmóvil mientras descolgaba el bolso del hombro y se lo entregaba. El hombre lo abrió sin prisa y empezó a revisar el contenido con movimientos meticulosos. Sacó la cartera, la documentación, el teléfono móvil, un paquete de pañuelos arrugado y las llaves. Fue examinando cada objeto con una paciencia casi irritante antes de volver a guardarlo todo exactamente donde estaba.

Cuando terminó, levantó la vista y miró al joven.

—El coche.

Ni siquiera respondió, se limitó a dirigirse hacia el vehículo y comenzó a registrar el interior con una frialdad mecánica que hizo que Leticia comprendiera, con una claridad incómoda, que no era la primera vez que realizaba algo así. Abrió las puertas una tras otra sin vacilación, revisó los asientos, la guantera y los compartimentos laterales con movimientos precisos y automáticos, como si no necesitara pensar en lo que estaba haciendo. Después pasó al maletero y continuó con la misma metodología, sin prisas ni errores, como si cada gesto formara parte de una rutina aprendida cientos de veces. No había nerviosismo ni improvisación, solo método.

Leticia no se movió, se quedó bajo la lluvia intentando controlar la respiración mientras observaba la escena con una tensión creciente en el pecho. No iban a encontrar nada. No podían. La caja seguía oculta bajo el somier de la habitación doce del hostal y nadie la había visto trasladarla. Al menos eso era lo único que le permitía mantenerse en pie en ese momento, una certeza frágil que repetía

mentalmente como si fuera una verdad absoluta capaz de protegerla.

Los minutos transcurrieron mientras el sonido constante de la lluvia llenaba los silencios entre ellos. El joven revisó incluso bajo las alfombrillas, palpó el interior de los paneles de las puertas y se detuvo unos segundos a observar el espacio bajo los asientos antes de incorporarse de nuevo con la misma expresión vacía de siempre. Finalmente cerró el maletero con suavidad y regresó junto al hombre mayor sin decir una sola palabra. Al no encontrar nada, el hombre mayor volvió a mirar a Leticia. Por primera vez pareció desconcertado. Esperaba a ver encontrado algo.

—¿Qué hacías aquí?

—Vine a ver a una persona.

—No le aconsejo mentirme.

—Entonces deje de hacer preguntas estúpidas.

El hombre sonrió apenas. Una sonrisa pequeña y cansada que no llegó nunca a los ojos. Después dio un paso hacia ella.

—Hay alguien que quiere saludarla.

—¿Quién?

—Usted y yo lo sabemos. El comisario. Sabe mucho sobre usted.

Leticia sintió un frío lento recorriéndole la espalda. Durante unos segundos no respondió nada. Miró hacia la carretera vacía detrás de ellos. Después hacia el hostal. Las letras rojas continuaban parpadeando en mitad de la oscuridad como si nada estuviera ocurriendo. Sabía que no tenía elección. El hombre mayor señaló el coche negro con un gesto tranquilo.

—Será mejor no hacer esto más incómodo de lo necesario.

El joven ya había abierto la puerta trasera. Leticia tragó saliva y terminó entrando sin hacer más preguntas.

24

El coche avanzó durante casi cuarenta minutos sin que nadie hablara, atravesando la ciudad como si no pertenecieran del todo a ella. Leticia permanecía sentada en el asiento trasero, con la espalda rígida y las manos apoyadas sobre las piernas, observando cómo las luces de Madrid iban quedando atrás lentamente a través de las ventanas tintadas. Primero desaparecieron los barrios iluminados y el tráfico nocturno, sustituidos por calles más amplias y menos transitadas, donde los semáforos cambiaban de color para nadie. Después llegaron las carreteras secundarias, cada vez más oscuras y silenciosas, urbanizaciones dispersas que parecían dormidas incluso antes de la medianoche, y largas avenidas bordeadas de árboles que se inclinaban bajo el viento como si contemplaran en silencio el paso del vehículo. Poco a poco dejaron atrás también las últimas viviendas. La carretera se estrechó y el paisaje se volvió casi completamente negro, interrumpido únicamente por los destellos de los faros sobre el asfalto mojado y las sombras de la vegetación que aparecían y desaparecían a ambos lados del camino. Leticia intentó memorizar cada giro, cada salida y cada referencia, pero pronto comprendió que había perdido cualquier posibilidad de orientarse. Ya no sabía hacia dónde la llevaban. Solo tenía la certeza de que, con cada kilómetro recorrido, se alejaba un poco más del lugar donde alguien podría encontrarla.

El interior del coche permanecía en silencio absoluto, roto únicamente por el sonido constante del motor y el rodar de los neumáticos sobre el asfalto húmedo. Ninguno de los dos hombres había pronunciado una sola palabra desde que habían salido del hostal. Ni instrucciones, ni preguntas, ni advertencias. Esa ausencia de comunicación, lejos de tranquilizarla, hacía que todo resultara

más tenso, como si el destino del trayecto ya estuviera decidido desde el principio y no necesitara ser explicado.

Leticia miraba el paisaje pasar sin realmente fijarse en él, intentando reconstruir mentalmente cada decisión que la había llevado hasta allí, cada nombre, cada pista, cada silencio. Pero todo se mezclaba con una sensación cada vez más clara de aislamiento, como si la carretera no la estuviera alejando de la ciudad, sino acercándola a un punto del que ya no iba a poder regresar. Nadie parecía tener prisa. Y eso era precisamente lo que más la inquietaba.

El hombre mayor conducía con una tranquilidad absoluta, como si aquello no fuera una amenaza ni un secuestro improvisado, sino una reunión de amigos pendiente desde hacía tiempo, algo que simplemente había llegado en su momento exacto después de haber sido aplazado demasiadas veces. Mantenía las manos firmes sobre el volante y la mirada fija en la carretera, sin rastros de tensión ni de duda, como si cada kilómetro recorrido formara parte de un trayecto que ya conocía de memoria. A su lado, el joven permanecía inmóvil, con la misma expresión vacía de siempre, observando el frente sin pronunciar una sola palabra, sin mirar a Leticia ni al retrovisor, como si su presencia en el coche fuera secundaria, casi irrelevante.

Leticia continuó intentado memorizar el camino al principio con una concentración casi desesperada, aferrándose a cualquier referencia que pudiera servirle más adelante. Tres rotondas que giraron en silencio bajo la luz naranja de las farolas, un túnel corto donde el eco del motor pareció encerrarse unos segundos dentro del vehículo y una gasolinera cerrada con los surtidores apagados y la tienda a oscuras, como si hubiera sido abandonada hacía días. Sin embargo, los puntos de referencia empezaron a mezclarse entre sí, las carreteras dejaron de tener nombres visibles y las curvas se volvieron demasiado similares unas a otras como para mantener una orientación clara, hasta que finalmente dejó de contar, consciente de que recordar el recorrido ya no iba a cambiar nada de lo que estaba ocurriendo.

El coche terminó reduciendo la velocidad frente a un enorme portón negro de hierro forjado que se alzaba como una barrera

definitiva en mitad de la carretera privada. Durante unos segundos no ocurrió nada, solo el zumbido del motor al ralentí y el sonido leve de la lluvia acumulándose sobre la carrocería, hasta que una cámara situada en lo alto del muro comenzó a moverse lentamente, enfocándolos con una precisión casi humana. El conductor bajó apenas la ventanilla y mostró algo que Leticia no alcanzó a distinguir con claridad, un gesto breve, controlado, suficiente para que el sistema reaccionara de inmediato. El portón empezó a abrirse sin resistencia, deslizando sus hojas de hierro con una lentitud pesada que parecía más un acto de permiso que una simple entrada.

Avanzó por el camino interior y la mansión apareció al fondo como una sombra sólida recortada contra la oscuridad, iluminada apenas por luces cálidas que escapaban a través de ventanales enormes. El contraste con el exterior era casi violento, jardines perfectamente cuidados, árboles alineados con una precisión artificial y varias cámaras de seguridad ocultas entre la vegetación, pequeñas luces rojas que parpadeaban de forma intermitente como ojos vigilantes. No había rastro de vida visible, ni movimiento en las ventanas, ni sonidos procedentes del interior, solo una sensación de aislamiento absoluto, como si aquel lugar no formara parte del mundo exterior sino de una versión cuidadosamente separada de él.

Redujo la velocidad hasta detenerse frente a la entrada principal. El motor siguió encendido durante unos segundos antes de apagarse, dejando tras de sí un silencio tan profundo que incluso la lluvia parecía amortiguada por la extensión de la finca. Leticia permaneció inmóvil en el asiento trasero, observando la fachada iluminada, consciente de que ya no había más carreteras que memorizar ni más desvíos posibles. Solo aquel lugar.

—Baja —dijo el hombre mayor.

Salió del coche intentando mantener bajo control el miedo que empezaba a cerrarle el pecho, como si cualquier movimiento brusco pudiera delatarla más de lo que ya lo hacía el simple hecho de estar allí. El suelo de piedra conservaba todavía la humedad de la lluvia y cada paso dejaba una marca oscura que desaparecía lentamente, mientras el aire, sorprendentemente limpio, olía a césped recién cortado y a tierra cuidada con una precisión casi obsesiva. Uno de

los hombres abrió la puerta principal sin llamar, como si la casa no necesitara permiso para ser atravesada por nadie que ya tuviera derecho a entrar. El interior era todavía peor.

Todo desprendía un aroma a dinero antiguo, no el dinero reciente u ostentoso, sino el que se acumula con el tiempo y se convierte en estructura, en forma de vida. Madera oscura en suelos y paneles, cuadros enormes con marcos pesados que parecían vigilar el paso de cualquiera que cruzara el vestíbulo, alfombras gruesas que amortiguaban los pasos hasta borrar casi por completo cualquier sonido. Una lámpara de cristal suspendida en el centro iluminaba el espacio con una luz tenue y elegante que no buscaba deslumbrar, sino controlar, marcando cada sombra con una precisión calculada. Aquello no tenía nada que ver con una comisaría ni con ningún entorno policial reconocible; no había archivos, ni metal, ni funcionalidad, solo una estética construida para imponer calma y autoridad al mismo tiempo, como si el lugar hubiera sido diseñado para que nadie recordara que podía sentirse incómodo dentro de él.

Leticia sintió esa incomodidad de inmediato, no como una intuición vaga, sino como una certeza física. No estaba entrando en territorio policial. Estaba entrando en el territorio de alguien que llevaba demasiado tiempo sin distinguir entre poder y propiedad, alguien que había convertido la discreción en arquitectura y el control en forma de vida.

El hombre mayor señaló un pasillo lateral.

—Por aquí.

25

La condujeron hasta un despacho amplio situado al fondo de la casa, atravesando pasillos donde la luz era siempre cálida pero nunca del todo acogedora, como si cada bombilla estuviera calibrada para mantener una distancia emocional con quien la miraba. El espacio estaba dominado por una chimenea encendida que proyectaba sombras suaves y continuas sobre las paredes, llenas de estanterías repletas de libros perfectamente alineados y fotografías enmarcadas que no parecían colocadas al azar, sino como una biografía cuidadosamente construida para ser leída desde fuera. Algunas imágenes mostraban políticos en actos públicos, otras empresarios en reuniones discretas, y en más de una se reconocía al propio comisario Orduña estrechando la mano de figuras que, en otro contexto, habrían ocupado titulares durante semanas, siempre con una distancia medida, siempre con la postura exacta de quien sabe que está siendo fotografiado.

Detrás del escritorio, sentado con absoluta calma, como si hubiera estado esperándola desde mucho antes de que ella misma supiera que iba a llegar, estaba el comisario Orduña. Era un hombre de unos setenta años, de complexión robusta y espalda ancha. Mantenía el cabello completamente blanco, corto y peinado hacia atrás, aunque casi siempre quedaba oculto bajo una boina negra que parecía formar parte de él, como si nunca saliera de casa sin ella. Su cara manifestaba un bigote y una perilla, espesos y canosos que enmarcaban un rostro de facciones duras, con cejas pobladas y una mirada penetrante que parecía evaluar a cualquiera que tuviera delante. Vestía con sobriedad —traje oscuro o chaqueta clásica— y caminaba con una tranquilidad que transmitía la sensación de haber visto demasiado como para dejarse impresionar. Parecía cansado. Pero no derrotado. Más bien alguien acostumbrado a sobrevivir.

Sostenía un vaso bajo de whisky entre los dedos mientras servía otro con la misma tranquilidad con la que podría estar ordenando un informe rutinario, sin prisas, sin tensión, y sin el menor rastro de sorpresa ante su presencia. No se levantó cuando Leticia entró, ni hizo el gesto instintivo de cortesía que habría cabido esperar en cualquier otro encuentro. Tampoco la miró con curiosidad ni con cautela. Simplemente la observó con una serenidad absoluta, como si su llegada no fuera un evento, sino la continuación natural de algo que ya estaba en marcha desde hacía tiempo.

—Señorita Santos, bienvenida a mi casa. Lamento las circunstancias de la invitación, aunque sospecho que no me habría concedido una cita por otros medios.

La voz era grave, tranquila, casi amable.

—Después de todo lo que ha hecho para verme, esperaba encontrarme a alguien más… impresionante —añadió Leticia sin titubear.

—Los tiene bien puestos, señorita Santos. Me gusta —Esbozó una sonrisa—. Siéntese, por favor.

Leticia permaneció quieta unos segundos antes de hacerlo. Los dos hombres abandonaron el despacho cerrando la puerta tras ellos. Orduña deslizó uno de los vasos lentamente sobre la mesa. El silencio se volvió todavía más incómodo.

El comisario la observó durante unos segundos sin decir nada.

—He leído varios de sus artículos —dijo finalmente mientras levantaba el vaso de whisky—. Tiene talento. Hoy en día ya casi nadie sabe hacer preguntas incómodas.

Leticia no tocó la bebida.

—¿Por qué estoy aquí?

Orduña sonrió apenas.

—Porque lleva días haciendo exactamente las preguntas equivocadas a las personas equivocadas.

La chimenea crepitó suavemente detrás de él.

—Sergio Velasco también hacía preguntas —continuó el comisario —. Era un buen policía y buena persona, inteligente y obsesivo, aunque demasiado obsesivo diría yo.

Leticia sintió cómo el cuerpo se le tensaba.

—¿Por eso lo mató?

El comisario clavó su mirada en ella.

—Yo no he matado a nadie en mi vida señorita Santos, para eso ya están mis muchachos.

Orduña soltó una pequeña risa cansada antes de continuar.

—Ese es el problema con la gente joven. Necesitan que todo sea simple. Buenos y malos. Policías corruptos, conspiraciones gigantescas… La realidad nunca funciona así.

Bebió un pequeño sorbo antes de continuar.

—Velasco no solo miró donde no debía… también se llevó cosas que no le pertenecían.

—¿Y qué tengo yo que ver? —cuestionó Leticia.

El comisario la observó en silencio unos segundos.

—Dígamelo usted.

Aquella frase le produjo más miedo que cualquier amenaza directa. Orduña dejó el vaso sobre la mesa y entrelazó las manos.

—Mire a su alrededor, señorita Santos. ¿De verdad piensa que el mundo funciona gracias a la honestidad? Hay acuerdos, favores e intereses. Aquí no hay buenos ni malos, solo gente poderosa protegiendo cosas importantes. Siempre ha sido así.

—Eso no justifica los asesinatos.

—No, pero a veces los vuelve inevitables.

La tranquilidad con la que pronunció aquello hizo que Leticia sintiera un frío recorriéndole lentamente la espalda.

Orduña volvió a mirarla con una calma casi paternal.

—Usted es inteligente, por eso sigue viva. La mayoría de personas habrían intentado jugar a los héroes hace tiempo.

La habitación quedó en silencio. Entonces el comisario sonrió apenas.

—Lo único que quiero saber es una cosa. ¿A qué fue al HOSTAL ARCOIRIS?

El corazón de Leticia golpeó con fuerza dentro del pecho, pero no apartó la mirada.

—Había quedado, era un asunto personal.

Orduña la volvió a observar durante varios segundos. Después terminó el whisky de un solo trago y se levantó despacio del sillón.

—Señorita Santos, ¿cree que tengo esta mansión por ser el más tonto de la clase? Velasco le dijo que fuera allí, dígame la habitación, y dejémonos de tonterías.

Leticia no contestó. Orduña se acercó a una de las ventanas del despacho y contempló la oscuridad exterior con las manos metidas en los bolsillos.

—Todavía tiene una oportunidad de alejarse de todo esto.

Leticia entendió algo aterrador en ese instante. Aquello no era una advertencia. Era una despedida.

—¿Y si no lo hago?

Orduña dejó el vaso sobre la mesa.

—Entonces seguirá el mismo camino que Sergio.

La respuesta llegó tan tranquila que resultó más inquietante que cualquier amenaza.

—¿Va a matarme?

El comisario sonrió.

—Si quisiera matarla, señorita Santos, no estaríamos teniendo esta conversación.

El silencio volvió a instalarse en el despacho.

—Lo que intento explicarle es que todavía está a tiempo de conservar algo.

—¿Conservar qué?

—Su vida, su trabajo, sus seres queridos… Y los pocos años tranquilos que le quedan.

Leticia sostuvo su mirada.

—¿Eso es una amenaza?

—No, es experiencia. He visto a personas mucho más inteligentes que usted intentar cambiar las cosas. Jueces, fiscales, policías, políticos…. Todos creían tener algo que los demás no tenían.

—¿Y qué pasó?

—Que acabaron solos.

La palabra cayó entre ellos con una frialdad insoportable. Orduña volvió a mirarla.

—Algunos perdieron el trabajo, otros el matrimonio y otros la salud. Algunos simplemente desaparecieron. La mayoría terminó

deseando haber aceptado la primera oportunidad para marcharse. La misma que le estoy dando a usted.

Leticia sintió que algo se hundía dentro de ella, una sensación fría y pesada que se abría paso por debajo de la rabia y del miedo. Por primera vez desde que todo había empezado no estaba escuchando a un hombre intentando intimidarla. No había gritos, ni amenazas directas, ni gestos de violencia. Solo una calma insoportable, la calma de alguien que ya había visto aquella historia demasiadas veces. Comprendió lo verdaderamente aterrador, Orduña no estaba describiendo lo que podía ocurrirle, estaba describiendo lo que, en su opinión, acabaría ocurriendo inevitablemente.

—Lo repetiré una última vez, ¿encontró algo en la habitación del hostal? Si tiene información comprometida, ahora es el momento de decirlo.

—No encontré nada.

—Dígame la habitación.

Ahora fue Leticia quién clavo la mirada en el comisario.

—La 34.

—Ha hecho lo correcto. Mis chicos irán a esa habitación, rece porque no me haya mentido. Ahora puede irse.

—¿Y si decido seguir?

La sonrisa de Orduña desapareció.

—Entonces es usted demasiado estúpida, y la próxima vez que nos veamos, no será porque yo la haya invitado.

Aquellas fueron las últimas palabras que escuchó antes de abandonar la mansión. A las diez y media de la noche y tras dejar atrás el portón de Orduña, Leticia se ocultó en la periferia de la ciudad, buscando refugio en bares para procesar el frío de la amenaza antes de arriesgarse a volver. Solo cuando el cansancio la venció, se marchó a su apartamento.

26

Se despertó antes de que el cuerpo terminara de aceptar el descanso, en ese punto intermedio en el que el sueño todavía no ha sido del todo abandonado pero la vigilia ya ha impuesto su peso, dejando una sensación de suspensión incómoda entre ambos estados. No era una resaca en el sentido estricto, ni tampoco un cansancio reconocible, sino una especie de desajuste interno difícil de precisar, como si la noche anterior no hubiera pasado realmente por ella, sino alrededor de ella, rozándola sin integrarse del todo en la memoria. Durante unos segundos permaneció inmóvil, mirando el techo con una atención vacía, intentando reconstruir el orden de las cosas sin saber exactamente en qué momento lo había perdido, ni si había existido alguna vez un orden claro al que volver.

Se incorporó despacio, sintiendo cómo el cuerpo tardaba unos segundos en seguir la orden que el cerebro había dado, todavía se encontraba atrapado en la inercia de la noche anterior. No había claridad, no había respuestas ni una línea definida que le indicara hacia dónde ir, pero sí había dirección, una especie de inclinación interna que la empujaba sin necesidad de justificarla. Y eso era peor, porque moverse sin entender por qué significaba aceptar que algo externo ya había empezado a decidir por ella antes incluso de que pudiera oponerse.

Entró en la ducha sin dudar, como si el gesto en sí mismo pudiera sustituir a cualquier tipo de reflexión pendiente. El agua fría no resolvió nada ni tuvo la capacidad de reorganizar lo que llevaba dentro, pero le devolvió una sensación mínima de estructura, una especie de contorno físico dentro del cual el cuerpo dejaba de ser únicamente un conjunto de pensamientos desordenados. Permaneció bajo el chorro el tiempo justo para dejar de sentirse

suspendida entre la noche anterior y la mañana presente, sin buscar alivio ni consuelo, solo continuidad.

Cuando salió, no se sentía más fuerte ni más capaz de afrontar lo que venía después, solo más alineada con ello, como si algo interno hubiera dejado de debatirse para aceptar una dirección que ya estaba tomada. Se vistió sin prisa, sin pensar demasiado en la ropa ni en los gestos, y evitó mirarse demasiado en el espejo, no por rechazo, sino por falta de interés en encontrar una versión distinta de la que ya sabía que iba a ver.

No pensó en el hostal como una posibilidad entre otras, ni como una decisión abierta, sino como una consecuencia inevitable de todo lo anterior, algo que no se elegía en ese punto, sino que simplemente seguía su curso natural dentro de una cadena que ya había empezado mucho antes de que ella pudiera nombrarla.

Sin pensarlo, y dejando el miedo a un lado no porque hubiera desaparecido sino porque había dejado de ocupar el centro, se dispuso a ir al hostal como si el simple hecho de moverse pudiera evitarle tener que detenerse a reconsiderar nada. Mientras conducía, el trayecto ya no era nuevo ni incierto, sino algo que su memoria empezaba a reconocer con una precisión incómoda, como si cada calle ya hubiera sido recorrida antes bajo otra lógica, con otra intención que ahora regresaba deformada. Cada cruce parecía una repetición ligeramente distinta de sí mismo, una variación mínima dentro de un patrón que no terminaba de cerrarse, pero que tampoco dejaba de insinuarse.

La ciudad seguía funcionando con la normalidad habitual, coches que se incorporaban al tráfico, peatones cruzando sin levantar la vista apegados a sus teléfonos móviles, semáforos alternando colores con una indiferencia mecánica, pero Leticia ya no la percibía como un escenario en el que algo podía ocurrir o no ocurrir, sino como una superficie continua, plana, casi abstracta, sobre la que su propio movimiento parecía haber dejado de pertenecerle del todo. Cada elemento del entorno seguía su curso con absoluta coherencia interna, mientras ella avanzaba dentro de una sensación creciente de separación, como si estuviera atravesando un lugar que continuaba intacto independientemente de su presencia en él.

A las once de una mañana abstracta, se dirigió otra vez al hostal. Cuando llegó, entró despacio en el aparcamiento, reduciendo la velocidad casi por instinto mientras observaba en derredor con una atención que ya no era exactamente miedo, sino una forma más precisa de lectura del entorno. Buscaba señales que no siempre tenían forma clara, movimientos fuera de lugar, coches que no encajaran del todo, presencias que parecieran estar allí con un propósito distinto al simple estacionamiento, aunque en apariencia todo permanecía en una normalidad difícil de distinguir de la indiferencia. No parecía haber nadie, o al menos nadie que se dejara ver, y esa ausencia no le resultó tranquilizadora, porque también podía significar que ya hubieran estado o que estuvieran a punto de llegar, como si el tiempo no fuera un margen a su favor sino un mecanismo que se cerraba lentamente sobre ella.

Se quedó un instante dentro del coche, sin moverse, no por indecisión ni por parálisis, sino por cálculo, dejando que la mirada recorriera el espacio como si pudiera anticipar la secuencia de lo que iba a ocurrir después. Finalmente bajó.

El vestíbulo seguía siendo el mismo, con la misma iluminación tenue y el mismo aire detenido, parecía que el tiempo se hubiera olvidado de pasar por aquel lugar. El recepcionista apenas levantó la vista, sin mostrar interés ni sorpresa, como si su presencia fuera un elemento más del mobiliario. El pasillo, sin embargo, le pareció distinto, no porque hubiera cambiado en realidad, sino porque ahora cada metro parecía cargarse de contexto, cada puerta adquiría una posibilidad distinta dentro de una misma estructura repetida, como si todas condujeran a variaciones de una misma idea.

Llegó a la habitación doce y sacó la llave, pero no entró de inmediato. Se detuvo frente a la puerta y observó la cerradura, el marco y la forma en que la luz del pasillo caía sobre el pomo con una precisión casi clínica. Había algo en esa habitación que ya no dependía de lo que contenía en su interior, sino de lo que había dejado atrás la última vez que estuvo allí, una huella invisible que no necesitaba ser vista para seguir condicionando todo lo que venía después.

27

Cerró la puerta de la habitación con cuidado, sin prisa, pero con una precisión casi automática, como si el simple hecho de girar la llave pudiera establecer una frontera entre el mundo exterior y el reducido espacio en el que aún conservaba cierto control. La tenue luz del hostal apenas alcanzaba aquel rincón, donde el aire parecía más pesado y el silencio adquiría una presencia incómoda. Durante unos segundos permaneció inmóvil, escuchando. Solo llegaba el golpeteo constante de la lluvia contra la ventana y el murmullo lejano de una tubería.

Metió la mano bajo la madera suelta del somier y notó la caja en el mismo lugar en el que la había dejado la noche anterior, intacta. La sacó despacio, conteniendo la respiración por pura inercia, no porque hubiera ruido, sino porque el silencio parecía exigirlo, y durante unos segundos se quedó mirándola sin abrirla, sosteniéndola como si su peso no fuera físico sino consecuencia de todo lo que representaba. Salió de la habitación sin mirar atrás, cerrando la puerta con la misma discreción con la que había entrado. No se detuvo en el pasillo ni reparó en los pequeños detalles que, en otras circunstancias, habría registrado de forma casi automática. Tampoco buscó al recepcionista ni comprobó si alguien la observaba desde las ventanas o desde el aparcamiento. La caja metálica pesaba bajo el brazo, sin embargo, la sensación de llevarla consigo resultaba mucho más pesada que su verdadero peso. Solo tenía una idea en la cabeza: poner la mayor distancia posible entre ella y aquel lugar antes de que alguien descubriera que el escondite había sido vaciado. Condujo de regreso sin apartar apenas la vista de los espejos retrovisores, esperando ver aparecer de nuevo el coche oscuro en cualquier momento. No ocurrió. Aun así, no bajó la guardia. No abrió la caja hasta llegar a casa, después de comprobar

dos veces que nadie la había seguido y de asegurarse de que la puerta del apartamento quedaba cerrada tras ella.

***

Llegó a su apartamento una hora después. Cerró la puerta con doble vuelta de llave antes de bajar las persianas**,** como si necesitara aislar el mundo exterior por completo para poder pensar con claridad, o al menos con algo que se le pareciera. Dejó la caja sobre la mesa del salón y se quedó un instante quieta, sin moverse, escuchando el silencio del interior como si también allí pudiera haber algo que no debía interrumpirse. Solo entonces lo abrió.

Empezó a colocar las pruebas sobre la mesa sin buscar una lógica inmediata, dejando que las piezas ocuparan espacio antes de intentar interpretarlas, y fue en ese desorden inicial donde apareció el patrón. ARCOIRIS. El nombre se repetía una y otra vez en anotaciones rápidas, casi nerviosas, acompañando matrículas, fechas sueltas y números de habitación que no parecían significar nada por separado pero que, juntos, empezaban a adquirir una insistencia incómoda. El HOSTAL ARCOIRIS nunca había sido un refugio. Había sido parte del mapa desde el principio.

La habitación treinta y cuatro aparecía rodeada en varias ocasiones con bolígrafo rojo, como si hubiera sido señalada no una vez, sino muchas, desde distintos momentos y con distintos niveles de urgencia. Había pagos periódicos asociados al hostal, reservas realizadas con identidades falsas, listas incompletas de personas que entraban y salían del lugar sin dejar un rastro administrativo consistente, como si el sistema hubiera sido diseñado para registrar lo mínimo necesario y olvidar el resto. En varias fotografías aparecían policías en conversaciones informales con hombres que Leticia reconoció de inmediato por antiguos reportajes sobre redes de narcotráfico en la costa, escenas que, vistas de forma aislada, no decían nada concreto, pero que dentro de ese conjunto empezaban a adquirir un peso distinto.

Ninguna imagen parecía incriminatoria por sí sola. Ese era precisamente el problema. Todo conservaba una apariencia de normalidad hasta el momento en que las piezas empezaban a

tocarse entre sí, y entonces la normalidad dejaba de ser una explicación y se convertía en una cobertura.

Sergio no había escogido aquel hostal para esconderse. Lo había escogido porque llevaba tiempo observando algo que ocurría allí dentro, algo que no estaba oculto del todo pero que tampoco estaba a la vista de forma evidente, algo que funcionaba precisamente en ese espacio intermedio.

Conectó el pendrive al portátil con una sensación extraña en las manos, como si no estuviera a punto de abrir simples archivos sino de activar algo que, una vez visto, ya no podía deshacerse. La pantalla tardó unos segundos en reaccionar antes de desplegar varias carpetas numeradas, sin títulos ni fechas visibles, solo secuencias de cifras desordenadas y nombres abreviados que no ofrecían ninguna pista evidente pero que transmitían, aun así, una estructura pensada con intención. Sergio no había organizado aquello como un archivo personal, sino como alguien que sabía que tarde o temprano otra persona tendría que entenderlo deprisa, sin margen para dudas ni interpretaciones largas.

Abrió la primera carpeta. Eran vídeos, grabaciones cortas e inestables, algunas desenfocadas, claramente tomadas desde la distancia o desde posiciones ocultas, con movimientos leves que delataban la urgencia o la clandestinidad del momento en que habían sido hechas. La primera mostraba la terraza de un restaurante elegante junto al puerto, donde el mar se percibía más por el sonido que por la imagen, mezclándose con conversaciones lejanas y el tintineo de cubiertos sobre la vajilla hasta que la cámara terminaba enfocando una mesa apartada. Entonces vio a Orduña.

Sin uniforme ni escoltas visibles, portando únicamente su característica boina negra, Orduña mostraba una tranquilidad que resultaba mucho más inquietante que cualquier gesto de violencia. No había tensión en su rostro ni la menor precaución en sus movimientos. Se comportaba como un hombre acostumbrado a no tener que mirar por encima del hombro. Frente a él había dos hombres que Leticia reconoció de inmediato por antiguas investigaciones sobre narcotráfico en la costa, rostros que durante años habían aparecido vinculados a informes policiales sin que jamás

hubieran terminado sentándose ante un juez. Verlos allí, compartiendo mesa con el comisario, bastaba para derrumbar años enteros de certezas.

La cámara, oculta a pocos metros de la reunión, registraba la escena con una estabilidad casi inquietante. Uno de los hombres deslizó sin titubear, una mochila compacta sobre la mesa. No hubo palabras solemnes ni comprobaciones exageradas. Orduña abrió la cremallera con absoluta naturalidad, observó el contenido durante apenas unos segundos y asintió con un gesto casi imperceptible. Después acercó hacia ellos un maletín de cuero que permanecía apoyado junto a su silla. Al levantar la tapa aparecieron varios fajos de billetes perfectamente ordenados, sujetos con cintas bancarias, y colocados con una precisión casi obsesiva. Ninguno de los presentes pareció impresionado. Aquello no era una negociación excepcional ni una operación arriesgada. Era una rutina.

Mientras el intercambio terminaba de completarse, los tres continuaron conversando con una familiaridad que resultaba todavía más perturbadora. Sonreían, hacían comentarios intrascendentes y reían por momentos, como si compartieran una comida entre viejos conocidos en lugar de participar en un delito que destruía cualquier frontera entre quienes perseguían el crimen y quienes vivían de él. No había miedo, ni desconfianza, ni la menor sensación de estar haciendo algo que debiera permanecer oculto. Solo la comodidad de quienes llevaban demasiado tiempo trabajando juntos.

La grabación concluía con un gesto sencillo y devastador. Orduña cerraba el maletín, recogía la mochila y estrechaba la mano de uno de los hombres con una confianza absoluta, sellando el acuerdo con la misma naturalidad con la que cualquier empresario pondría fin a una reunión de trabajo. La imagen se congeló un instante antes de apagarse, pero para Leticia ya era suficiente. Aquello no solo demostraba que el comisario era corrupto. La obligaba a reescribir todo cuanto creía saber sobre la organización que llevaba días intentando comprender, porque el hombre encargado de combatir el crimen formaba parte de él desde mucho antes de que nadie hubiera empezado a sospecharlo.

Abrió otro archivo. Esta vez era un aparcamiento subterráneo, mal iluminado, grabado desde el interior de un vehículo estacionado, con el encuadre ligeramente inclinado como si la cámara hubiera sido colocada con prisa. Orduña aparecía de nuevo, hablando con un hombre calvo junto al maletero abierto de un Audi negro. El sonido estaba deformado por el ruido ambiente, por ecos metálicos y reverberaciones del espacio cerrado, y apenas permitía captar frases sueltas, fragmentos incompletos que llegaban tarde y sin contexto, pero que aun así resultaban suficientes para dejar claro que aquella conversación no era casual ni aislada.

28

—…Hablé con Valencia, todo está arreglado, el puerto está limpio el jueves…

Hubo un silencio breve, no un vacío, sino uno cargado de significados implícitos, como si entre una frase y la siguiente se estuviera cerrando algo que no necesitaba ser explicado en voz alta.

—…Los de arriba no quieren más errores…—comentó Orduña, con la misma calma con la que habría hablado de un asunto administrativo cualquiera, sin inflexión y sin rastro de duda.

Se oyó el leve chasquido de un mechero encendiendo un cigarrillo.

—…Mismo precio.

La respuesta llegó sin pausa, como si formara parte de un intercambio ya pactado de antemano, sin negociación real, solo confirmación.

—…Veinte plátanos machos —sentenció Orduña.

La frase no encajaba con nada visible en la escena, pero tampoco necesitaba encajar; en ese tipo de conversación, las palabras no describían, sustituían. Después, una bolsa negra cambió de manos con un gesto breve, casi rutinario, lo bastante rápido como para no parecer importante si alguien no sabía exactamente qué estaba mirando.

La grabación terminó con un clic seco, dejando tras de sí un silencio que resultaba mucho más elocuente que cualquiera de las palabras pronunciadas. Aquellas pocas frases no explicaban toda la historia, pero sí bastaban para confirmar algo mucho más inquietante: no estaba escuchando conversaciones aisladas, sino el funcionamiento cotidiano de una organización que hablaba de puertos, pagos y asesinatos con la misma naturalidad con la que otros hablan del partido de fútbol de anoche.

Leticia tragó saliva antes de abrir la carpeta de audios, como si el gesto fuera suficiente para cambiar el contenido de lo que iba a escuchar o, al menos, para retrasar unos segundos el impacto de lo que ya intuía. El primer archivo tardó apenas un instante en reproducirse y lo que apareció fue el ambiente difuso de un restaurante, el choque suave de copas, el roce de cubiertos sobre la porcelana y una música de fondo cuidadosamente seleccionada, demasiado elegante para la densidad real de la conversación que se desarrollaba por encima de todo eso.

No necesitó más de unos segundos para reconocer la voz de Orduña. Era la misma entonación controlada de siempre, pero despojada de cualquier contexto institucional, más cercana y más baja, como si la distancia formal no fuera necesaria en ese espacio concreto. Había otras voces alrededor, masculinas, relajadas, con el tono propio de quienes se sienten en terreno seguro, y entre ellas se filtraban frases que no encajaban del todo con el escenario, referencias veladas, nombres que no se pronunciaban completos y acuerdos que se insinuaban más de lo que se declaraban. Leticia se quedó inmóvil, escuchando sin intervenir, como si su cuerpo hubiera decidido que cualquier movimiento pudiera alterar el sentido de lo que estaba recibiendo.

La conversación no contenía confesiones directas ni declaraciones explícitas, pero sí algo más difícil de ignorar, una naturalidad compartida que no necesitaba explicaciones, como si todos los presentes entendieran perfectamente el marco en el que estaban hablando sin necesidad de nombrarlo. Y eso, precisamente eso, era lo que hacía que el audio resultara más inquietante que cualquier prueba evidente, porque no había tensión ni disimulo, solo continuidad.

Leticia mantuvo la mirada fija en la pantalla del portátil mientras la grabación seguía reproduciéndose, consciente de que cada segundo añadía una capa más a algo que ya no podía reducirse a sospecha, aunque todavía no tuviera una forma completamente definida.

—…¿Qué hacemos con Velasco?

Orduña soltó una risa baja.

—…Dejarle ir. No creo que hable, sabe lo que le conviene.

Se oyó el roce de varios papeles cambiando de manos. Después, el leve tintineo de un vaso de cristal al apoyarse sobre la mesa. Durante unos segundos nadie habló. Solo quedaron aquellos pequeños sonidos cotidianos que, lejos de restar importancia a la conversación, la hacían todavía más inquietante.

Entonces volvió la voz de Orduña, tranquila, casi aburrida, con el tono de quien lleva demasiado tiempo tomando decisiones de las que jamás tendrá que responder.

—…¿Y si habla?

Hubo un breve silencio.

—…Entonces acabará como Varela.

El audio terminaba ahí.

Apartó las manos del teclado, como si cualquier gesto brusco pudiera alterar el sentido de lo que acababa de descubrir o romper el frágil equilibrio de lo que todavía estaba intentando comprender. Pero lo hizo, entendió algo que le heló la sangre con una intensidad distinta a la de cualquier amenaza directa, algo más difícil de encajar porque no venía acompañado de violencia explícita ni de advertencias, sino de una normalidad sostenida durante demasiado tiempo. Nadie en aquellas grabaciones parecía esconderse realmente, nadie actuaba con la urgencia o el nerviosismo que ella habría esperado en algo clandestino; ni siquiera tenían miedo, y esa ausencia de tensión era, en sí misma, la prueba más inquietante de todas, porque cuando un sistema lleva demasiado tiempo funcionando, deja de comportarse como una conspiración y empieza a moverse como rutina, con la misma naturalidad con la que se repiten los gestos cotidianos que nadie cuestiona.

Abrió otro vídeo.

Esta vez tardó unos segundos en identificar lo que estaba viendo, no por falta de claridad en la imagen, sino por la dificultad de aceptar el punto de vista desde el que había sido grabada. La escena estaba captada desde una ventana alta, ligeramente inclinada hacia el aparcamiento del hostal, con un encuadre inestable que delataba una posición oculta o improvisada. Reconoció el neón rojo reflejado sobre los coches, la entrada lateral junto a

recepción, la disposición exacta del espacio que ya conocía demasiado bien. La cámara hizo un zoom lento, deliberado, hasta detenerse en Orduña saliendo de un coche oscuro.

Entonces el comisario levantó la vista en dirección hacia la ventana desde la que se estaba grabando y durante un instante insoportable, Leticia tuvo la sensación de que no estaba mirando la cámara, ni el edificio, ni siquiera el lugar concreto donde debía encontrarse el objetivo técnico de aquella grabación. La sensación fue mucho más precisa y más perturbadora: estaba mirando exactamente a la persona que había detrás de ella. Estaba mirando a Sergio Velasco. Y sabía que lo estaban filmando.

29

Leticia siguió revisando el cuaderno de Sergio durante más de una hora, avanzando página a página con una lentitud que no tenía que ver con la dificultad de leerlo, sino con la necesidad de comprender si aquello contenía algún orden oculto que todavía no había sido capaz de ver. No buscaba información nueva tanto como una estructura, una lógica subyacente que explicara por qué todo aquello había sido registrado de esa manera y no de otra, como si la forma en que estaban escritos los datos pudiera decir tanto como los propios datos.

Las hojas estaban llenas de fechas sueltas, matrículas incompletas, nombres fragmentados y frases escritas con una rapidez evidente, como si hubieran sido anotadas en mitad de llamadas interrumpidas o vigilancias prolongadas en las que no existía margen para detenerse a pensar ni para corregir lo ya escrito. En los márgenes aparecían flechas, subrayados irregulares y símbolos improvisados que parecían responder a una lógica interna que solo tenía sentido en el instante en que fueron trazados, pero que ahora, vistos en conjunto, no eran más que restos de un sistema que había empezado a deshacerse antes de llegar a completarse. No había orden evidente, pero tampoco caos puro, sino algo intermedio, más inquietante, como si el cuaderno no hubiera sido escrito para ser entendido de inmediato, sino para ser reconstruido más tarde por alguien que no estaba previsto que lo leyera.

Varias páginas se hallaban manchadas de café, otras mostraban esquinas dobladas o marcas de haber sido arrancadas y vueltas a encajar dentro del cuaderno, como si el propio Sergio hubiera intentado reconstruir información dispersa sin conseguir del todo cerrarla. No había una estructura clara, ni capítulos, ni jerarquía

evidente entre los datos, pero sí una insistencia repetida en ciertos nombres, ciertos lugares y ciertas fechas que volvían una y otra vez con pequeñas variaciones, como si la realidad estuviera siendo observada desde distintos ángulos sin llegar nunca a una conclusión definitiva. No parecía el cuaderno de alguien ordenado era más bien el cuaderno de alguien que había empezado a quedarse sin tiempo y que, aun así, había seguido escribiendo, como si dejar constancia fuera la única forma de evitar desaparecer dentro de lo que estaba investigando.

Llegó a una página arrancada, no limpia ni cuidadosamente retirada, sino arrancada con prisa, como si quien lo hizo no hubiera tenido el lujo del tiempo ni la posibilidad de pensar en las consecuencias de dejar ese hueco visible. Todavía quedaban pequeños fragmentos de papel enganchados al borde metálico de la espiral, fibras rotas que sobresalían hacia fuera como heridas secas, testimonio físico de una decisión tomada en un estado de urgencia difícil de reconstruir. Leticia pasó el dedo lentamente por el hueco vacío, sintiendo la irregularidad del corte, como si el vacío mismo tuviera textura. En la página siguiente, escrita con bolígrafo negro y una presión demasiado fuerte sobre el papel, como si la mano hubiera apretado más de lo necesario para asegurarse de que no se borrara nada, solo había un nombre.

MARIO VEGA —OBSERVADO

Nada más. No había explicaciones, ni contexto, ni ninguna otra anotación que ayudara a encajar aquella línea dentro del resto del cuaderno. El corte de la página no solo había eliminado información, sino la continuidad misma de lo que pudiera haberla explicado, como si alguien hubiera decidido que lo único que debía sobrevivir era la conclusión, no el camino que llevaba hasta ella. El resto desaparecía justo donde la hoja había sido arrancada, dejando un vacío que no era solo físico, sino narrativo, como si la historia hubiera sido interrumpida en el punto exacto en el que empezaba a volverse demasiado clara.

Sintió un pinchazo seco recorrerle la espalda, no tanto como una reacción física inmediata sino como una certeza que iba encajando en capas sucesivas, demasiado despacio para poder detenerla. El

policía muerto había intentado escribir algo más sobre Mario Vega, algo que no había llegado a completarse ni a ordenarse, y esa interrupción no parecía casual, sino parte del mismo patrón que empezaba a repetirse en todo lo que tocaba aquella investigación. Tal vez no le dio tiempo, o tal vez lo que descubrió fue suficiente para obligarle a esconderlo todo en aquella habitación treinta y cuatro, como si el lugar pudiera funcionar como un último contenedor de lo que no debía salir a la superficie.

Se levantó de la silla casi sin darse cuenta del momento exacto en que tomó la decisión y empezó a buscar información en el portátil con una urgencia silenciosa, sin movimientos bruscos, pero con una concentración que desplazaba cualquier otra cosa del entorno. El nombre tardó poco en aparecer. Mario Vega, era un periodista *freelance*, especializado años atrás en corrupción policial y narcotráfico, con una trayectoria que en su momento había tenido cierta visibilidad antes de desvanecerse de forma progresiva, primero en forma de ausencia de publicaciones, luego con artículos eliminados de archivos digitales, después con referencias contradictorias sobre su vida personal, un supuesto problema de alcohol, varias denuncias archivadas sin mayor seguimiento y, finalmente, una desaparición mediática casi completa, como si nunca hubiera tenido un lugar estable en el sistema informativo.

No era un borrado inmediato ni evidente, sino algo más sutil, una forma de eliminación por desgaste, en la que la información dejaba de estar disponible sin necesidad de ser destruida de forma directa, simplemente dejando de ser mantenida. Encontró una dirección antigua en un foro olvidado vinculado a periodistas independientes, un edificio en la periferia, cerca de una vieja zona industrial prácticamente abandonada, donde las referencias eran escasas y los comentarios todavía más antiguos que los propios hilos en los que aparecían.

Miró el reloj sin llegar a fijarse realmente en la hora, como si el gesto fuera más una forma de comprobar que el tiempo seguía existiendo que una necesidad práctica. No sabía si llegaba tarde, ni siquiera si ese concepto seguía teniendo sentido en aquel punto de la investigación, pero estaba segura de algo mucho peor, algo que ya

no funcionaba como una sospecha ni como una intuición aislada, sino como una consecuencia lógica de todo lo anterior, una pieza que encajaba con demasiada precisión en un conjunto que ya no permitía interpretaciones benignas.

30

A las seis de la tarde, condujo atravesando calles cada vez más vacías, como si la ciudad hubiera empezado a perder densidad a medida que se alejaba del centro y se acercaba a una periferia que ya no se esforzaba en disimular su abandono, donde las naves industriales cerradas y los talleres sin actividad formaban un paisaje detenido en un punto anterior al presente, sostenido solo por la inercia de lo que un día funcionó. Las farolas intermitentes y los edificios con ventanas oscuras no transmitían únicamente la ausencia de luz, sino una ausencia más amplia, casi estructural, como si la vida hubiera dejado de pasar por allí hacía tiempo sin necesidad de una explicación concreta.

Un coche negro apareció en el retrovisor en dos ocasiones durante el trayecto, o quizá fue el mismo en distintos puntos del recorrido, porque ya no estaba segura de nada con la precisión que antes le resultaba natural, y esa pérdida de certeza no era un detalle menor, sino un desplazamiento interno más profundo, porque la línea entre lo que estaba ocurriendo y lo que su mente empezaba a anticipar se volvía cada vez más delgada, hasta el punto de que ambas cosas comenzaban a superponerse sin dejar claro dónde terminaba una y empezaba la otra. En ese territorio intermedio, la paranoia dejaba de comportarse como un error de percepción y empezaba a parecer una forma alternativa de lectura de la realidad, igual de válida en apariencia, pero mucho más difícil de desmontar una vez aceptada. Volvió a mirar por el retrovisor, el coche ya no continuaba detrás de ella.

Cuando llegó al edificio, sí vio al coche negro, ese que tanto delirio la había causado. Se hallaba estacionado frente a la entrada, inmóvil, con una presencia que no parecía fruto de la casualidad sino de una decisión previa, como si su ubicación formara parte de una

secuencia que ya estaba en marcha antes de que ella llegara. El corazón le dio un golpe único, seco, que no se repitió de inmediato, pero que dejó una tensión fija en el pecho, más persistente que el propio sobresalto, como si el cuerpo hubiera entendido antes que la mente lo que aquello implicaba. Apagó el motor sin apartar la vista del coche, observando detalles que no quería interpretar del todo, como la ausencia de movimiento o la forma en que el entorno parecía aceptar su presencia sin sorpresa, sin resistencia, casi con normalidad.

No había nadie dentro sin embargo, el capó todavía estaba caliente, lo suficiente como para confirmar que no era una escena abandonada ni un rastro residual, sino algo reciente, aún en desarrollo, como si el momento exacto en que ella llegaba hubiera sido calculado con una precisión incómoda.

Subió las escaleras deprisa, intentando no hacer ruido, apoyando el peso del cuerpo con cuidado en cada peldaño como si el propio edificio pudiera delatarla, como si la madera, el aire o incluso la luz del pasillo fueran capaces de traducir su presencia en una advertencia audible para quien estuviera arriba. Cada paso era medido, no por prudencia consciente, sino por una tensión que le obligaba a reducirse a lo mínimo posible, a ocupar menos espacio del necesario, a convertirse casi en una interrupción contenida dentro de un lugar que no parecía dispuesto a admitir intrusiones.

En el tercer piso encontró la puerta entreabierta, una apertura mínima que no parecía accidente, sino interrupción, como si alguien hubiera detenido el cierre en el último instante sin llegar a decidir si quería ocultar lo que había dentro o dejarlo expuesto. Observó el interior con cuidado, sin entrar del todo, dejando que la vista se acostumbrara antes de aceptar lo que ya estaba ahí. El despacho de Mario Vega se abría en una composición desordenada que contrastaba de forma casi violenta con el control que Leticia había visto en otros lugares del mismo mundo, como si aquel espacio hubiera dejado de obedecer a cualquier lógica que no fuera la del momento exacto en que había sido abandonado.

Una silla se encontraba volcada, no de forma violenta sino incompleta, como si el movimiento hubiera sido interrumpido antes

de terminar de explicarse. Sobre la mesa había papeles desplazados, un vaso caído y una luz encendida que no iluminaba tanto como delataba, proyectando sombras demasiado suaves para lo que sugerían. Leticia tardó un segundo en comprender lo que estaba viendo, no porque no fuera evidente, sino porque su mente se resistía a completar la imagen con la consecuencia lógica que implicaba, como si ponerle nombre la hiciera más real de lo que estaba dispuesta a aceptar en ese instante.

Mario estaba allí, tendido sobre el escritorio en una posición antinatural, con la misma ausencia de vida que aquellos que figuraban en la lista. No había dramatismo, ni teatralidad, ni nada que se pareciera a una construcción pensada para ser encontrada, solo la consecuencia de una decisión ya ejecutada y dejada atrás sin intención de ser explicada. Y en esa ausencia de explicación, en ese vacío sin relato, estaba precisamente lo más inquietante, porque no había nada que interpretar más allá de lo que ya era imposible no ver.

Fue entonces cuando escuchó, un golpe seco seguido de movimiento, y después una voz masculina que rompía el silencio con una claridad inquietante.

—Registrad todo.

Leticia se quedó inmóvil. No fue una reacción consciente, sino una suspensión completa del cuerpo, como si el tiempo hubiera decidido dejar de avanzar un instante. Otra voz respondió desde dentro, más tranquila, más técnica, sin urgencia aparente.

—Aquí no hay nada.

No reconoció aquella voz, pero no le hizo falta ningún esfuerzo para identificar su origen, porque la forma en que sonaba —la calma, la ausencia de matices, la seguridad implícita— encajaba demasiado bien con todo lo que ya había asociado a los hombres de Orduña. No era una cuestión de reconocimiento directo, sino de patrón, de esa repetición silenciosa que ya empezaba a formar parte de su manera de entender lo que estaba ocurriendo, como si ciertas voces no pertenecieran a personas concretas sino a un mismo sistema que se expresaba a través de distintos cuerpos. Y en ese sistema, ella ya sabía qué papel le estaba siendo asignado.

El aire del pasillo pareció retirarse un poco, como si el propio espacio hubiera cambiado de presión en el instante en que ella lo comprendió, dejando una sensación de vacío leve pero constante, difícil de identificar con precisión pero imposible de ignorar. Leticia dio un paso atrás, midiendo el sonido de la madera bajo sus pies con una atención casi obsesiva, intentando reducir su presencia a lo mínimo posible, como si la discreción pudiera todavía alterar el curso de algo que ya estaba en marcha o, al menos, retrasarlo lo suficiente como para encontrar una salida que no dependiera de la improvisación.

Pero ya era tarde.

La puerta terminó de abrirse del todo con una lentitud que no parecía accidental, y uno de los hombres apareció en el umbral, deteniéndose apenas un segundo antes de fijar la mirada directamente en ella, con una claridad que no dejaba margen para interpretaciones ni para fingir que aquello era un encuentro fortuito.

31

Cuando el hombre la miró, Leticia comprendió al instante que ya era demasiado tarde para improvisar. No fue una idea elaborada, sino una certeza física que le recorrió el cuerpo antes incluso de convertirse en pensamiento. Sintió cómo el estómago se le contraía y la adrenalina desplazaba cualquier intento de razonar. No gritó, ni perdió un solo segundo buscando una alternativa mejor. Sabía que, en situaciones así, pensar demasiado solo servía para quedarse inmóvil. Dio un paso atrás por puro instinto y, al siguiente, echó a correr con todas sus fuerzas.

El movimiento dentro del piso comenzó casi al mismo tiempo que ella alcanzaba las escaleras, como si la reacción hubiera estado contenida apenas un segundo y se hubiera liberado en cuanto su presencia dejó de estar inmóvil. Escuchó pasos rápidos, una puerta golpeando la pared con un impacto seco y voces apagadas que se mezclaban con el eco húmedo del edificio, fragmentos de órdenes o llamadas que no llegaban a definirse del todo. Bajó deprisa, agarrándose al pasamano para no perder el equilibrio, sintiendo cómo el contacto con el metal frío le ayudaba a mantener una dirección que ya no dependía de la calma sino del impulso.

En aquel instante, el lugar parecía distinto, más estrecho, más inclinado, como si el propio edificio hubiera cambiado de geometría en función de lo que estaba ocurriendo dentro, cerrándose alrededor de ella con una lógica que no era visible pero sí perceptible en la forma en que cada tramo de escalera parecía más corto y más urgente. Su respiración sonaba demasiado fuerte en el hueco de las escaleras, amplificada por la estructura vacía de aquel edificio, convirtiéndose en un elemento más del ruido general, imposible de ocultar. No miró atrás. Sabía que si lo hacía perdería velocidad o algo peor, perdería el control que aún le quedaba sobre el movimiento.

Saltó los últimos escalones a punto de perder el equilibrio y empujó la puerta del portal con toda la fuerza de su cuerpo. La hoja metálica se abrió de golpe, golpeando el tope con un estruendo que resonó en la calle. El aire frío de las siete de la tarde, la recibió de lleno mientras cruzaba el umbral, sin disminuir la velocidad. Siguió corriendo, impulsada por la certeza de que, si se detenía un solo instante, aquellos hombres la alcanzarían. Cada zancada era un acto de pura supervivencia, un intento desesperado por poner unos metros de distancia entre ella y el peligro que acababa de dejar al otro lado de la puerta.

Durante un segundo absurdo creyó que había escapado, no porque hubiera ninguna prueba real de ello, sino porque el cuerpo, tras la tensión inmediata, tendía siempre a buscar una explicación tranquilizadora antes de aceptar lo evidente. El exterior seguía igual que unos segundos antes, con la calle vacía, los coches inmóviles y el ruido lejano del tráfico industrial filtrándose desde las naves abandonadas como un eco constante que no pertenecía del todo a ese lugar. La sensación dominante fue la de continuidad, necesitaba llegar al coche, encenderlo y desaparecer antes de que todo terminara de cerrarse a su alrededor. Entonces alguien la agarró del brazo, con un gesto fuerte, seco y preciso, no impulsivo ni incierto, sino ejecutado con una seguridad que no dejaba espacio a la resistencia ni a la duda.

El tirón la hizo chocar contra el lateral del coche negro antes incluso de que pudiera reaccionar, con un impacto seco que le expulsó el aire de los pulmones y la dejó un instante sin referencia clara de su propio cuerpo. Sintió una presión dura bajo las costillas, firme y controlada, escondida bajo una chaqueta oscura, y no necesitó verla para entender lo que era, porque ese tipo de contacto no admitía dudas ni interpretaciones alternativas. La inmovilizaron con una facilidad aterradora, no por la violencia del gesto, sino por su eficiencia, sin golpes innecesarios, sin rabia, sin desorden, como si aquello no fuera un secuestro improvisado sino un procedimiento repetido demasiadas veces, ejecutado con la naturalidad de quien ya conoce exactamente cuánto esfuerzo es suficiente para que la resistencia deje de ser relevante.

—Ni se te ocurra gritar, —dijo el hombre cincuentón—. Eres muy escurridiza, ¿sabes?

La voz sonó tranquila, casi cansada, como si la situación no exigiera más energía de la necesaria para ser ejecutada correctamente, y precisamente eso le resultó más inquietante que la presión constante del arma contra sus costillas. Intentó soltarse por puro reflejo, un impulso breve y desordenado que no llegó a convertirse en acción real sin embargo, ya estaban abriendo la puerta trasera del coche y el movimiento del entorno se reorganizó alrededor de ella con una rapidez mecánica.

La empujaron dentro sin brusquedad innecesaria y la puerta se cerró con un sonido seco que no solo la aisló del exterior, sino que cortó cualquier posibilidad de lectura del entorno. Uno de los hombres se sentó a su lado con naturalidad, como si aquel espacio le perteneciera, mientras el otro arrancaba el motor sin girarse siquiera para mirarla.

Nadie pronunció palabra. El silencio no era ausencia de sonido, sino una forma deliberada de control, una herramienta más dentro de un sistema que no necesitaba explicarse para funcionar.

La ciudad comenzó a deslizarse detrás de las ventanas tintadas mientras Leticia intentaba ordenar la respiración, no tanto para calmarse como para recuperar algún tipo de control mínimo sobre lo que estaba ocurriendo dentro del coche. Miraba hacia fuera buscando referencias, intentando memorizar el trayecto igual que había hecho otras veces, aferrándose a cualquier elemento reconocible que pudiera servirle más adelante, pero todo empezó a mezclarse demasiado deprisa como para sostener un mapa mental coherente. Semáforos vacíos, túneles iluminados por fluorescentes famélicos, gasolineras cerradas y calles cada vez más silenciosas se sucedían sin lógica aparente, mientras las luces cruzaban el cristal como reflejos deformes que desaparecían antes de llegar a convertirse en algo reconocible.

Los hombres seguían callados. No había amenazas, ni órdenes, ni frases destinadas a imponer miedo de forma directa. Tampoco había insultos, ni advertencias, ni siquiera señales de tensión en sus cuerpos. Aquello era lo verdaderamente insoportable, porque el

silencio no funcionaba como ausencia de intención, sino como confirmación de que todo lo importante ya estaba decidido. No la trataban como a alguien peligroso. La trataban como a alguien esperado.

Leticia tragó saliva y notó cómo el miedo empezaba a transformarse en otra cosa más fría, más lúcida, menos caótica, como si la mente hubiera decidido dejar de reaccionar y empezara a analizar por pura supervivencia. Entendió entonces que aquello no había comenzado en el edificio de Mario Vega, ni siquiera en el momento en que entró en el piso o en el instante en que vio el coche negro aparcado en la calle. Probablemente había empezado mucho antes, en una secuencia más antigua y menos visible. Comenzaba a arrepentirse de aquel encuentro en el metro con Sergio Velasco.

—¿A dónde me lleváis? ¿Vais a matarme?

La pregunta salió sin fuerza, no como desafío ni como súplica clara, sino como un intento de medir el grado de realidad de lo que estaba ocurriendo. Nadie respondió.

El coche siguió avanzando durante varios minutos más, dejando atrás la zona industrial y entrando poco a poco en áreas distintas de la ciudad, donde el asfalto parecía más limpio y el silencio más caro, como si cada metro recorrido implicara un cambio de categoría invisible. Las calles comenzaron a ensancharse, las farolas aparecían más separadas entre sí, y los muros altos ocultaban jardines imposibles de ver desde fuera, mientras cámaras de seguridad discretas sobresalían entre árboles perfectamente podados, no como elementos de vigilancia evidente, sino como parte natural del paisaje.

32

Cuando el coche finalmente se detuvo, no había ciudad alrededor, ni luces lejanas, ni el rumor constante del tráfico. Solo un espacio suspendido entre la oscuridad y el silencio, presidido por una construcción aislada que parecía existir al margen de cualquier mapa útil, como si hubiera sido elegida precisamente por su capacidad para desaparecer del mundo sin dejar de formar parte de él. La hicieron entrar sin violencia innecesaria.

Dentro no había lujo. Solo funcionalidad. La estancia era amplia, despojada de cualquier elemento decorativo que permitiera adivinar quién la utilizaba, demasiado limpia para haber sido improvisada y demasiado vacía para resultar casual. Todo parecía dispuesto con un propósito exclusivamente práctico, como si aquel lugar hubiera sido concebido para conversaciones que no debían dejar rastro y decisiones que no necesitaban testigos. La iluminación era uniforme, sin rincones en sombra, sin embargo, tenía una cualidad distinta, era como si las paredes estuvieran construidas para impedir que el mundo exterior existiera.

Orduña la esperaba al fondo de la sala, sentado y con una serenidad que no transmitía paciencia, sino costumbre. Ocupaba aquel lugar con la naturalidad de quien llevaba demasiado tiempo haciéndolo, como si la habitación hubiera sido diseñada alrededor de su presencia y no al contrario. No se levantó cuando ella entró, ni mostró sorpresa o impaciencia. Simplemente la observó, con una expresión serena e inescrutable, como si aquel encuentro no fuera el comienzo de una conversación, sino el último paso de un proceso que llevaba mucho tiempo desarrollándose.

—Mi madre me decía que las mentiras tienen las patas muy cortas y usted, señorita Santos, me ha pateado en la cara. No había nada en la habitación treinta y cuatro.

Leticia permaneció de pie, sin responder de inmediato. No era el miedo lo que la mantenía inmóvil, sino la sensación de que cualquier palabra pronunciada demasiado pronto jugaría a favor de él. Había algo en la forma en que Orduña la observaba que no pertenecía a la urgencia de la situación, sino a la serenidad de quien ya había descontado todas las variables posibles y conocía el resultado antes de iniciar la conversación. No la estudiaba para averiguar quién era, sino para confirmar que había llegado exactamente donde él esperaba.

Orduña hizo un gesto leve con la mano, casi elegante, más cercano al movimiento de quien ordena una idea que al de quien da una instrucción. Sus hombres permanecieron inmóviles, sin necesidad de recibir órdenes explícitas, como si aquella quietud formara parte de un protocolo aprendido hacía mucho tiempo.

—No voy a hacerle perder el tiempo —continuó—. Usted tiene algo que nos pertenece, y queremos recuperarlo.

La frase quedó suspendida en el aire con una precisión incómoda. No sonó a amenaza ni a negociación, sino a la exposición serena de un intercambio cuya existencia Orduña daba por incuestionable. Leticia sintió un leve nudo en el estómago.

—No merecéis llevar esa placa. ¿Qué fue de aquello de proteger al ciudadano?

Orduña sonrió apenas.

—Protegiendo al ciudadano solo consigues comer pan con mantequilla. Yo, en cambio, ahora como langosta, señorita Santos. Y créame... sabe muchísimo mejor.

Leticia no mencionó palabra.

—Me cae bien, se parece a mí cuando era joven, lista, tenaz y luchaba por sus ideales, por eso le doy veinticuatro horas —continuó Orduña—. Ni más, ni menos. Entregue todo lo que ha recogido sobre este asunto y esto se termina aquí para usted.

Leticia sostuvo su mirada.

—¿Y si no lo hago?

Por primera vez, Orduña sonrió sin amabilidad.

—Entonces dejará de ser un problema administrativo.

La frase no tuvo volumen puesto que no lo necesitaba.

—También puedo ir a Asuntos Internos, y joderles su tren de vida.

Orduña se levantó pero no lo hizo como una amenaza, sino como una conclusión.

—Creo que aún no les han presentado. Luisito, ven.

El hombre cincuentón dio un paso al frente.

—Leticia Santos, le presento a Luis Sanz, inspector de Asuntos Internos.

—Encantado —dijo el hombre cincuentón con una leve inclinación de cabeza.

Leticia quedó pálida.

—Ahora entiende por qué vamos siempre un paso por delante, señorita Santos. Le aconsejo que no confunda la libertad con la oportunidad —añadió—. A veces solo son formas distintas de estar bajo control.

Hizo una pausa breve, suficiente para que el peso de sus palabras se asentara.

—Tiene veinticuatro horas para que las pruebas que tiene contra nosotros, esté encima de mi mesa. No es una negociación, es un margen.

Sin añadir nada más, Orduña dio por terminada la conversación con la misma naturalidad con la que habría cerrado una reunión con narcotraficantes. No esperó una respuesta, ni una promesa, ni una muestra de comprensión. Había hablado convencido de que no necesitaba confirmar nada, porque la verdadera decisión ya no estaba entre aquellas paredes, sino en la mente de Leticia.

Los hombres se acercaron a ella sin brusquedad y la condujeron de nuevo hasta el coche negro. Nadie la sujetó con fuerza esta vez. No hacía falta. La certeza de que podía volver a desaparecer en cualquier momento resultaba mucho más eficaz que cualquier amenaza explícita. La puerta se cerró a su espalda y el coche abandonó la finca con la misma calma con la que había llegado.

El trayecto de vuelta no fue más corto, pero sí más silencioso. Leticia volvió a intentar orientarse, contar los minutos, recordar curvas y cruces, aunque sabía que el esfuerzo era inútil. Las ventanas tintadas seguían convirtiendo el exterior en una sucesión de sombras y reflejos sin continuidad, como si el mundo hubiera

aceptado provisionalmente el acuerdo que acababa de sellarse sin necesidad de comprenderlo.

Cuando el coche negro se detuvo en el mismo lugar donde la habían recogido, uno de los hombres abrió la puerta sin decir una sola palabra. Leticia descendió despacio, todavía tratando de asimilar que seguía viva. Permaneció inmóvil unos segundos mientras la puerta volvía a cerrarse detrás de ella.

Nadie se despidió.

Solo escuchó el motor cobrando vida otra vez y, un instante después, el sonido del coche alejándose sin prisa, con la serenidad de quien sabe que ya no necesita perseguir a nadie porque la siguiente decisión le corresponde a la otra parte. Quedó sola en la calle, con el aire gélido de las diez de la noche pegándose a la ropa y una certeza cada vez más difícil de ignorar: Orduña no la había dejado marchar. Simplemente le había concedido tiempo.

33

Leticia no tenía un destino claro cuando la dejaron marchar. Ni siquiera recordaba con precisión cómo había llegado hasta el coche. Lo único que sabía era que necesitaba poner distancia entre ella y aquel lugar, dejar de escuchar el eco de la conversación con Orduña repitiéndose una y otra vez dentro de su cabeza.

Se puso al volante y condujo sin rumbo durante varios minutos, evitando las carreteras principales por puro instinto. Las luces de los semáforos aparecían y desaparecían detrás del parabrisas mientras avanzaba sin rumbo por calles cada vez más vacías, incapaz de concentrarse en ninguna dirección concreta. La tormenta había dado una tregua hacía un rato, pero el asfalto seguía brillando bajo la luz gris como una superficie negra y resbaladiza. Cada semáforo, cada cruce y cada edificio parecían formar parte de un paisaje distante que observaba sin llegar a procesar del todo. Intentó ordenar las piezas; Velasco, la lista, la fiscal… La caja escondida bajo el suelo de la habitación treinta y cuatro... Todo terminaba conduciendo al mismo lugar y, sin embargo, seguía sin comprender cuál era la forma completa del problema que tenía delante. Era como observar únicamente fragmentos de una fotografía demasiado grande.

Cuando vio el bar al final de una calle secundaria, no lo pensó tan solo giró el volante y aparcó. El local ocupaba la planta baja de un edificio antiguo y parecía resistirse al paso del tiempo con la misma obstinación que sus clientes. Un cartel luminoso medio fundido parpadeaba sobre la entrada y detrás de los cristales empañados se distinguían siluetas inmóviles bajo una luz amarillenta. No era un lugar elegante ni especialmente acogedor. Precisamente por eso le gustó. Apagó el motor y permaneció unos segundos dentro del coche observando el establecimiento. Por primera vez en horas no tenía a nadie vigilándola directamente, ni preguntas que responder,

ni amenazas veladas pronunciadas con una sonrisa. Solo cansancio. Un cansancio profundo que parecía haberse instalado detrás de los ojos. Finalmente salió del vehículo y cruzó la calle. Cuando abrió la puerta del bar, una mezcla de calor, olor a ginebra impregnada en la madera y el sudor de las almas cautivas por un vaso con hielo, le dieron una amarga bienvenida.

El murmullo apagado de varias conversaciones dispersas y el sonido lejano de una máquina recreativa funcionando en algún rincón resultaron extrañamente reconfortantes. Durante unos segundos tuvo la absurda sensación de haber regresado a un lugar normal, a una jornada cualquiera en una ciudad cualquiera. El tintinear de los vasos, el camarero secando copas detrás de la barra y un partido de fútbol emitiéndose en silencio por el televisor componían una escena cotidiana que, apenas unos días antes, habría pasado completamente desapercibida. Pero ahora sabía que aquella normalidad era solo una apariencia. Había quedado atrás mucho antes de cruzar la puerta del bar. Ahora era ella quien había cambiado.

El bar estaba medio lleno, aunque nadie parecía estar realmente allí. Las conversaciones flotaban sin peso entre vasos sucios y luces amarillas demasiado bajas, como si el lugar existiera a medias, sostenido por la costumbre más que por la vida. Un televisor colgado sobre la barra emitía un partido sin sonido, mientras una máquina recreativa parpadeaba al fondo con la insistencia mecánica de algo que llevaba años funcionando para nadie. Leticia entró sin detenerse a observar demasiado. No buscaba a nadie en concreto y aquello era lo que más la inquietaba. Cuando no sabes qué estás buscando, cualquier rostro puede parecer familiar, cualquier gesto puede adquirir un significado inesperado y cualquier desconocido puede convertirse de un instante a otro, en la persona que ha venido a encontrarte.

Se sentó en la barra sin elegir realmente un sitio, dejándose caer sobre el primer taburete libre que encontró. El asiento conservaba una tibieza extraña, mezclada con el frío del cuero desgastado por los años y por las decenas de personas que habían pasado por allí antes que ella, como si todavía guardara algo de quienes se habían

sentado a esperar, olvidar o simplemente sobrevivir unas horas más. El camarero levantó la vista apenas un segundo cuando la vio acercarse. No hubo sorpresa ni curiosidad en sus ojos, solo la indiferencia profesional de quien lleva demasiado tiempo viendo rostros cansados entrar por esa puerta. Leticia dudó unos instantes antes de pedir. Nunca bebía, ni siquiera le gustaba el alcohol, pero después de la conversación con Orduña, sentía la necesidad de anestesiar algo, aunque no supiera exactamente qué; tal vez el miedo, o tal vez la rabia. Quizá la sensación cada vez más intensa de que estaba perdiendo el control de una historia que ya había empezado mucho antes de que ella apareciera en ella.

—Whisky —dijo finalmente.

La palabra sonó extraña incluso para ella.

—O lo que tenga más fuerte.

El camarero asintió sin hacer preguntas y se alejó hacia las botellas. Mientras esperaba, apoyó los codos sobre la barra y observó su reflejo deformado en el espejo que cubría la pared del fondo. Las luces amarillentas del local distorsionaban con ligereza la imagen y durante unos segundos tuvo la sensación de no estar mirándose a sí misma, sino a una desconocida. No era una cuestión de aspecto debido a que seguía viendo las mismas ojeras, el mismo cabello húmedo y el mismo cansancio acumulado alrededor de los ojos. Era algo más profundo, algo que no terminaba de encajar, como si durante aquellos últimos días hubiera dejado atrás una parte de sí misma en algún punto del camino y todavía no supiera exactamente dónde; tal vez en aquel andén de metro cubierto de sangre, en la puerta del despacho de la fiscal, o frente al escritorio de Orduña.

Aquella desconocida del espejo siguió observándola desde el otro lado mientras el murmullo del bar se mezclaba con el tintinear lejano de los vasos. Por primera vez desde que todo había comenzado, no estaba pensando en la siguiente pista ni en la siguiente persona de la lista. Solo sentía un agotamiento profundo, de esos que no se acumulan en el cuerpo sino en algún lugar más difícil de alcanzar. Un cansancio que nacía de comprender que el mundo podía ser mucho

más oscuro de lo que había imaginado y que, una vez visto de cerca, ya no existía forma de volver a mirarlo igual.

El vaso llegó sin ceremonia, como si el camarero lo hubiera dejado allí sin darle más importancia que a cualquier otro pedido de la noche. El líquido ámbar reposaba en el cristal con una calma engañosa, sencillo, casi vulgar en su presentación, y sin adornos ni pretensiones, como si no pudiera anticipar en absoluto lo que provocaría al cruzar los límites del cuerpo. Leticia lo observó durante unos segundos antes de tocarlo, con una duda breve pero real, de esas que nacen más del instinto que del pensamiento, como si todavía existiera la posibilidad de apartarse de todo aquello y volver a una versión anterior de la noche.

Finalmente lo levantó y bebió. El golpe fue seco y directo, sin ninguna concesión a la suavidad, y le recorrió la garganta con una intensidad que la obligó a cerrar los ojos un instante, no por dolor, sino por la sensación de impacto, como si hubiera atravesado una frontera que hasta entonces había evitado. El calor se extendió después de forma lenta, casi contradictoria, primero como una quemadura y luego como una especie de vacío tibio que le aflojó ligeramente la tensión acumulada en el pecho. No tosió ni hizo ningún gesto exagerado, no había necesidad de dramatizar algo que ya era suficientemente real por sí mismo. Solo dejó el vaso sobre la barra, respiró hondo y se quedó quieta unos segundos, como si acabara de cruzar una puerta invisible que no sabía a dónde la iba a conducir, pero de la que ya era imposible regresar.

34

Pasada media hora, el bar seguía igual, inmune a todo lo que ocurría fuera de sus paredes, como si el mundo se hubiera quedado suspendido en un punto distinto de la realidad. Nadie la miraba de forma prolongada, nadie parecía prestar atención a su presencia más allá de la cortesía mínima de compartir un espacio cerrado. Nadie preguntaba nada. En otro momento, esa indiferencia le habría parecido lo normal, incluso reconfortante, pero ahora le resultaba extraña, casi sospechosa, como si el hecho de no ser observada fuera en realidad una forma más sutil de estar siendo observada.

Volvió a beber, esta vez más despacio, dejando que el líquido descendiera sin resistencia mientras apoyaba el vaso de nuevo sobre la barra con una suavidad casi automática. El segundo trago no le quemó igual que el primero, el cuerpo empezaba a reconocer el impacto y a amortiguarlo, pero tampoco trajo alivio. No había calma en esa sensación, solo un desplazamiento, como si el ruido constante que llevaba dentro de la cabeza no desapareciera sino que fuera empujado un poco más atrás, a una zona menos accesible, como si alguien lo hubiera encerrado en una habitación mal cerrada cuya puerta seguía vibrando con cada pensamiento.

Comenzó a llorar en silencio, sin que el gesto alterara apenas su postura ni interrumpiera la forma en la que sostenía el vaso, como si las lágrimas no fueran un acto consciente sino una fuga inevitable de algo que llevaba demasiado tiempo acumulado dentro. El alcohol seguía ahí, mezclado con el calor del cuerpo y con el cansancio, pero ahora compartía espacio con ese derrumbe silencioso que no necesitaba permiso para aparecer. No se limpió la cara, no intentó contenerse, dejó que ocurriera, con una especie de resignación apagada, como si en ese punto ya no hubiera energía suficiente ni siquiera para resistirse a sí misma.

El camarero, al otro lado de la barra, no reaccionó. Siguió con su rutina sin cambiar el ritmo, recogiendo vasos, limpiando superficies, moviéndose entre botellas con la misma precisión mecánica de siempre, como si nada de lo que pasara frente a él tuviera la capacidad de alterar el funcionamiento del local. Había aprendido hacía tiempo a no mirar demasiado de cerca a quienes se rompían en su presencia, a reconocer el momento exacto en el que la empatía dejaba de ser útil en un lugar así. En ese bar todo el mundo acababa igual en algún momento, sentado en la misma posición, con la mirada perdida o demasiado fija en algún punto indefinido, con el alcohol enfriándoles por dentro mucho antes de que el hielo terminara de diluirse en el vaso.

Fue entonces cuando lo notó. No supo en qué momento exacto había empezado a observarla, pero en algún punto entre el segundo y el tercer trago había un hombre en la esquina que ya no hablaba con nadie ni fingía hacerlo. Tenía un vaso intacto delante, sin marcas de haberlo tocado, y el cuerpo ligeramente girado hacia ella, como si hubiera abandonado cualquier interés por lo que ocurría a su alrededor para concentrarse únicamente en ese punto concreto del bar donde ella estaba sentada. Cuando Leticia levantó la vista un instante, él no apartó la mirada, pero tampoco la sostuvo con descaro ni con esa agresividad torpe de quien busca intimidar. Era algo más inquietante, una atención neutra, medida, casi paciente, como si no tuviera ninguna prisa en ser descubierto y supiera que, tarde o temprano, eso no importaría.

Bajó los ojos al vaso otra vez, sintiendo cómo el alcohol dejaba de ser un refugio para convertirse en un objeto más dentro de la escena, tan inútil como el resto del entorno. Se dijo que no era nada, que en un bar como aquel la paranoia era solo otra forma de cansancio, otra consecuencia de demasiadas horas sin dormir y demasiadas palabras peligrosas escuchadas en el momento equivocado. Pero el ruido dentro de su cabeza, que había empezado a ordenarse apenas unos minutos antes, volvió a descomponerse en fragmentos más pequeños, más rápidos, incapaces de encajar entre sí, como si la simple existencia de aquella mirada hubiera reabierto

todas las puertas que había intentado cerrar a base de whisky y silencio.

Una vez que consiguió recuperar un mínimo de calma, intentó ordenar lo que había pasado, como si ponerlo en secuencia pudiera devolverle algún tipo de control sobre lo que claramente ya se le escapaba entre las manos. El hostal, el coche negro, la caja escondida bajo el suelo, el comisario en aquella casa que no parecía de nadie y, antes de todo eso, la sensación constante de estar siendo empujada de un punto a otro sin margen real de elección. Cada imagen aparecía en su mente con una nitidez incómoda, demasiado limpia, como si su memoria hubiera dejado de filtrar lo importante de lo irrelevante y hubiera decidido, sin avisar, que todo tenía el mismo peso, la misma densidad, la misma capacidad de hacer daño.

No había jerarquía entre los recuerdos, no había un elemento más seguro que otro al que agarrarse para reconstruir una lógica. Todo era amenaza, incluso lo que en otro contexto habría sido neutral o simplemente cotidiano, y esa igualdad forzada convertía cada pieza en algo difícil de sostener sin sentir que podía romperse por dentro. Leticia se dio cuenta entonces de que estaba apretando el vaso con demasiada fuerza, hasta el punto de notar la tensión en los nudillos y el borde del cristal clavándosele ligeramente en la piel, y aflojó los dedos lentamente, casi con cuidado, como si soltarlo fuera la única acción verdaderamente controlable que le quedaba en ese momento.

A su lado, dos hombres hablaban en voz baja, apoyados en la barra como si el bar fuera solo una prolongación más de la calle, un lugar de paso donde las conversaciones no tenían mayor importancia que el ruido de fondo. Uno de ellos reía sin ganas, una risa breve, casi automática, que no llegaba a transformarse en alivio, mientras el otro mantenía la mirada fija en el móvil con la atención dispersa de quien espera una llamada que no va a llegar nunca, pero que aun así se niega a dejar de esperar. Eran fragmentos de vida normal, sucios, cotidianos, pequeños gestos sin trascendencia que, en otro momento, habrían pasado desapercibidos, pero que ahora le

resultaban casi ajenos, como si pertenecieran a una realidad distinta a la suya.

Sintió una punzada difícil de nombrar, algo que se instaló entre el cansancio y la lucidez, sin decidir del todo si era envidia o simplemente agotamiento acumulado. No era una emoción clara, sino una mezcla incómoda de ambas, como si observar aquella normalidad le recordara no lo que había perdido, sino lo que ya no sabía cómo recuperar.

El trago ya no sabía igual. O quizá no era el whisky lo que había cambiado, sino ella, o tal vez la distancia que ahora sentía entre lo que era y lo que había sido antes de que todo empezara a descomponerse.

Miró hacia la entrada del bar sin llegar a mirarla del todo, como si permitirse una atención completa hacia ese punto pudiera implicar algo más que un simple gesto. La puerta se abrió y cerró un par de veces en un flujo constante de gente que entraba y salía sin detenerse demasiado, rostros que se cruzaban con el interior del local sin dejar huella, sin importancia, sin peso aparente. Nadie relevante. Nadie que tuviera por qué serlo. Y, sin embargo, el cuerpo de Leticia reaccionaba antes que cualquier pensamiento coherente, como si hubiera aprendido a leer amenazas en lo cotidiano, como si el simple movimiento de una puerta pudiera ser el inicio de algo que todavía no había llegado pero ya se sentía cerca.

Cada sombra en el umbral parecía una posibilidad, cada entrada una continuación de algo que no terminaba de definirse. Bebió otra vez, esta vez más rápido, sin detenerse a analizar el sabor ni el gesto, y cuando dejó el vaso sobre la barra descubrió, con una extrañeza breve, que no recordaba haber decidido vaciarlo, simplemente estaba vacío. Pidió otro sin mirarlo demasiado y el camarero lo sirvió con la misma indiferencia con la que había servido el anterior, como si aquello no fuera más que una repetición más dentro de una noche que no destacaba entre ninguna otra.

En algún punto entre el segundo y el tercer trago, el mundo dejó de parecer más lento, no se volvió más amable ni más fácil de habitar, solo más lejano, como si ella hubiera quedado al otro lado de un cristal que no terminaba de empañarse del todo,

permitiéndole ver sin pertenecer. Sacó el móvil sin una razón concreta, comprobó la pantalla sin encontrar llamadas, sin mensajes nuevos, sin ninguna pista que pudiera alterar el curso de lo que estaba ocurriendo, y lo guardó de nuevo con la misma falta de decisión con la que lo había sacado.

Por unos segundos se permitió no pensar en Sergio Velasco, ni en el hostal, ni en el comisario, ni en ninguna de las piezas que hasta entonces habían definido su mundo reciente. Fue un silencio breve, casi artificial, pero suficiente para notar la ausencia del ruido habitual. Después, como si esa ausencia hubiera sido solo un intervalo y no un descanso, el ruido volvió, más estructurado, más frío, más consciente de sí mismo, como si hubiera aprendido a organizarse mejor.

Leticia dejó unas monedas sobre la barra sin mirar la cuenta, se levantó despacio sintiendo el alcohol asentarse en un lugar incómodo del cuerpo, no suficiente para apagar nada pero sí lo bastante presente como para hacer más difícil sostenerlo todo en equilibrio. Antes de salir dudó un instante junto a la puerta. El bar seguía igual, la ciudad también, inalterada en su indiferencia habitual, y solo ella parecía haberse desplazado ligeramente fuera de sitio, como si hubiera cruzado una línea invisible sin darse cuenta. Aun así, salió.

Al cruzar la puerta, el aire frío de la calle la golpeó en el rostro, pero no fue suficiente para despejarle la mente. La acera brillaba bajo la luz de las farolas, cubierta por una fina capa de agua de la tormenta que acababa de pasar. Apenas había caminado unos pasos cuando lo vio. A sus pies, en un hundimiento del asfalto, un charco negro y estancado devolvía la luz mortecina de la calle. Y ahí estaba ella otra vez. La misma desconocida que la había acosado desde el espejo de la barra, observándola ahora desde el suelo, distorsionada por el temblor del agua. Sintió una punzada de rechazo, un impulso violento que le subió desde el estómago y que ya no pudo contener. Sin pensarlo, alzó el pie y plantó la suela de la bota con toda su alma justo en el centro de la imagen. Acompañó el golpe con un grito de rabia, un bramido seco que le desgarró la garganta y que quedó flotando en la calle desierta. El agua sucia salpicó con fuerza,

empapándole los pantalones, y el reflejo se rompió en mil pedazos oscuros. Se quedó quieta un segundo, respirando con agitación, y con la bota hundida en el asfalto, esperando a que el eco de su propia voz se apagara. Solo cuando las ondas del charco se calmaron y el agua volvió a ser un espejo mudo, sacó el pie del fango y continuó caminando sin rumbo.

35

Pasado el tiempo de plazo, Leticia volvió al día siguiente a la mansión de Orduña. El comisario la esperaba en el mismo despacho. No había cambiado nada desde la última vez que estuvo allí. La chimenea seguía encendida, proyectando una luz cálida que apenas alteraba la penumbra de la estancia; los libros permanecían perfectamente alineados en las estanterías, como si nadie los hubiera tocado en años; y el vaso de whisky descansaba sobre la mesa exactamente donde ella lo recordaba, intacto, convertido casi en un elemento más de la decoración. Solo la iluminación era distinta, más tenue, más íntima, reduciendo el espacio hasta dar la impresión de que la habitación había sido diseñada para contener únicamente a los dos, aislándolos del resto del mundo y de cualquier posibilidad de interrupción. Al ver a Orduña, le vino todo de golpe, la imagen de su dolor en el bar volvió primero, sin pedir permiso, imponiéndose como la primera pieza de una cadena que su mente reconstruía sin poder evitarlo. Después apareció el whisky, el peso del vaso sobre la barra, la sensación del alcohol extendiéndose con una lentitud engañosa, y el reflejo deformado en el espejo detrás de las botellas, una versión de sí misma que no terminaba de reconocer pero que tampoco podía negar. Y, finalmente, regresó aquel silencio entre pensamientos, ese instante exacto en el que había dejado de hacerse preguntas para limitarse simplemente a resistir, como si la mente hubiera decidido ahorrar energía eliminando cualquier intento de explicación.

—Espero que haya tomado una decisión —mencionó Orduña.

Leticia permaneció de pie. No se sentó, no porque pretendiera desafiarlo, sino porque intuía que aceptar el asiento significaba aceptar también las reglas de una conversación que nunca había sido entre iguales. El comisario la observó durante un largo instante,

sin sorpresa, sin impaciencia, con la expresión tranquila de quien ya había contemplado aquella posibilidad entre todas las variantes imaginables y no encontraba en ella ningún motivo para alterar sus planes.

Sin apartar la mirada de él, Leticia dejó la todas las pruebas encima de la mesa; los informes, la grabadora y las fotografías. El sonido fue leve, apenas un roce seco contra la madera, pero tuvo el peso definitivo de una decisión que ya no admitía marcha atrás.

—¿Es todo?

—Sí, esto es lo que quería, ¿no? Ha ganado.

El comisario no la tocó de inmediato, primero recorrió su rostro con la mirada. No como quien examina un simple objeto, sino como quien contempla el final de una partida largamente esperada, concediéndose unos segundos para confirmar que la última pieza había llegado exactamente al lugar previsto antes de mover la mano.

—No, señorita Santos. Yo no he ganado, ha ganado usted.

Leticia soltó una risa seca, sin humor.

—Míreme. No he ganado nada.

Orduña sostuvo su mirada un instante antes de responder.

—Se equivoca. Ha ganado lo único que aún podía ganar. —Hizo una pausa casi imperceptible. —Su vida.

La habitación quedó en silencio.

—Velasco habría querido esto —añadió el comisario.

—No lo conocía lo suficiente como para hablar por él.

—Lo conocía más de lo que cree. Por eso se detuvo a tiempo… o casi.

—Si hago esto… ¿qué cambia?

El comisario le clavó la mirada unos segundos antes de responder.

—Que deja de ser un objetivo inmediato. Siempre que no haya cometido la imprudencia de guardarse una copia.

Leticia sostuvo su mirada sin pestañear.

—¿De verdad cree que después de todo lo que he visto, querría conservar algo por lo que ha muerto tanta gente?

Orduña no respondió enseguida. La estudió con la paciencia de quien lleva toda una vida juzgando a los demás.

—Entonces ha entendido cómo funciona este mundo.

Empujó las pruebas hacia él. El gesto fue pequeño, casi imperceptible, pero tenía el peso de una renuncia definitiva, de esas decisiones que, una vez ejecutadas, dejan de pertenecer a quien las toma. La carpeta se deslizó despacio sobre la superficie de madera hasta detenerse frente al comisario, sin ruido, como si incluso el escritorio comprendiera la importancia de aquel momento.

Durante unos segundos no habló. El silencio que siguió no era incómodo ni expectante. Era el silencio de quien ya ha obtenido exactamente aquello por lo que llevaba demasiado tiempo esperando. Hasta que lo rompió.

—Sergio Velasco también creyó que estaba haciendo lo correcto.

Leticia no respondió.

—La diferencia es que él quiso verlo todo.

El silencio que siguió fue distinto. Leticia dio un paso atrás.

—¿Ya puedo irme?

El comisario asintió.

—Siempre ha podido irse.

Eso era lo peor. No la satisfacción contenida que intuía en el rostro del comisario, ni la carpeta que acababa de abandonar sobre la mesa, sino aquella calma absoluta con la que había aceptado el desenlace, como si todo hubiera ocurrido exactamente en el orden previsto desde el principio. No hubo celebración, ni amenazas, ni palabras de victoria. Solo la serenidad de quien nunca había dudado del resultado.

Leticia salió del despacho sin mirar atrás. Comprendió que volver la cabeza no cambiaría nada de lo que acababa de suceder y que algunas puertas, una vez cruzadas, dejaban de existir incluso antes de cerrarse. Avanzó en silencio, escuchando únicamente el sonido amortiguado de sus propios pasos sobre el suelo pulido.

El pasillo de la mansión le pareció más largo que antes. O quizá era ella la que caminaba más despacio, como si cada paso necesitara asimilar el peso de la decisión que acababa de tomar. La casa seguía siendo exactamente la misma, con la misma iluminación tenue, el mismo orden impecable y el mismo silencio cuidadosamente administrado, pero ya no transmitía la impresión de un lugar desde el que se ejercía el poder. Ahora parecía otra cosa.

Un lugar donde las historias terminaban. Un espacio concebido para cerrar asuntos pendientes y convertir las decisiones en hechos irreversibles.

Cuando cruzó la puerta principal, el aire exterior le golpeó con una frialdad inesperada, más intensa de lo que recordaba, como si durante todo el tiempo que había permanecido dentro de la mansión hubiera olvidado que el mundo seguía existiendo al otro lado de aquellos muros. El coche seguía donde lo había dejado, inmóvil bajo la luz tenue de la entrada, pero los hombres habían desaparecido. No había vigilantes, ni instrucciones, ni despedidas. Solo la carretera extendiéndose hacia la oscuridad y la sensación extraña de que nadie necesitaba impedirle marcharse. Permaneció inmóvil unos segundos, incapaz de decidir si aquello era un acto de libertad o una forma distinta de expulsión. Finalmente caminó hasta el coche, abrió la puerta, se sentó al volante y arrancó sin volver la vista hacia la casa.

Condujo durante varios minutos sin una dirección concreta, dejando que la carretera decidiera por ella mientras el silencio del habitáculo se mezclaba con el zumbido constante del motor. Poco a poco las primeras luces de la ciudad comenzaron a reaparecer en el horizonte, difusas y lejanas, como si pertenecieran a una vida anterior que ya no terminaba de reconocer como propia. Intentó apagar el móvil por puro instinto, con el deseo irracional de cortar cualquier vínculo con las últimas horas, pero antes de que la pantalla llegara a oscurecerse por completo, volvió a encenderse sola. Solo había un mensaje. Sin remitente. Sin número. Una única frase ocupaba el centro de la pantalla:

«Ahora ya formas parte de esto.»

Permaneció inmóvil, con las manos apoyadas sobre el volante mientras el coche seguía avanzando por inercia unos metros más antes de que levantara ligeramente el pie del acelerador. Leyó la frase una segunda vez y comprendió, con una claridad que ya no dejaba espacio para el autoengaño, que no había entregado simplemente unas pruebas. Lo que realmente había hecho era decidir quién tendría el poder de utilizarlas, y esa elección la convertía, quisiera o no, en una pieza más del mismo mecanismo

que había intentado desenmascarar. Frente a ella, la ciudad seguía extendiéndose con la misma normalidad de siempre, iluminada por miles de ventanas y semáforos que ignoraban por completo lo que acababa de cambiar. Todo parecía idéntico. Y precisamente por eso resultaba mucho más inquietante.

36

Solo cuando llegó a su casa entendió la verdadera forma de lo ocurrido, no como una revelación repentina sino como un encaje lento de piezas que habían estado dispersas demasiado tiempo. Dejó el abrigo sobre una silla sin preocuparse por colocarlo y evitó encender todas las luces, permitiendo que parte del apartamento permaneciera en penumbra, como si necesitara que las sombras ocuparan el espacio que su cabeza era incapaz de llenar con pensamientos ordenados. Caminó hasta el salón con una lentitud casi automática, más cercana a un reflejo aprendido que a una decisión consciente, y encendió el televisor por pura inercia, buscando que el murmullo constante del aparato rompiera el silencio que había empezado a resultar insoportable.

En la tarde, el canal de noticias apareció directamente con una emisión especial interrumpida por un rótulo de última hora anunciando una rueda de prensa oficial, y Leticia miró a la pantalla. La imagen enfocaba al comisario Julián Orduña ocupando el centro. Vestía el uniforme policial impecablemente planchado, había cambiado la boina por la gorra oficial, las condecoraciones brillaban bajo el destello de los flashes, y sonreía con esa serenidad paternal que inspiraba confianza a cualquiera que no hubiera visto el otro rostro del hombre que se escondía detrás de aquella imagen pública.

Horas antes lo había tenido delante, en la penumbra de un despacho donde hablaba de vidas y amenazas con la misma calma con la que ahora se dirigía a periodistas y cámaras, y precisamente esa capacidad para cambiar de escenario sin alterar el gesto fue lo que terminó de revolverle el estómago. Mientras su voz grave y pausada llenaba el salón con absoluta naturalidad.

—…Gracias al esfuerzo coordinado de nuestras fuerzas de seguridad, hemos logrado desmantelar la estructura periférica y dar

un duro golpe al crimen organizado en la costa —declaraba Orduña ante los periodistas, con la calma de quien sabe que jamás tendrá que responder ante nadie por sus palabras—. El sistema funciona. No hay espacio para la impunidad en nuestras calles.

El presentador retomó la emisión elogiando la brillante gestión del comisario y destacando su papel decisivo en la lucha contra el crimen organizado, mientras en la pantalla se sucedían imágenes de operaciones policiales, condecoraciones y comparecencias oficiales cuidadosamente seleccionadas, todas ellas impecables, limpias de cualquier sombra o sospecha. A ojos de cualquiera que estuviera viendo aquel informativo, El comisario Orduña no era un hombre al que temer, sino un servidor público ejemplar, la clase de policía en la que un país deposita su confianza sin hacerse preguntas. Leticia sintió una mezcla de rabia e impotencia al comprender que aquella versión oficial era infinitamente más sólida que cualquier acusación que pudiera formular ella sin pruebas. La normalidad seguía siendo el mejor disfraz y, precisamente por eso, también era la cobertura más difícil de derribar. Volvió a leer el mensaje de su móvil.

«Ahora ya formas parte de esto».

Orduña creía haber ganado la última partida. Estaba convencido de que las pruebas en la mansión, y la aparente rendición de Leticia, habían puesto el punto final a aquella historia. Apagó el televisor de golpe, devolviendo el apartamento a una quietud espesa, y caminó hasta el dormitorio con una determinación serena. Abrió el armario, apartó la caja de zapatos y retiró la tabla del fondo. Al introducir la mano en el hueco oculto, extrajo el pequeño pendrive envuelto en plástico y lo sostuvo unos segundos bajo la tenue luz de la habitación. No sintió alivio, ni orgullo, ni siquiera miedo. Solo la certeza de que aquel diminuto objeto concentraba un poder que Orduña desconocía. Él controlaba la policía, las instituciones y la verdad que aparecía cada noche en los informativos. Pero ignoraba el comisario que una parte de la verdad seguía existiendo fuera de su alcance. Leticia volvió a guardar el pendrive exactamente en el mismo lugar, recolocó la tabla y cerró el armario con llave. Mientras giraba la cerradura comprendió que Orduña no necesitaba saber si aquella prueba seguían allí. Le bastaba con no poder estar

completamente seguro de que hubieran desaparecido. Y esa duda, silenciosa e invisible, acababa de convertirse en la única ventaja que todavía le pertenecía.

AGRADECIMIENTOS:
Gracias a mi entorno cercano por la paciencia, los cafés y por soportar mis largas noches de cierre.
Pero, sobre todo, gracias a ti, lector. Vuestra fidelidad y vuestro tiempo son el verdadero motor de estas páginas.
Nos vemos en la siguiente historia.

«Tu valoración en Amazon es fundamental para que esta historia

siga viva. Gracias por tu tiempo y por tu apoyo.»